

HERNÁNDEZ, FRANCISCO (1517-1587)

ANTIGÜEDADES DE LA NUEVA ESPAÑA

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Descripción general de todas las indias

CAPITULO II

Del parto de las mujeres mexicanas y del doble baño de los niños

CAPITULO III

Del baño de las niñas

CAPITULO IV

De la casa Telpochcalli

CAPITULO V

De la casa Calmécac

CAPITULO VI

De los monasterios de las mujeres

CAPITULO VII

Matrimonio de los mexicanos

CAPITULO VIII

De las leyes del casamiento

CAPITULO IX

De las mujeres y concubinas de Motecçuma

CAPITULO X

De los herederos

CAPITULO XI

De los esclavos

CAPITULO XII

De la vivienda de los mexicanos

CAPITULO XIII

De la Institución Teuhyotl.

CAPITULO XIV

De la consagración de los Reyes de la Nueva España

CAPITULO XV

De la muerte, de las almas y de la sepultura

CAPITULO XVI

De la sepultura de los Reyes mexicanos.

CAPITULO XVII

Con qué discursos acostumbraban hablar a los dioses y a los hombres

CAPITULO XVIII

Del Senado Regio congregado entre los mexicanos y de los tribunos

CAPITULO XIX

Quiénes eran castigados por las leyes y de qué manera se procedía en contra de los malhechores

CAPITULO XX

De las razones para hacer la guerra y manera de hacerla

CAPITULO XXI

Cómo era la ciudad de México cuando al principio la ganaron los españoles.

CAPITULO XXII

Cómo era la ciudad de México en el año quincuagésimo más o menos de que fue ganada

CAPITULO XXIII

Del clima de la ciudad de México

CAPITULO XXIV

De las cosas admirables de la Nueva España

CAPITULO XXV

De la naturaleza, costumbres y vestidos de los mexicanos

CAPITULO XXVI

De los vestidos y ornamentos que usaban en la guerra

CAPITULO XXVII

De los mercados

CAPITULO XXVIII

Del uso de qué cosas conocidas en el antiguo continente carecían los mexicanos en el tiempo que se rindieron a nuestras armas

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Qué conocimiento tenían del cielo y de los astros, y qué presagios acostumbraban tomar de los fenómenos meteorológicos

CAPITULO II

De los médicos que llaman Titici

CAPITULO III

De la comida privada del rey y de su recorrido por la ciudad

CAPITULO IV

De la comida pública del rey

CAPITULO V

Con qué lo deleitaban a la hora de comer

CAPITULO VI

Del Nitoteliztli

CAPITULO VII D

e los aviarios, jaulas y arsenales de Motecçuma

CAPITULO VIII

De la guardia de Motecçuma y de los tributos que se pagaban cada año

CAPITULO IX

Del templo de los mexicanos y del xerolofo

CAPITULO X

De los sacerdotes mexicanos

CAPITULO XI

Del origen de la gente de la Nueva España

CAPITULO XII

De la ciudad y de los reyes de Tetzcoco

CAPITULO XIII

De los otros reyes de Tetzcoco y de otras cosas pertenecientes a la ciudad tetzcoquense.

CAPITULO XIV

De otras cosas que realzan el ornamento de la ciudad tetzcocana

CAPITULO XV

Del principio de los mexicanos

CAPITULO XVI

De los reyes mexicanos

CAPITULO XVII

De los reyes de Tlatelolco

CAPITULO

XVIII De los augurios de los mexicanos

CAPITULO XIX

De los cinco soles o edades

CAPITULO XX De la escritura mexicana, de la numeración y de los meses

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

De los dioses mexicanos

CAPITULO II

De otros dioses y diosas

CAPITULO III

Opinión de los mexicanos acerca del origen del mundo, del premio a las buenas obras y de otras cosas.

CAPITULO IV

De las cosas que deben tratarse después y del cúmulo de los años

CAPITULO V

De los signos genetliacos

CAPITULO VI

De la fiesta del primer mes y del segundo

CAPITULO VII

De la fiesta de los meses tercero y cuarto

CAPITULO VIII

De la fiesta del quinto y sexto mes

CAPITULO IX

Del séptimo y del octavo mes

CAPITULO X

De los meses noveno, décimo y undécimo

CAPITULO XI

De los meses duodécimo y décimo tercero

CAPITULO XII

De los meses décimo cuarto y décimo quinto

CAPITULO XIII

De los tres meses restantes

CAPITULO XIV

De las fiestas movibles

CAPITULO XV

De la astrología de los indios inventada e instituida por Quetzalcóatl

CAPITULO XVI

De otra muerte voluntaria de los sacerdotes

CAPITULO XVII

Del ayuno tecuacanense

CAPITULO XVIII

De la fiesta de Quetzalcóatl

CAPITULO XIX

De una gran fiesta de Texcalla

CAPITULO XX

De la ciudad de Texcalla

PROEMIO

A Felipe II Óptimo Máximo, Rey de las Españas y de las Indias

Aun cuando me hayas comisionado tan sólo para la historia de las cosas naturales de este orbe, Sacratísimo Rey, y aunque el cargo de escribir sobre antigüedades, pueda considerarse como que no me pertenece, sin embargo, juzgo que no distan tanto de ella las costumbres y ritos de las gentes porque aun cuando en gran parte no deban atribuirse al cielo y a los astros, puesto que la voluntad humana es libre y no está obligada por nadie sino que espontáneamente ejecuta cualesquiera acciones, todavía los más doctos de los filósofos opinan que hay concordia entre el alma y el cuerpo y mutua correspondencia entre el cuerpo y los astros; de modo que muy a menudo haciendo a un lado lo honesto y lo justo, sigamos las afecciones del cielo y del cuerpo y rara vez se encuentran quienes en contra de esos impulsos y de esa fuerza resistan firmes y tranquilos. Lo más difícil y que más me apartaba de este trabajo, es que sean los ritos de estas gentes tan varios e inconstantes, que apenas algo firme y continuo pueda trasmitirse y que esto mismo apenas pueda arrancarse a estos hombres, porque o cuidándose ellos mismos u odiándonos a nosotros, esconden en arcanos lo que tienen conocido e investigado, o porque olvidados de las cosas de sus mayores (tanta es su rudeza y desidia) nada puedan contar de notable. Pero yo, considerando la historia para la cual trabajo con empeño por tu clemencia y liberalidad y que sin esta parte no puede ser considerada concluida en todos sus números y buscando la claridad y recreo para los nuestros que viven en este mundo, y lo que es más, el esplendor tuyo y la conveniencia de estos indios, para la cual consideraba de importancia que conocieras sus ritos y costumbres, me apliqué con cuanto esmero pude y cuidado para que no se considerase que había yo faltado completamente a esta parte y que no había echado algunos fundamentos a una fábrica que tal vez dilataré y aumentaré en los días futuros. Entretanto, recibe, Sacratísimo Felipe, esta semilla de historia, cualquiera que sea, trasmitida, sí no con la facundia que conviniera al menos con la que fue dada por mi fe y afecto no común hacia tu Majestad; cuyo amplísimo imperio en gracia de la república cristiana, Cristo Óptimo Máximo, Señor de todos, se digne proteger y conservar largos años

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Descripción general de todas las Indias

Esta cuarta parte del orbe, desconocida de casi todos los antiguos y abierta por fin en nuestra edad bajo los auspicios de Carlos César, se divide en Indias Occidentales Superiores e Inferiores. Casi a la mitad se angosta de tal manera en un istmo, que poco falta para que esté partida en dos, y de allí se extiende a lo largo y a lo ancho por el sur y por el norte. El Istmo, no desemejante a un brazo, vuelto hacia el oriente y viendo por su

lado oblicuo la parte superior del sur, avanza entre el Océano ártico y el Austral. En la parte en que empieza es muy ancho, pero más adelante, aproximando sus litorales, desciende suavemente hasta cierto punto hacia el sur. Enseguida, torciendo hacia el oriente equinoccial, casi con el mismo ancho, procede por un largo espacio. Después de un tracto más largo, durante el cual busca más bien el sol naciente, se hace más angosto y donde es más delgado se le adhieren las Indias Inferiores, semejantes a una pelta amazónica. Dos, aun cuando pequeñas, sin embargo, celebérrimas ciudades, tienen allí su asiento mirando a mares diversos; "Nombre de Dios" al ártico, la cual puedes llamar y Panamá al Austral, distante entre ellas setenta y dos millas. Esta es la anchura mínima del Istmo, pero la máxima es de mil millas desde Colima, la cual está a veinte grados de latitud, hasta el río de las Palmas, cuya desembocadura está a medio [grado] más remota de la línea equinoccial que lo que está de esta línea la línea estival. Las Indias Superiores, entre el oriente y el ocaso, se enfrentan a Asia y a Europa y tanto se extienden entre éstas cuanto el Promontorio Frígido de la región del Labrador dista de la Sierra Nevada de la Provincia de Quivira, a saber seis mil y novecientas millas según la opinión vulgar. Y la Sierra Nevada está a cuarenta grados del círculo equinoccial y el Promontorio Frígido sesenta y uno y cuarto más o menos. Por donde más se inclinan al ocaso, por donde principia su lado occidental, proyectan al sur el promontorio de California, poco menor que Italia. La costa de éste no está dividida como la de aquélla por varios salientes, sino que acaba en un solo promontorio bajo el trópico estivo, opuesto al promontorio de Corrientes en la provincia de Jalisco. Entre estos dos promontorios está comprendido, semejante al Adriático, el Mar Bermejo, más largo que él (como que desarrolla de costa trescientas veinte millas), pero un poco más angosto. En la parte más interior del Seno penetra el río Miraflores (mayor que el Po), llamado de los Estuarios, que descarga los ríos Axa, Tetonteac y Tigua. El lado que ve al sur se opone al Océano Ártico y al Austral. Por donde la baña el Ártico y lleva sus litorales hacia el norte, opuestos a los litorales de las Indias Inferiores, no se adelanta más al Oriente que las Inferiores y están limitadas ambas casi por el mismo círculo meridiano. Entre uno y otro litoral penetra el Océano Ártico, y mientras más se adelanta hasta el ocaso (porque los litorales poco a poco se juntan) se hace más estrecho y en la isla haitiana [sic] y Cuba estrechísimo; mayormente cuando llega a la proximidad del Seno Mexicano: aquí los litorales del Istmo y de las Indias Superiores, proyectándose en los promontorios Yucateco y Florido, y la Isla de Cuba, que cierra la embocadura del Seno, tanto lo estrechan, que se le abre una entrada por doscientas cuarenta millas al Seno (esta distancia hay entre el Yucateco y Cuba). Y aunque haya otra vía entre la misma Isla y el Promontorio Florido, tan estrecha como quieras, [la corriente (?)] está ceñida a esta ley, que, hecho punto omiso de las mareas, fluye entre el Yucatán y Cuba perpetuamente al Seno Mexicano o de Cortés; arcano de la naturaleza todavía desconocido. El Promontorio Florido está a veinticinco grados de latitud y el Yucateco llega casi hasta el veintiuno. Estos dos dan al Seno Mexicano su figura circular. La Nueva España ocupa las partes interiores de él por Fernando Cortés, de quien debe recibir el Seno su nombre, no de la gente derrotada por los soldados españoles. El lado Oriental de las indias Superiores mira a Islandia y a las Islas Británicas, sus límites son los promontorios Raso y Frígido, éste dista de Islandia cuatrocientas ochenta millas, de Hiuernia seis mil seiscientas, y otras tantas del Promontorio de Thorcyrolandia. La Sierra Nevada y California presentan los últimos términos del lado occidental. El espacio entre ellos es de dos mil cuatrocientas millas. Las

Indias Inferiores se dirán más propiamente áureas que el Quersoneso asiático. ¿Qué lugar hay tan inerte donde no brote el oro? Casi toda su mole yace en línea recta más allá del Ecuador, hacia el austro. Porque de esta parte queda una porción pequeña y a no ser por donde se adhieren al Istmo, están rodeadas por el Océano; al septentrión por el Ártico, por el Meridional al orto, al ocaso por el Austral, al cual el vulgo llama de [sic] SUR. Del austro por cuatrocientas cuarenta millas, miran el Estrecho Magallánico; ésta es la longitud del Estrecho y a la misma se contraen las Indias. Las cuales en un ancho frente, desde el Istmo hasta el promontorio que tiene por nombre Anegado, a ocho grados de este lado del círculo equinoccial, se oponen al bóreas y después, como avanzan al austro, poco a poco se alargan a diestra y siniestra entre uno y otro océano, hasta que al llegar al Ecuador prolongan sus litorales mirando al orto y al ocaso. Después vueltas al septentrión, avanzan más hacia el sol oriente que al occidente, de modo que del Cabo Verde de Guinea, de la región de los Nigritas o Senegales, no distan sino dos mil millas. Pero desde donde más se extienden, excepto en la parte que mira a África, gradualmente retraen las costas (porque del Promontorio de San Agustín al otro Promontorio Frígido siguen un litoral casi recto) y después se acercan más una a la otra y se estrechan más suavemente, hasta que al llegar al Estrecho Magallánico, no disten del quinto orbe más o menos nueve millas (que es la anchura del Estrecho). Los litorales de éstas miden en circuito cerca de diez y seis mil y trescientas millas. De largo, desde el Promontorio de la Vela (el cual está a doce grados de este lado del Ecuador) hasta el Estrecho Magallánico, colocado a los cincuenta y dos y medio grados más allá del mismo, cuatro mil ochocientas. La anchura máxima consta de cuatro mil millas y la misma hay entre los Promontorios de Santa Elena y de San Agustín, ambos en latitud austral, a dos grados aquél, a ocho y medio éste; y si de éstos las Inferiores no se proyectasen al septentrión, tuvieran la forma absoluta de la pelta amazónica. El Istmo, al occidente, toca el lado más alto a los ocho grados de esta parte del Ecuador con una cordillera transversal, y debe ser recordado por muchas cosas; porque aquí por cien millas separa los Senos de Viana y de San Miguel. Este, en el Océano Austral, famoso por la hazaña y por el nombre, dista seis grados del Ecuador. El otro en el Ártico, más famoso, porque en él fue la primera derrota del Continente y llevada la primera colonia de españoles y tomada la primera posesión de las Indias Inferiores en nombre de nuestro Invictísimo Rey Católico; y la victoria ilustre de Martín Fernando Enciso y de sus fortísimos conmlitones a la orilla del Río de Darién que no fue de menor momento que la de Otumba en las Superiores, y continuada por las hazañas de Vasco Núñez de Balboa en el Golfo de San Miguel, y sobre todo porque en él fue Carlos Panquiaco las primicias de los indios del Continente, a Dios Óptimo Máximo.

CAPITULO II

Del parto de las mujeres mexicanas y del doble baño de los niños

Cuando la nueva casada en su preñez llegaba al séptimo mes del embarazo, sus consaguíneos después de que habían comido y bebido, discutían acerca de elegir la partera, con cuyo arte y consejo diera a luz más segura y fácilmente. Iban por consiguiente a la que conocían como más perita en la Ciudad y más diligente en ejercer su arte, para que cuidase de la salud de la grávida y la ayudase cuando pariera, y se lo

rogaban con fervorosas preces. Respondía ella con razones lenes y blandas que haría en el asunto cuanto pudiera con toda la diligencia y cuidado que comprendiera que fuera conveniente para ellos y para el mimo y salud de la embarazada. Y así después la visitaba con frecuencia y no sólo la llevaba a menudo al baño, que se llama Temazcal en la lengua patria y que se usa mucho entre ellos para las embarazadas y paridas y para los convalecientes de enfermedades, sino que también prescribía la regla de vida que debía observarse con gran cuidado y religiosidad al tiempo de parir; lo que pensaba que había de ser muy benéfico para su seguridad y fácil parto, y después, instante éste, la ayudaba activamente. Si la primeriza debilitada por el parto como suele a veces suceder, acontecía que muriera, era considerada en el número de las diosas celícolas e inscrita en el catálogo de ellas, y después se la veneraba con el culto debido a las diosas y se la enterraba con solemnes funerales. Pero si ocurría un parto feliz, la partera le hablaba al niño como si tuviera uso de razón y comprendiera lo que se le decía; procurando alcanzar en primer lugar de los dioses un feliz nacimiento para él y un acceso de buen agüero a esta luz, y preguntaba qué suerte o hado ingénito le tocaría desde el principio del mundo. Cuando cortaba el ombligo, casi derramando lágrimas le predecía amenazadoras calamidades y le narraba de antemano qué infortunios y labores le estaban reservados. Lavaba al niño con algunas oracioncillas acostumbradas saludando a la diosa del mar y después se bromeaba dulce y agradablemente con la parida para consolarla de los dolores pasados. Por otra parte los consanguíneos daban las gracias a la partera por su diligencia; congratulaban a la muchacha por la prole recibida y después se volvían a acariciar al niño. Pasados cuatro días del nacimiento y llegado el tiempo en que tenía que ser bañado por segunda vez, y en que debía dársele nombre, preparaban bebida y varios géneros de manjares según su costumbre y lo que fuese idóneo para celebrar la fiesta del lavado. Además un pequeño escudo, un arco y cuatro flechas de tamaño que conviniera a esa edad y un pequeño manto de aquellos que hacen veces de capa entre los mexicanos. Pero si nacía una niña, hallaba dispuestos un huepilli y cueitl, vestidos peculiares a su sexo y además una petaquilla y la rueca y el huso, y todo lo que concierne al oficio de tejer. Hecho lo cual y llegados los consanguíneos de los padres para que se celebrara el lavatorio, llamaban a la partera. Esta, salido el sol, colocaba un lebrillo lleno de agua cerca de la mitad del patio y teniendo con ambas manos al niño desnudo, y poniéndole junto los sobredichos armamentos, le decía: "Hijo mío, los dioses Ometeutli y Omecioatl, que ejercen su imperio en los cielos noveno y décimo, te han producido a esta luz y te han enviado a este mundo calamitoso y lleno de penas. Abraza por consiguiente las linfas que han de conservar tu vida o sea a la diosa Chalchiutlycue". Al mismo tiempo, tomando agua con la mano derecha rociaba la cabeza del infante, agregando: "He aquí el elemento sin cuyo auxilio no puede conservarse ninguno de los mortales". Después con la misma agua regaba el pecho diciendo: "Recibe el agua celeste que lava la inmundicia del corazón", y echándola por segunda vez a la cabeza le decía: "Hijo, recibe el agua divina fuera de cuya bebida a nadie se ha concedido vivir, para que lave y extermines tus infortunios, congénitos en ti desde el mismo principio del mundo: es en verdad peculiar a ella oponerse a la adversa fortuna"; al mismo tiempo lavaba completamente el cuerpecillo del infante clamando: "¿En qué parte te escondes, infelicidad? o ¿en qué miembro te ocultas? Apártate del niño; hoy en verdad renace por las aguas saludables con que ha sido rociado bajo el imperio de Chalchiutlycue, diosa del mar", y al mismo tiempo levantaba al niño hacia el cielo agregando: "Gran Teuel y Omecioatl, creadores de las almas, os

ofrezco este niño, que formasteis y arrojasteis a esta vida breve y llena de labores, para que lo recibais y para que le injirais vuestra fuerza". Y levantándolo por segunda vez decía: "A ti también te invoco, Diosa Citlallatonac, y te conjuro que impartas tus fuerzas a este niño." Levantándolo por tercera vez decía: "A vosotros, oh dioses celestes, invoco e imploro vuestro numen. Soplad, os ruego, sobre este niño generando para él esa divina facultad que emana de vos para que goce de la vida celeste". De nuevo, elevándolo por cuarta vez, decía al sol y a la tierra: "Óptimo Padre de todos, y tú Tierra, madre también de todos, ved aquí que os ofrezco este tierno niño. Recibidlo ambos y puesto que ha nacido para la vida militar, después de que haya dado muestras preclaras de valor, concededle morir entre las armas". Y luego tomaba con la mano derecha el escudo, el arco y las flechas, y elevando todo igualmente, hablaba de esta manera al sol, que es otro Marte entre esta gente: "Óptimo sol, recibe estas armas bélicas dedicadas a ti con las cuales te deleitas sobre manera y permite que el niño equipado con ellas gane al fin la felicidad celeste, donde se concede a los militares que caen en la batalla, gozar de delicias increíbles". Mientras se hacen todas estas cosas, ante cuatro teas ardientes se le daba nombre, repitiéndolo tres veces y diciendo también tres veces: "Toma las armas, toma las armas, niño, con las cuales plazcas y sirvas al Luminar Máximo". Después lo rodeaban de sus juguetes y entonces los muchachos se precipitaban hacia los manjares puestos junto al lugar donde había sido lavado el niño para que fueran arrebatados, y huyendo y tragando durante la misma fuga clamaban: "Te importa, oh niño recién nacido, ir a la guerra y morir en la batalla misma, para que al fin seas llevado al cielo, sirvas al sol y pases una vida tranquila y feliz entre sus familiares, varones fortísimos, mientras tuvieron vida, y después, echados de menos en el combate". Con las cuales palabras indicaban que todos los niños nacían dedicados a hacer la guerra en obsequio del sol. Acabadas estas cosas, la partera volvía a llevar al niño a casa de sus padres, precediéndoles las teas, las cuales se dejaban arder hasta que consumidas se extinguían completamente.

CAPITULO III

Del baño de las niñas

No de otra manera acostumbraban bañar a las niñas recién nacidas, aun cuando además de las enumeradas, la partera usaba también otras oraciones. Tomando, pues, agua en la mano, se la instilaba en los labios y decía: "Hija, abre la boca para que puedas recibir a la diosa Chalchiutlycue, esto es, adornada con esmeraldas, bajo cuya guardia se concede gozar de esta luz". Bañando el pecho con la misma mano murmuraba de prisa: "Recibe el agua que refrigera, limpia y fortalece". Llevaba la misma mano a la cabeza y agregaba: "Recibe a Chalchiutlycue, diosa helada de las aguas, y perpetuamente móvil como a quien nunca pudo vencer el sueño. Que se deslice hasta sus entrañas y se adhiera a ti, para que perseveres vigilante y no te invada el mal sopor". Lavándole las manos añadía: "Hurto, apártate de la niña". Después poniendo debajo [del agua] las ingles, en voz baja: "¿Adónde te escondes, adversa fortuna? Aléjate de la niña expulsada por las fuerzas del [agua] frígida". Terminadas estas cosas, llevaba a la infante al interior de la casa y la ponía en la cuna diciendo las siguientes preces: "Oalticitl, madre de todos, el dios del nono cielo creó esta niña y la echó a este mundo calamitoso, te pido (puesto que a

ninguna otra de las diosas le concierne el deber de custodiar y sostener a los niños recién nacidos) que la admitas en aquel tu seno. A ti también, dios de la noche, Yohoalteuhtli, al cual es dado conceder el sueño, te ruego que estés presente y que hagas que duerma plácida y tranquila". Después hablaba en alta voz a la cuna diciendo: "Madre de los infantes y guardián de los niños, recibe a esta recién nacida en tu seno y protégela". Era costumbre de todas las paridas, cuando se ponía por primera vez a los recién nacidos en la cuna, saludarla y llamarla madre universal de todos los mortales, y rogarle que recibiera benignamente al niño y celebrar el día con gran alegría e hilaridad.

CAPITULO IV

De la casa Telpochcalli

Despachado esto, los padres no olvidados de la educación de los hijos ni de sus vidas que debían proteger y dilatar, lo que pensaban que no podría alcanzarse en manera alguna más que educándolos muy bien e instruyéndolos en costumbres honestas, los dedicaban a alguno de los colegios en los cuales se instruía a los niños y a las niñas. De éstos había cuatro géneros en cualquiera ciudad importante, dos para los varones y dos para las mujeres, consagrados al Dios Quetzalcóatl. En uno de éstos la regla prescrita de vida era más suave e indulgente, en el otro era más acerba y severa, para que se eligiera congruentemente a la naturaleza de cada uno. Llegado por consiguiente el tiempo oportuno para cumplir el voto, se reunían los consanguíneos y los afines en casa de los Padres, y recordaban a la memoria del niño o de la niña el voto de los progenitores, el lugar donde debían ser educados y el género de vida que debían observar. Los persuadían de que esto sería grato a los Dioses y para ellos muy útil en lo futuro, tanto para pasar y conservar la vida más cómoda y alegremente, cuanto para pedir a los Dioses y obtener de ellos amplísima fortuna de familia; como que ahí podían aprender el modo de placer a los Dioses y de qué manera los asuntos públicos y privados deberían ser manejados por ellos. Y (para hablar de los varones), al niño que nacía los padres lo dedicaban sobre la marcha al colegio Calmécac o al Telpochcalli. En el colegio Calmécac, donde se acostumbraba cuando habían llegado a la edad madura ministrar a los Dioses y, o servirlos hasta el fin de la vida, o, casándose, formar parte del Consejo de los Reyes; por lo que eran tenidos en gran precio por el pueblo y aun por el mismo rey. En el colegio Telpochcalli, sería educado con otros jóvenes hasta que estuviese apto para las cosas militares en que había de ocuparse o para los cargos urbanos que tenía que desempeñar. Antes que el muchacho fuese conducido allí, se preparaba para los educadores de jóvenes, llamados Teachcan o pedagogos y Telpuchteghoa o prefectos, porque habían matado a alguno o hecho prisionero en la batalla, una espléndida cena entre los padres de los candidatos en la que, después de un fecundo y largo discurso a los preceptores y maestros para que tuviesen cuidado paternal y pío de los hijos que tendrían que educar, atestiguaban con fervorosas preces y empeñaban su fe, de que alguna vez les darían las gracias de manera no común por los beneficios que conferirían a sus hijos. En cambio ellos prometían aplicarse al asunto con todo el empeño de que fueran capaces. Recibido por consiguiente el niño dentro del Telpochcalli, asistía a los ministerios domésticos y se ejercitaba en los coros y danzas, hasta que andando el tiempo y ocupado diligentemente en todas estas cosas, era

elegido como maestro de otros niños. Y si mostraba valor bélico, el que ostentaba cuantas veces se ofrecía la ocasión, y acaeciera que llevara cuatro enemigos prisioneros, se le designaba Tlacatecatl u otro de los rectores de la Ciudad, la cual magistratura, andando los días, según los méritos y valor de cada uno, se conmutaba en cosas más dignas. Había en cualquier poblado mexicano cinco casas del Telpochcalli. Ni se consideraba demasiado difícil esta regla de vida, puesto que los niños educados en las casas paternas, se retiraban al Colegio Telpochcalli cuando convenía, o cuando tenían que dormir allí de noche. Pero si contecía que se quedaran fuera de noche, eran castigados duramente. Aunque omita las telas de algodón, los caracoles, las plumas, las trenzas y otros ornamentos semejantes prescritos y familiares a los habitantes de ese Colegio no juzgo que deba callar acerca del uso del vino, que sólo fuese permitido a los muy viejos y a éstos nunca en público, sino en privado. Pero el joven que encontraban ebrio, si fuese nacido de clara estirpe lo estrangulaban con un lazo, pero si era plebeyo, moría a estacazos. Era permitido en los colegios tener al arbitrio de cada uno dos o tres concubinas, y cuando quisieran ser absueltos de la religión, casarse; con la condición de que regalaran al colegio veinte mantas de las que llaman cuachtli. Sin embargo, había entre ellos algunos a los cuales les gustaba tanto este género de vida, que se aprovechaban de ella hasta la muerte y nunca la cambiaban por otra ni querían salir a no ser obligados por orden del rey. No se elegía de entre éstos senadores que rigieran las ciudades o las plazas fuertes, sino que se les confiaban empleos inferiores con los cuales sirvieran a la república y dedicaran su trabajo a toda la ciudad.

CAPITULO V

De la casa Calmécac

Pero los próceres de la Ciudad y los señores acostumbraban dedicar sus hijos al Colegio Calmécac para que instruidos allí mismo, ministrasen a los dioses; ese género de vida era en verdad más modesto, santo y severo. Invitaban a los ministros de los ídolos y los llamaban al convite, y también a los ancianos a cuyo cuidado estaba ese barrio. Durante la comida, los padres les hablaban abriéndoles su alma y diciendo que habían decidido consagrar a su hijo al ministerio de los dioses y que desde hacía largo tiempo lo habían destinado a tales maestros para que fuera instruido. Los sacerdotes alababan la determinación y prometían poner todo su empeño en aquel negocio. Añadían que el niño no les era encomendado a ellos sino a Dios, ni estaba en poder de ellos que saliese honrado, sino de Dios Óptimo Máximo, pero que ellos sin embargo se afanarían porque lo adornase todo género de virtudes. Después, los padres llamaban a su hijo y ofrecían múltiples dones a la imagen de Quetzalcoatl. Teñían el cuerpo del niño con tinta y le ponían al cuello unos glóbulos llamados "precarios", y, como para confirmar y cimentar su religión, ofrecían a los dioses como don, sangre sacada de las orejas pinchadas. Si todavía era de tierna edad, dejaba los glóbulos en el templo y volvía a casa de sus padres hasta que fuera un poco mayor; pero si ya era más grande se quedaba con los sacerdotes para ministrar y aprender. Era de costumbre para todos los colegiales dormir de noche en el Colegio Calmécac; ejercitarse en las cosas necesarias a la casa; dormir separados; mantenerse como internos con las rentas pertenecientes al Colegio; levantarse a la media

noche para orar ante los dioses, y a los que hacían esto con negligencia, les punzaban los cuerpos con espinas de maguey hasta la efusión de sangre. Eran humildes, inofensivos y observantísimos de su instituto. Al ebrio y al adúltero los castigaban con pena de muerte o estrangulándolos con un lazo o quemando al que aún respiraba. Por muy leve culpa les traspasaban las orejas, a los malos con las sobredichas espinas, lo cual era tenido en animadversión general por los muchachos. O de otra manera, los azotaban con ortigas, de las cuales hay entre los indios muchísimos géneros, muy grandes y con muchas espinas. Usaban bañarse ya muy entrada la noche en una fuente de la ciudad, rociándose con sus aguas. En días determinados se abstenían de comida hasta el mediodía y en la fiesta de Atamalcualli, llamada así porque se abstenían de viandas aun de ínfima calidad y no consumían nada más que pan y agua fría. Había algunos que no tomaban nada sino hasta muy entrada la noche y otros que sólo cenaban al mediodía y en la noche ni siquiera bebían agua helada, porque estimaban que bebiéndola violaban el ayuno. Eran reseñados allí a decir la verdad y a hablar con elocuencia; a saludar a los que se encontraban; a reverenciar a los mayores y a los viejos, y cuando hacían estas cosas de mala gana o no practicaban la enseñanza con los hechos, eran pinchados con agujones; se les instruía además en los cánticos que llaman divinos, que conservaban escritos en papel con letras jeroglíficas (que también les enseñaban a dibujar). Aprendían asimismo la cuenta de tiempo; el arte de augurar y aquella parte de la astrología que da respuesta a las cosas futuras y predice los acontecimientos lejanos. Y más aún, aprendían de los sacerdotes la doctrina de interpretar los sueños, tal cual éstos la habían recibido de los mayores, para burlar y atormentar a la baja plebe, perdida y envuelta en las perniciosas tinieblas de la ignorancia, mientras ellos se imponían al pueblo y eran alabados como varones sapientísimos y semidioses, y así amplificaban y aumentaban las limosnas a lo templos. También se obligaban con voto y nudo indisolubles a preservar la castidad y hacían profesión con gran empeño y religiosa observancia de otras cosas semejantes, que dieran indicio de vida estudiosa y honesta.

CAPITULO VI

De los monasterios de las mujeres

Cerca del templo mayor de toda ciudad de importancia, se establecía una gran aula en la cual eran recibidas las mujeres dedicadas a los dioses por cierto tiempo, de las cuales algunas se encerraban allí por aquellos a quienes afligían las enfermedades; otras obligadas por la penuria de la familia; otras por virtud y santidad; otras para conseguir de los dioses riquezas o vida sana y larga; pero la mayor parte por el deseo de los buenos casamientos que se obtendrían de los dioses, u obligadas por el de copiosa prole. Se debe de admirar en esta parte la seguridad de aquella gente que con las puertas abiertas (porque todavía en verdad no conocían las puertas de batientes), pasaban el día y la noche sin la guardia de varón alguno, y no había quien se atreviera a ofender su pudor. Prometían a los dioses quedarse encerradas en el templo cuatro, cinco o más años, y pasado ese tiempo se casaban. En la primera entrada del templo se cortaban los cabellos para que por este indicio fuese patente que estaban dedicadas a los dioses o para que pudiesen ser distinguidas de los sacerdotes, que llevaban el cabello largo. Hilaban

algodón, del cual hay gran provisión entre los indios, y entretejían admirables y varias plumas de múltiples aves en lienzos para ellas y para los dioses. Barrían y limpiaban la casa, el patio y las aulas del templo, porque las gradas y los oratorios más altos sólo se permitía asearlos a los sacerdotes. Algunas veces se sacaban sangre de varias partes del cuerpo en sacrificio a los dioses nefarios y para aplacar sus iras. Durante las fiestas solemnes iban en procesión con los sacerdotes y andaban por el templo siempre a la izquierda de ellos, pero ni cantaban himnos ni ascendían las gradas. Se mantenían con las erogaciones comunes de los ciudadanos y principalmente de los afines consanguíneos. Y también con las limosnas y beneficios implorados de algunos hombres ricos y buenos que les daban de carne y tortillas calientes cuanto estimaban que fuera necesario para ellas y para las obligaciones, porque constantemente las ofrecían calientes para que el vapor (así ellas mismas lo decían) ascendiera a los dioses y los deleitara. Consumían todas ellas por partes iguales las vituallas, según la costumbre de nuestros sacerdotes. Nunca se desnudaban los vestidos que se habían puesto la primera vez, ya sea en gracia del pudor, ya sea para que instando el tiempo de ministrar a los dioses y de ocurrir a los trabajos acostumbrados, se levantaran más deprisa y más expeditas. Los días festivos bailaban delante de los dioses según la costumbre de esa gente, adoptando géneros de bailes congruentes a cada una de las fiestas. Si cualquier varón tenía que ver con alguna de ellas, uno y otro eran castigados con pena de muerte, o las mujeres obligadas a seguir a perpetuidad esa regla de vida, y aun ellas mismas se afligían a si mismas con más de mil géneros de tormentos, con la firme creencia de que este crimen no podía ocultarse a los ojos de los dioses, ni sus cuerpos librarse de la podredumbre o de otro mal sordidísimo.

CAPITULO VII

Matrimonio de los mexicanos

Cuando el joven llegaba a edad idónea para casarse, se juntaban sus consanguíneos a deliberar acerca de una esposa de igual condición, con el objeto de evitar (según ellos mismos atestiguaban) el adulterio y de ver por la procreación de la prole. Sobre este negocio le dirigían un larguísimo discurso exhortándole a la aplicación a la virtud, al culto de los dioses y a contraer matrimonio. El hijo daba gracias por los consejos y confesaba qué tiempo hacía que deseaba tener mujer para vivir tranquila y castamente y propagar la estirpe. Conocida pues la disposición de ánimo del adolescente, invitaban a los maestros de los jóvenes a una cena, concluida la cual, los más viejos les ofrecían una gran tea comprada en gracia de este asunto. Añadiendo que, si ellos lo tenían a bien, les sería muy grato dar al joven matrimonio según su condición y los jefes respondían que la cosa no había de ser para ellos menos, ni menos alegre que para los mismos padres, y se llevaban la antorcha al colegio de los jóvenes. Al día siguiente antes del medio día, los varones viejos y las mujeres ya ancianas, iban al domicilio de la doncella que se deseaba fuera del joven y trataban de obtener de los padres que la dieran en matrimonio. La mayor parte respondía que la hija era todavía de tierna edad y no madura para varón, ni digna de tal matrimonio. Pero ellos otra vez con mayores súplicas, trataban de obtener la muchacha que debía casarse con el joven; repetían esto una tercera vez, y cuando intentaban lo mismo la cuarta, era costumbre responder que ya la doncella les había

hablado y que reconocían su conformidad en casarse con el joven, aun cuando se reputase indigna de semejante varón. Entonces los consanguíneos trataban de que dominando un signo fausto, fuera conducida a la casa del esposo, tal cual Acatl, comactli (sic ¿ocomatli?), Cipactli y otros semejantes, de los cuales más adelante hablaremos cuanto sea suficiente. En esa ocasión alguno de los parientes del joven invitaba a los consanguíneos de la doncella, consolaba a los padres y los colmaba de dones. Usaban todos en el convite cacaoatl como bebida absteniéndose del vino, que suele ser compuesto del jugo metl con algunas plantas mezcladas, porque induce la embriaguez, si la moderación está ausente. Exceptuábase a los viejos, que lo tomaban de manera muy temperante. A la segunda hora después del mediodía, bañaban a la doncella con cuanta destreza y cuidado podían, y según la costumbre de aquellos tiempos le pegaban plumas rojas a las quijadas. En la tarde antes de que fuera conducida a la habitación de su suegro, se le mandaba sentarse en el medio de la casa junto al fuego, porque estaban persuadidos de que el dios del fuego dominaba en los matrimonios, y allí continuaban con ella en largas conversaciones y le enseñaban cómo debería portarse para preservar y gobernar los bienes de familia, obedeciendo a su cónyuge; sirviendo a su suegro y a su suegra; ablandando a los consanguíneos y adorando y reverenciando a los dioses y a las diosas. Todo lo oía la doncella con mucha atención y lo preservaba en su mente. Daba las gracias por los consejos y prometía que todas aquellas cosas que aconsejaban las guardaría religiosamente y les demostraría con los hechos y que de buen grado obedecería los consejos de los ancianos. Ya cayendo el sol, para completar las nupcias, la conducían al domicilio del esposo adonde, después de que muchos de los consanguíneos de uno y otro cónyuge de una y de otra parte decían discursos, era llevada la recién casada sobre la espalda de algunas de las mujeres que ejercían la medicina, las cuales en su lengua patria llaman titici, acompañada por muchos sus parientes por la sangre y que la precedían con dos antorchas en honra y alabanza del matrimonio, indicio (como ellos mismos decían) de las gracias que daban a los dioses, y de la dignidad de la institución que imitaba por su esplendor a las llamas. Rogaban en este tiempo a los dioses las mujeres presentes, que tocara felicidad semejante y cónyuge parecido a sus hijas y un igualmente próspero matrimonio. Por su parte el esposo recibía no sin inmenso júbilo dentro de sus lares a la esposa, acompañado de sus parientes y llevando en sus manos la lámpara ardiente. Las mujeres que llaman titici sentadas alrededor en media casa adonde estaba el fuego, indicaban que ya debía ser atada la doncella al lado izquierdo del joven; al mismo tiempo añudaban el manto del varón al cueitl uxorio y con este mismo nudo significaban para lo futuro el vínculo indisoluble del matrimonio. Y no sólo esto, sino que les eran revelados muchos arcanos sobre este asunto. Después, la madre del joven regalaba a su nuera el cueitl con el cual se vestiría desde luego, y el suegro a su yerno el manto con el que generalmente sólo, además del maxtle, permitía vestirse la costumbre de aquel tiempo. Lo suspendía con un nudo del hombro derecho y le ponía también el maxtlatl a los pies para que cuando llegase el tiempo se lo ciñera y ocultara su sexo. Poco después la madre del esposo traía agua y una toalla en las cuales la nuera se lavara la boca y las manos; después, varios géneros de comida, y daba cuatro bocados en la boca al esposo y el suegro hacía el mismo mimo a la nuera. Despachado esto, las mujeres llamadas titici los llevaba a una habitación a acostarse, donde (como ellos mismos lo estimaban) poseídos de una casta Venus, pasaban una noche alegre. En la mañana reunidos los consuegros y las consuegras, interrogaban al joven si había encontrado a su mujer intacta o violada; a

lo que si respondía que la habían sentido contaminada por el estupro y ya arrebatado el pudor virginal, sumamente indignados perforaban todos los vasos en los que los manjares que habían comido, habían sido preparados y servidos, diciendo a los consanguíneos de la recién casada que ni ella había guardado la pudicia, ni ellos habían cuidado de su pudor con solicitud. Pero si respondía que la había encontrado intacta, se llenaban todos de gran alegría. Congratulaban a los consanguíneos de la doncella y álacres, la ensalzaban con grandes alabanzas llenos de gran alegría y trataban nuevas amistades, de tal manera sólidas y firmes que duraban en gran parte hasta el final de la vida. La tornaboda se alargaba hasta el cuarto día, aun entre los hombres de mediocre fortuna, y ya cerca del último, levantaban el lecho donde habían tenido lugar las nupcias, celebradas con gran regocijo de todos, y muchos lo sacudían en medio del patio expresando con esto la alegría de los ánimos. Entonces los recién casados eran amonestados de nuevo por casi todos los amigos acerca de lo que les convenía hacer después para que pudieran llevar vida suave y tranquila y sacudirse el grave yugo de la inopia. Cuando andando el tiempo, comprendían que la recién casada estaba embarazada, todos los consanguíneos celebraban un banquete espléndido creyendo que no de otra manera, sino por la suspensión súbita de los negocios familiares, podía ser celebrada dignamente aquella fecundidad y declarada la alegría del ánimo. Durante la comida daban las gracias a los Dioses creadores de todas las cosas por la criatura incoada y pedían que les fuera concedido ver con la misma alegría al niño dado a luz con que lo habían visto engendrado, y que fuera honra y ornamento de sus mayores; decían además muchas cosas con las cuales atestiguaban su benevolencia y el afecto de su ánimo. Despachadas estas cosas y después de muchos discursos habidos de una y otra parte entre los afines y los consanguíneos, congratulaban a la embarazada y la exhortaban para que se abstuviera de todo lo que pudiera ser dañino para el feto y para ella, y advertían a los padres que cuidaran de lo mismo. Dadas las gracias por estas advertencias, todos se marchaban para irse a sus propias casas.

CAPITULO VIII

De las leyes del casamiento

Era legal para los militares, para los ricos, héroes y reyes, casarse con muchas mujeres, según la abundancia de riqueza; aun cuando los otomites, chichimecas, macatecas y pinomes, habitantes de esta Nueva España, se contentaran sin excepción, menos los héroes, con una sola consorte y no usaran de muchas mujeres, ni de las consanguíneas en grado próximo. En algunas partes las compraban con cacahuatl o con otras cosas con las que se acostumbraba comerciar; en otras partes o por la fuerza o solapadamente las raptaban, pero la mayor parte eran arrancadas a los padres con súplicas, para cónyuges o queridas. Se dice que acostumbraban tan numerosas consortes, o para pasar la vida con mayor voluptuosidad, o para recibir de ellas muchos hijos o para que les sirviesen de criadas y esclavas que adornaran y limpiaran las casas; a no ser que lo hicieran por deseo de lucro, o para tejer y aumentar el ajuar. Sin embargo, los varones no tomaban mujer hasta que hubieran ajustado veinte años de edad, cuando las mujeres apenas de diez cumplidos, se casaban con los varones. Evitaban los matrimonios con la madre, con la hija, y algunas veces con la hermana también, pero despreciaban los otros grados de

parentesco. Y así a veces se casan con afines y con las madrastras en las cuales los padres no tuvieron hijos. En algunas partes también con las suegras, cuando aún viven las hijas, y tenían a unas y otras al mismo tiempo en casa. Llamaban a algunas, mujeres, a otras, amigas, y a otras, concubinas. A saber, mujeres a las recibidas con dote, amigas a las que siendo ya casados, pedían a los padres, y concubinas a las que fuera del consentimiento de sus padres, sin su permiso y aun sin saberlo, recibían sin dote. La herencia pertenecía a los hijos mayores de las mujeres, pero por reverencia y respeto a la dignidad real, entre los grandes señores, eran considerados herederos los hijos de las mujeres de la estirpe de los reyes mexicanos, aun cuando fueran menores y aun cuando sus madres no hubiesen llevado ninguna dote, sino que hubiesen sido conducidas a la morada del varón carentes de riqueza.

CAPITULO IX

De las mujeres y concubinas de Motecçuma

Muchos eran los palacios reales de Motecçuma, emperador de los mexicanos, dentro y fuera de la ciudad en la época en que los españoles penetraron en estas comarcas. En algunos de ellos había sido educado; otro los habitaba cuando ya poseía la dignidad real, por ostentación y grandeza. El palacio en que más se deleitaba, llamado Tépac, era soberbio; abiertas a la plaza y a las vías públicas tenía veinte puertas, sobre las que estaba esculpida un águila destrozando un tigre con las uñas, que era la insignia real, pintada también en las banderas. Se extendía por tres patios amplísimos y hermosos, principalmente uno de ellos, al cual una fuente de agua dulce hacía más ameno; y tenía el palacio cien atrios y cien baños. Los pavimentos de las salas eran de madera muy firme y muy hermosa, de abeto, de cedro, de ciprés, de pino y de palma. Las paredes brillaban con jaspe, mármol, pórfido y con una piedra reluciente negra y blanca surcada de líneas rojas. En las habitaciones lucían imágenes y figuras pintadas y en los pisos había esteras y tapetes, y alfombras de algodón, de pluma y entretejidas también de pelo de liebre. Los lechos se hacían de numerosas mantas superpuestas. A muy pocos hombres, y éstos designados para estos menesteres, se les permitía pasar la noche en esas casas reservadas tan sólo a las mujeres, de las cuales, mil o más habitaban en ellas o, según dicen otros, tres mil, si se cuentan las esclavas y las criadas. Porque Motecçuma para su uso tomaba de entre las hijas de los señores aquellas que le placían más, y las otras eran repartidas y concedidas como mujeres a los señores, a sus criados y a sus amigos. Por lo que, dicen que aconteciera alguna vez que fueran encontradas ciento cincuenta de las concubinas de Motecçuma embarazadas al mismo tiempo; las cuales por persuasión de los demonios, y puesto que a los hijos no pertenecería la herencia, en gran parte se esforzaban en abortar; a pesar de que algunas viejas añosas hicieran las veces de guardias eunucos y tuvieran a su cuidado por encargo del rey, la castidad de las mujeres y la seguridad de los fetos.

CAPITULO X

De los herederos

El hijo mayor heredaba los bienes paternos, pero con esta condición: que tuviera consigo a los hermanos y sobrinos carnales que lo obedecieran de buen grado y le complacieran, y que les diera alimentos y lo necesario para vivir cómodamente. En razón de lo cual apenas, había domicilio en que no pulularan varones y mujeres. El heredero pagaba al rey todos los tributos del mayorazgo o los impuestos a los campos y los que se acostumbraba que fueran pagados. Si acontecía en la región que fueran exigidos los tributos por capitación, pagaba por cada hermano o sobrino la medida establecida de cacaoatl, de maíz, de mantas, plumas, gemas, oro y otras cosas semejantes. Cargábanlos con tanto peso de contribuciones, que muchas veces incapaces de pagar, los tomaban como esclavos los recaudadores o eran vendidos públicamente en los mercados, para que erogada la pecunia gracias a la libertad perdida, se satisficiera aquel a quien perteneciera el censo. Pero si la mayor era la mujer y engendada primero en la casa de los padres, el hijo que la seguía en edad, una vez casada la hermana y entregada al varón, entraba en posesión de los bienes de los padres, y, del modo que ya dijimos, suplía después a los hermanos lo necesario. Pero si faltaba heredero que substituyera al señor de los bienes paternos, la herencia, o venía al rey y el gobernador de la ciudad la daba a quien quería, impuesto el antiguo tributo y después de haber tenido en cuenta a los parientes y afines; o iba al pueblo con la condición de que éste entregara al señor el censo predicho, a lo cual todo este negocio estaba sujeto. Y a pesar de que hubiera en gran parte de aquella gente leyes e instituciones de herederos y que fuesen invioladas y custodiadas por todos religiosamente, había también lugares donde la fortuna paterna pertenecía indistintamente a los hijos y dividida en partes iguales era distribuida entre todos. Lo cual era (según me parece) más equitativo y más cómodo. Ni faltaban provincias en las cuales aun cuando la herencia perteneciera a los mayores, antes que la posesión les fuera concedida, tenía que recaer sentencia del pueblo con decreto del mismo rey. Solícitos de esto los padres, antes que dejasen esta vida, solían proveer exponiendo su manera de sentir y declarando a quién entre los hijos habían decretado constituir heredero. En las ciudades que no obedecían a mandato de rey, sino al juicio y autoridad de padres conscriptos, había leyes de heredar diversas de las sobredichas pero, sin embargo, siempre se miraba el linaje. Por lo que respecta a los reyes de los mexicanos, la herencia pertenecía no a los hijos, sino a los hermanos mayores, y cuando no había ninguno de éstos a los hijos del hermano mayor y así después. Si en verdad les acaecía morir privados de hermanos, sobrinos o hijos, era constituido heredero el pariente de grado más cercano por la sangre, con tal que honrara la dignidad real y por fin, el más digno de los reyes limítrofes o confederados del Imperio Mexicano, era elegido por los sufragios. No debemos pasar en silencio en esta parte, que los reyes de los mexicanos y de los tescoquenses concedían y destinaban algunas ciudades a sus hijos y a sus hijas, no sin consentimiento espontáneo de los herederos, para que la stirpe regia no viniese a menos o cayese en un género sórdido de vida.

CAPITULO XI

De los esclavos

A los prisioneros de guerra, hasta que fueran inmolados a los dioses, se les permitía pasar una vida ociosa y espléndida (como consagrados a los seres celestiales). Sólo los esclavos estaban obligados a servir a los señores y a obedecer a los mandatos de sus dueños. Era lícito a los padres vender a los hijos y a cualquiera venderse a sí mismo por un precio determinado. Para que el contrato fuera válido se exigía que hubiera tres testigos. Quien hurtaba trigo, semillas, plantas, mantas, aves de corral u otros animales domésticos, vestidos o cualquiera otra cosa semejante, era reducido a la esclavitud si era pobre e incapaz de pagar lo robado. Si ya esclavo no se abstenía del hurto, era obligado a morir con un lazo al cuello o era sacrificado ante las aras de los dioses. El que vendía a un hombre libre como esclavo, era tenido por esclavo de aquel que con injuria había intentado vender. Y esta ley se conservaba inviolable, para que ninguno después se atreviera a vender hombres libres u ofrecer niños como alimento. También se reducía a la esclavitud a los hijos, parientes y consortes de los traidores al rey. El varón libre que tenía relaciones con una esclava, tales que saliera embarazada, servía al señor de la esclava a no ser que se casara con ella; muy a menudo en verdad, los esclavos se casaban con las señoras y las esclavas con los señores. Los ancianos y los pobres se vendían ellos mismos, y hasta los jugadores cuando les era adversa la suerte, tornábanse en esclavos, pero no antes de transcurrido un año. Las meretrices que ya comenzaban a envejecer, deformes o valetudinarias, recurrían a una esclavitud espontánea porque ya no recibían de sus galanes el premio de su liviandad; ni era costumbre que los pobres exigiesen de barrio en barrio alimentos de los más ricos. Los padres vendían o empeñaban los hijos como esclavos, pero era permitido libertar al vendido o empeñado con un sustituto. Y aún algunas familias estaban encensadas por pacto y convenio a sustentar un esclavo a perpetuidad, pero por un precio muy elevado. Si alguien moría con deudas y no había fortuna para pagar, la mujer o el hijo eran reducidos a la esclavitud, principalmente si estaban obligados a ello por convenio. Los hijos de los esclavos y de las esclavas eran considerados libres. Nadie podía vender un esclavo si primero no le rodeaba el cuello con una argolla de madera; y no se podía hacer esto inconsideradamente, sin justísima causa y sin consentimiento de los jueces. A estos esclavos de argolla podían inmolarse en honor de los dioses, o a los de aquellas naciones que no pertenecían al Rey Mexicano y a los que hubiesen comprado por alguna cantidad. Estos mismos, sin embargo, recobraban la libertad si durante ciertas fiestas del año se refugiaban en el palacio del rey; a lo cual, a nadie, a no ser el señor o el hijo del señor, era permitido impedirlo; y si algún otro lo estorbaba era reducido a la esclavitud sobre la marcha y al esclavo se le concedía la libertad. Permitíase a los esclavos casarse y sembrar cereales y con lo ganado en la siembra rescatarse a sí mismos. Esto sin embargo acontecía rara vez, porque eran perezosos y de poco ánimo y juzgaban recompensa equitativa por la libertad, ser alimentados por los señores.

CAPITULO XII

De la vivienda de los mexicanos

Viven muchos en una sola casa, o porque sea necesario que habiten juntos los hermanos y

los sobrinos, puesto que no se divide (como dijimos) la fortuna paterna, o por lo numeroso de los hombres y lo estrecho de la ciudad. Para construir entallan la piedra con piedra. Los más a propósito para ser hendidos o entallados son algunos sílices translúcidos, que se encuentran blancos, negros y cerúleos. Usan también hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro, con estaño y a veces con plata. Con palo sacan piedra de las canteras y con palo forman con arte maravilloso de la piedra iztlina espadas, sables, instrumentos propios para castrar el maguey, puntas de flechas y de dardos y navajas. Con semejantes herramientas pulen las piedras con tanta destreza y artificio que exceden con mucho a nuestros escultores. Decoran con variadas pinturas las paredes y multiplican por doquiera los escudos y las hazañas de los mayores. Los próceres y los ricos cubren y adornan las paredes de las casas con tapices de algodón de imágenes multiformes y colores variados, y también con plumas, con esteras de palma [petates] y con tapetes finísimos de algodón más hermosos que los de los nuestros. Todavía no habían inventado las puertas ni las ventanas de hojas; ni habían echado cerrojos en gracia de la seguridad. Siempre estaban abiertas para todos las entradas a las casas con absoluta seguridad, porque si algún ladrón por casualidad fuese encontrado, lo cual era raro y notable, era castigado de manera atroz; y no se procedía con menor pena en contra de los estupradores y los adúlteros. Usaban teas en lugar de lámparas, y otros varios géneros de maderas resinosas a pesar de que abundaran en cera, lo que no es poco de maravillar. Extraían aceite del hueso de la fruta ahoacaquahuitl, de la semilla de la chía, del ricino, del saín de las aves, pescados y gusanos, pero no lo empleaban para candiles. En lugar de camas usaban paja de cereales, esteras y cuando mejor se trataban, mantas y pluma. En vez de almohadas tenían leños, piedras o unos bancos cuadrados, entretejidos de hojas de palma o de junco y de espadaña común o de otros géneros de espadaña; sobre éstos también se sentaban. Usaban además sillas bajas de la misma materia, con apéndices en los cuales se apoyaba el respaldo; pero la mayor parte se sientan en el suelo. El piso les sirve de mesa donde puercamente y sin ninguna limpieza ni urbanidad, toman sus alimentos y limpian con paños los restos de la comida. Se privan fácilmente de la carne y la mayor parte se contenta con tortillas untadas con salsa de chile, a la cual añaden casi siempre la fruta de algunos géneros de solano llamada "tomame" [tomate]; tanta es la fuerza y el poder de la costumbre y de su alimento, no sólo para nutrir esa gente, sino para excitar en gran manera la gana de comer y el apetito, y así no es de asombrar que apenas se encuentre algo que se escape de la voracidad de esos hombres o de que su paladar, a pesar del peligro, no haya experimentado el sabor. Aun cuando sean amiguísimos del vino exprimido de las uvas, a pesar de que en las selvas se entretejan unas vides silvestres llamadas totolochtli y que los árboles estén adornados con ellas por todas partes. La bebida más suave de las que usaban, se preparaba con harina de otras legumbres; ésta en verdad no embriaga, sino refrigera el cuerpo; por consiguiente usan de ella para el calor, aun cuando estén cubiertos de sudor. Hacen también vino del maíz con miel mezclada (abundan en verdad en muchos géneros de mieles, de los cuales hemos hablado en otra parte); lo llaman atolli, y es bebida casera para muchas enfermedades. Lo que se hace de esta manera, con esta semilla o con las otras no puede embriagar, a no ser que se cuezan dentro ciertas hierbas y raíces. Acostumbraban de ordinario beber agua, a no ser que fueran convidados, cuando les era gratísimo embeodarse y desatinar, mezclando hierbas, que dañan la mente y hacen heder la boca; y venenos y algunos géneros de hongos mortíferos, por los que eran acometidos

por tanta rabia, que pedían ser degollados por alguno o colgarse ellos mismos de una cuerda o atravesarse con una espada; ardían en sed insaciable y andaban excitados por ferocísima locura. Sin embargo, este mal tan grande los reyes y los señores lo rehusan a la plebe y los excluyen de sus cenas, castigando con gravísimas penas a los transgresores. También preparan pocillos de yztauhyatl cocido, añadiéndole harina de chía; a los que no están acostumbrados a beber esto, les parece amargo e ingrato, pero a los acostumbrados muy sabroso. Extraen de los sesos barrenados de las palmas un licor que también se usa como vino, y emplean así mismo jugo de nueces indias, o metl crudo, con ocatli, llamado "medicina del vino", con gran peligro de la salud y de la mente y desastre para el aliento de la boca. Omitiré el vino mezclado con azúcar, ciruelas y otras mil cosas, pero tanto les gusta enloquecerse y carecer de razón por algún tiempo, que mientras lo buscan con avidez, corren espontáneamente peligro de la vida. Los que son encontrados ebrios (a no ser que esto acontezca en los días festivos o por venia dada por los jueces o por el rey) son ejecutados o rapados en medio de la plaza, lo que para ellos es una vergüenza inmensa; además se les derriba la casa; porque no juzgan digno de tener casa a aquel que pierde el juicio por su voluntad. En verdad, el premio mayor de estas pociones era la insania arrebatados por la cual o se mataban a sí mismos o a los que encontraban. ¡Qué digo!; a veces sin diferencia alguna, acometían hasta a las madres, hermanas e hijas para forzarlas y si no las tenían, abusaban de varones, y ojalá que ya se abstuvieran por completo del vino y de otros desatinos semejantes.

CAPITULO XIII

De la Institución Teuhyotl

Al nacido de progenitores preclaros convenía iniciarlo al título de Teuhyotl, título eximio y segundo tan sólo al real, porque de otra manera no era permitido llegar a recibir esta dignidad. Algunos días antes de que alguien fuese honrado con esa insignia, se llamaba a sus parientes, a todos sus amigos, a otros sus vecinos y a los señores colindantes para que estuvieren presentes en tan gran celebridad. Ya reunidos en la ciudad, se elegía un día presidido por signo propicio y benévolo. El aspirante era conducido, acompañado de una magna turba de ciudadanos, al templo de Hoitzilopochtli (sic) que era el mayor de todos. Él, apoyado en varones próceres, subía al altar por las gradas. Todos doblaban la rodilla delante de la imagen de ese dios. El recipiendario suplicante persistía en la intención solícita de su ánimo. Adelantábase el sumo sacerdote rodeado de gran copia de ministros y con un hueso de tigre puntiagudo o con uñas de águila, perforaba el cutis de las narices hasta los cartílagos, abriendo pequeñas heridas en las cuales fijaba piedras iztlinas. Después lo denostaba con la semblanza de muchas injurias y le quitaban toda la ropa, excepto aquella que le cubría las vergüenzas. Partía desnudo, y retirado en alguna aula del templo, sentado en el suelo oraba velando. Entretanto los huéspedes que estaban presentes a la fiesta, banquetearan alegres y álacres y después sin saludar al otro, se marchaban. Cuando se acercaba la noche, algunos de los sacerdotes llevaban al candidato mantas de tejido grosero y vil con que se vistiera; dos escaños y un cobertor tejido de gladiolo y de tule para que se sentara y se acostara; pigmento para teñir el cuerpo de negro; espinas de maguey con que se pinchara las orejas, los brazos y las piernas a

conciencia y por fin un vaso con fuego y el incienso patrio llamado tecopalli, para que hiciera las ceremonias sagradas en honor de los dioses; después se retiraban. Quedábase solo o acompañado únicamente por dos o tres militares veteranos y valientes quienes lo despertaban si se dormía y le enseñaban lo que convenía hacer. Se le mandaba abstenerse del sueño cuatro días íntegros con otras tantas noches, y si le acontecía dormir aunque fuera un poquito lo despertaban pinchándolo con agujones. Y en todas y cada una de las noches, ya avanzadas, presentaba perfume [¿incienso?] a las imágenes de los dioses y ofrecía y consagraba gotitas de sangre sacadas de algunas partes del cuerpo. Iba una sola vez con diligencia alrededor del patio del templo, cavaba cuatro fosas en la tierra y enterraba en cada una papiros, copal y cañas teñidas con sangre de las orejas, de la lengua, de las manos y de los pies. Concluido esto comía tan sólo (hasta ahora no había probado nada) cuatro bollos preparados con maíz, de los que llaman tamales, y bebía hasta la última gota un jarro de agua fría, lo que imitaban algunos próceres. Pasados los cuatro días antedichos, pedía al sumo sacerdote que se le permitiera visitar otros templos y lo obtenía, pero no mucho después volvía a ser conducido al teuhcalli mayor, si regía signo benigno; al mismo tiempo volvían todos los que lo habían llevado. Estos, a la madrugada lo bañaban y lo secaban; al mismo tiempo ordenaban que los instrumentos resonaran con dulcísima música, para cantar las alabanzas del candidato, con lo cual muchos bailaban con suma rapidez. Llevado al altar, le arrancaban aquellos paños viles con los que había estado cubierto hasta aquel momento y le ligaban los cabellos a la nuca con una tira de cuero escarlata de la cual pendían algunas plumas y después lo vestían con un manto de gran precio, y aun le ponían otro también que conviniera a esa dignidad y la indicara. Se le mandaba tener el arco con la mano izquierda y con la diestra las flechas, y el sacerdote lo exhortaba a que siempre tuviera presente la orden que había recibido y que al modo que había sido adornado con ese nombre, se separara y distinguiera de la plebe, y que después de la prudencia, liberalidad, temperancia y fortaleza y demás virtudes y obras egregias se esforzara en sobresalir de entre los hombres de la vil turba y superarlos; lo exhortaba también a que defendiera su religión y se mostrara guardián y adorno de su patria, protegiera a los sometidos y debelara a los enemigos; a que se mostrara diligente en todas las cosas, no perezoso e indolente y que además imitara al águila y al tigre cuando reflexionase que había sido perforada con uñas y huesos de esos animales su nariz, que es la parte más prominente e insigne de la cara y donde reside el pudor del hombre. Imponíale después un nombre nuevo y pidiendo para él mente sana y vida feliz lo despachaba. Los huéspedes convidados a esta celebridad ya entonces comían la cena preparada en medio del patio, y algunos ciudadanos entretanto pulsaban huesos, tímpanos, tibias, trompetas y otros instrumentos propios de los conciertos musicales, y ejercitaban los bailes y danzas que se llamaban nitotiliztli, ejecutadas por todos al mismo tiempo que los cantos y con movimientos armoniosos y correspondientes entre sí en admirable relación. La cena era alegre, magnífica y abundante en toda clase de bebida y de manjares. Y no faltaban aves de corral indias (cohortales), varias especies de perdices y a las cuales llaman codornices, conejos, liebres, ciervos, jabalíes de la tierra y muchos géneros de ánades y de otras aves, y además serpientes, víboras, peces diversos y muchísimas manzanas y legumbres. ¿Qué diré de las coronas tejidas de aspecto y olor deliciosos, del acayetl y vinos de la tierra, con los cuales en aquella ocasión era permitido emborracharse? Los convidados y los sacerdotes del templo eran obsequiados con plumas, penachos, mantas, sandalias, con

ornamentos para las orejas y para los labios, de oro fundido, de gemas y de otras muchísimas clases. Introducíanse en los agujeros de las narices hechos por el sumo sacerdote pepitas de oro, perlas, cianeadas, esmeraldas y otras no inferiores en precio, con las cuales el que había alcanzado aquella dignidad, se distinguiera de los demás. Se le ligaban también los cabellos al vértice en tiempo de guerra. Era el primero en dar su opinión en casa, en los cargos públicos, en la guerra y en la paz. Y siempre había preparado para él en todas partes un escaño en el que en el momento de sentirse cansado de estar de pie pudiera sentarse.

CAPITULO XIV

De la consagración de los Reyes de la Nueva España

Al morir el emperador de los mexicanos, los reyes de Tezcoco y de Tlacopan, los teteuhqui y los tequitlatoque, clases de magistrados llamados así en la lengua mexicana, se reunían al mismo tiempo en la ciudad y designaban por los sufragios de todos a otro que sucediera al difunto; la mayor parte de las veces al hermano mayor (como dijimos) o a los hijos, o si había muerto sin hermanos, sobrinos e hijos, al pariente consanguíneo de grado más cercano, con tal de que fuese reputado digno del oficio regio, apto para conservar la República y para dilatar más y más el Imperio. Con gran pompa pero todos en silencio, conducían al electo desnudo y cubiertas tan sólo las partes pudendas al templo de Hoitzilopuchtli, que era el mayor de todos, y de allí por las escalinatas a los altares mismos, apoyado en dos señores de magna estimación en aquel Imperio, los cuales habían sido escogidos desde hacía tiempo para ese objeto. Precedían los reyes predichos, en cuyos mantos se veían entretejidas las imágenes que indicaban los cargos que tenían que desempeñar ese día. Unos cuantos subían entonces al altar, y éstos para que vistieran al nuevo rey y que asistieran a los ritos establecidos que tenían que observarse. Contemplábalos una numerosa turba desde las escalinatas, desde el suelo y desde los tejados. Se aproximaban después al altar con grandísima reverencia, doblaban las rodillas delante del simulacro de Hoitzilopochtli, y suplicantes llevaban a la boca un dedo con el que habían tocado la tierra primero. Luego el sumo sacerdote vestido de pontifical, y acompañado por innumerables otros de orden inferior vestidos de fiesta, sin hablar palabra, teñía todo el cuerpo del rey con un pigmento negro, preparado y mezclado para ese objeto y después, saludando al ungido, lo rociaba y regaba con ciertas aguas consagradas a los dioses, según la costumbre, empleando un hisopo hecho con hojas de caña, de cedro, y de sauce, tal vez por alguna significación y propiedad conocida de ellos. Le ponía después en la cabeza un manto cuyo tejido representaba huesos de hombre y calaveras y a éste se le sobreponía otro negro y otro azul pintados con las mismas figuras e imágenes. Le rodeaba el cuello con unas correas coccíneas muy largas, con muchos ramales pendientes, en cuyas extremidades se cosían algunas insignias reales. Le colgaban también a la espalda una calabaza llena de un polvo con cuya fuerza se disipara la peste, se apartaran los dolores y toda clase de enfermedades y se estrellaran las artes malignas de los fascinadores y burladores benéficos, de modo que ninguno de ellos le pudiese empecer. Se le ponía después en el brazo izquierdo un saco lleno de incienso del país y un vaso de barro lleno de carbón que hacían de corteza de encina. Así adornado, se

levantaba el rey y echaba incienso al fuego: con magna reverencia y modestia insigne deleitaba a Hoitzilopochtli con el suave olor y cuando había concluido, se sentaba. Entonces el sumo sacerdote lo obligaba bajo juramento a observar para siempre la religión de los patrios dioses, a no violar nunca los derechos y estatutos de los mayores, y a ser considerado justo y equitativo; a no agraviar sin causas justísimas a sus súbditos, confederados y amigos; a mostrarse fuerte en la guerra y hacer que el sol no abandonara su curso acostumbrado y no dejara de iluminar el orbe; que las nubes llovieran, que los ríos prosiguieran su curso, y que la tierra produjera todo género de semillas, frutos y legumbres abundantemente; las cuales todas, y otras cosas semejantes a éstas, que no puede ejecutar el poder humano, el nuevo rey, a tal punto lo creían dios, juraba que él lo haría. Daba las gracias al sumo sacerdote, invocaba la ayuda y el auxilio de los dioses y de los presentes y así bajaba por las escalinatas apoyado en los mismos con quienes pidiendo a los dioses un Imperio feliz y fausto, que gobernara durante largo tiempo con salud de todo el pueblo. Vieras entonces a éstos hablar con grande alegría entre ellos, y a aquéllos pulsar instrumentos varios y a todos manifestar y mostrarse mutuamente la hilaridad del ánimo con varios signos y movimientos de cabeza. Antes de que bajase todos los principales varones que estaban presentes daban obediencia al nuevo emperador, y con ánimo dispuesto lo recibían como señor y rey, lo que atestiguaban con presentes de hermosas plumas, morriones, brazaletes, caracoles, collares y varios otros ornamentos de oro, y mantas en las que estaban tejidos cráneos de hombre. Acompañábanle después hasta una gran sala, e íbanse. El rey se sentaba en el trono llamado tlacalteco, y no salía del templo durante cuatro días para dedicarse a la oración, a los sacrificios y a otras cosas semejantes, y prestarles incesante atención. Sólo una vez al día tomaba alimento, pero, sin embargo, comía carne, sal, chile y la demás comida acostumbrada por los reyes. También una sola vez al día usaba del baño, pero en la noche era lavado de nuevo en una ancha alberca, donde se extraía sangre de las orejas perforadas, la ofrecía a los dioses de la lluvia, que llaman Tlaloques, y a las otras imágenes presentes en el patio y en el templo, y les presentaba tortas, flores, frutos, palomas, tórtolas, codornices, virutas de caña teñidas en la propia sangre, sangre sacada de la lengua, de las narices, de las manos, de las partes pudendas y de otras partes del cuerpo. Pasados esos cuatro días se acercaban a él todos los próceres para conducirlo al Palacio Real, lo que se hacía con concurso increíble y magno aplauso y pompa de todo el pueblo. Pocos sin embargo miraban al rostro real después de la consagración. Del mismo modo se ungía a los otros reyes, súbditos del Imperio Mexicano, pero sin subir las gradas. Después, lo que se había hecho era afirmado y sancionado por el Emperador de México como máximo de todos los reyes. Vueltos al fin a su patria, con gran alegría y alegres convites, atestiguaban el gozo del ánimo por la dignidad recientemente obtenida.

CAPITULO XV

De la muerte, de las almas y de la sepultura

Tenían como seguro y probado que las almas son inmortales y estaban persuadidos de que habitaban completamente desnudas de cuerpo, en uno de tres lugares, a saber: cielo, infierno o paraíso terrenal. Decían que conquistaban el cielo, donde presidía el sol, los

que caían en la guerra, o los que cautivados en las batallas eran sacrificados en las aras de los dioses, cualquiera que fuera el género de muerte que padecieran, que era muy variado por razón de las fiestas y de los dioses a quienes eran inmolados. Creían que el cielo era un lugar plano y campestre gobernado por el sol, y por consiguiente al salir, lo recibían con clamores y con gran estrépito, chocando y golpeando con vehemencia las adargas y los escudos; y sólo los que los tenían horadados por flechas [enemigas], podían mirar al astro a través de los agujeros, porque de otra manera no era lícito levantar los ojos para contemplarlo. Decían que ese lugar constaba de bosques hermosos por los varios géneros de árboles, de animales mansos y por el canto y la multitud de aves bellísimas. No tenían la menor duda de que cualquier cosa que se ofreciera a los celícolas por aquellos que aún estaban en esta vida, llegaría sin pérdida de ninguna partícula de las oblaciones, las que serían recibidas y acomodadas para su uso por los habitantes del cielo a quienes se consagraban. Estos eran transformados pasado un año en aves cubiertas de plumas varias y vagaban por el cielo y por la tierra chupando como el hoitsitzilim el rocío caído sobre las flores y retenido en las corolas. Añadían que eran recibidos en el paraíso terrenal los náufragos, los muertos por el rayo y los que morían de lepra, sarna, sarpullido y de la enfermedad india que ellos mismos llaman nanahuatl (con la que ahora han contagiado a todo el orbe), o que morían de gota. Afirmaban que este lugar afluía en todo género de delicias; carecía de toda molestia y gozaba de una primavera eterna y de un clima agradabilísimo. Perpetuamente reverdecían allí la calabaza, el maíz, el chile y todo género de bledos, armuelle, legumbres y frutas. Añadían que los habitantes de esas regiones eran aquellos dioses autores de las lluvias que tenían por costumbre llamar tlaloques en la lengua patria, y aplacarlos con sangre derramada de tiernos niños. A los que morían con dichas enfermedades, a saber, infectadas por el contagio, sórdidas y públicamente conocidas, nunca los quemaban, sino que los enterraban, poniéndoles entre las manos unas varitas y en las quijadas unas semillas de bledo; teñiéndoles el rostro de color azul celeste y añadiendo por todos los lados papeles recortados, los que se ponían en la nuca y por el resto del cuerpo como ornamento peculiar de los dioses. Todos los demás, quienesquiera que fuesen y de cualquier modo que exhalaran el alma, se creía que eran precipitados al bátrato, porque en verdad los sacrificios, ayunos, preces, efusiones de sangre y otras cosas con las cuales blandaban a los dioses, creían que servían solamente para lo caduco que podía obtenerse de ellos, pero la sede que habitarían las almas desnudas de cuerpo, no dependía más que del género de muerte. En esta forma hablaban a los que se partían de los vivos, con discursos fecundos y plácidos (es esta gente en verdad fecunda por naturaleza y, sin maestros, perita en el hablar); les decían que ya habían recorrido el curso de su vida y apagada esta luz, tenían que ir adonde pareciera a los dioses; a saber, a un lugar horroroso por las perpetuas tinieblas, y que no podía ser evitado por ninguna industria; habían vivido ya por beneficio de los dioses y habían recorrido el curso que éstos les habían asignado y, a pesar de que la vida estuviese encerrada entre angostos límites, ya no era permitido oponerse al hado o invertir el orden constante de las cosas. Ya los dioses tartáreos los llamaban al orco y había que obedecerles dejando los hogares, la dulcísima mujer, los carísimos hijos y los gratísimos amigos. Y vueltos a los consanguíneos del difunto, les decían que aquello era obra de Dios y de la naturaleza de las cosas, la cual no podía evadir ningún hombre mortal, que había visto la luz ya condenado a muerte, y que por consiguiente ésta debía ser tolerada por todos con ánimo sereno. Decían otras muchas cosas más que se pueden conjeturar por

las antedichas. Concluido esto, le encogían las piernas al muerto, y lo rodeaban por todas partes con el papiro que llaman "amatl". Le rociaban el rostro y la cabeza con agua fría, añadiendo, que puesto que la había bebido durante su vida, le serviría ya muerto para recorrer su larguísimo camino, y, por consiguiente, la ponían en un pequeño vaso entre los lienzos que atados y cosidos le servían de mortaja; los cuales, según los varios géneros de muerte y la calidad de los muertos, solían variarse también en muchos modos. Colocaban encima otros papiros en otras partes, añadiendo que vendría el tiempo en que fuesen de no poca utilidad. Quemaban también y volvían ceniza todos los vestidos y ornamentos que había usado en vida, para que ya muerto no le hicieran falta, sino que lo protegieran en contra del invierno y el frío intenso de las regiones por las que tenía que atravesar. Poníanle junto también, como compañero del viaje, un perro bermejo, con unos hilos flojos de algodón ligados al cuello, pues creían que sin este auxilio no podría atravesar el río tartáreo; el cual una vez atravesado, debía dar aquellos papiros como don suplicante a Plutón, dios del tártaro, con otros hilos flojos y haces de ocotes, los que incluían también en los vestidos fúnebres. Guardaban doblados y bien envueltos los vestidos de las mujeres que morían, hasta el octogésimo día, después del fallecimiento, en que los quemaban. [Todo lo dicho] se hacía lo mismo al completarse el primer año, el segundo, tercero y cuarto, y hasta entonces concluían las exequias. Pero no daban aquí fin a sus disparates, porque afirmaban que después de que habían tocado los umbrales de los infiernos, tenían que llegar además a otros nueve tártaros y atravesar montados sobre el perro los ríos que se presentaban a los que recorrían ese camino. Añadían otras muchas cosas no menos pueriles, las que me han parecido indignas de recordarse y por consiguiente las he pasado en silencio. Adornado (como dijimos) el cadáver, lo ponían en una silla como si estuviera sentado y lo rodeaban de banderas, si era funeral de señor; mataban esclavos y con los corazones rociaban el cadáver que después de quemado y vuelto ceniza, era sepultado. Si en cambio era del vulgo ignoble, colocado de la misma manera le ponían enfrente alimentos y la tercera parte de sus bienes (si algunos tenía) y así se acostumbraba enterrarlo. Si era mercader o soldado hacían lo mismo y también era enterrada con él la tercera parte de sus cosas. Quemaban los cuerpos que según sus ritos pertenecieran al fuego, y un par de viejos a quienes se encomendaba ese trabajo, mientras otros dos cantaban, traspasaban con lanzas los cadáveres en combustión. Después sobre las cenizas y los huesos, esparcían agua y por fin los enterraban en una fosa de forma redonda, pero antes les ponían en la boca, si el muerto era noble, una esmeralda, pero si era de la clase ínfima, una piedra iztlina, que llaman texoxoctli, mucho menos valiosa; y creían que estas piedras servirían de corazón a los difuntos. A los próceres muertos los rodeaban con un aparejo de papeles muy grande y, hecha de los mismos, una efigie adornada con plumas de muchos colores, al mismo tiempo inmolaban veinte esclavos y otras tantas esclavas traspasándoles el cuello con muchas flechas, el día en que el señor era quemado, para que adondequiera que fuese le siguieran para servirlo como si todavía estuviese en vida.

CAPITULO XVI

De la sepultura de los Reyes mexicanos

Cuando caía enfermo el rey de México, ponían una máscara al rostro de Tetzcatlipuca o de Hotzilopuchtli o de otro dios de aquellos que eran tenidos como mayores por el consenso de todos. Y no se las quitaban hasta que sanare o muriere. Si moría, todas las provincias y los reyes sujetos al Imperio Mexicano eran notificados del acontecimiento sobre la marcha, para que derramando lágrimas y con frecuentes suspiros según era debido, celebraran la muerte del rey y atestiguaran la tristeza del ánimo por el señor difunto y lo que lo echaban de menos. Convocaban a todos los señores limítrofes, ya fueran súbditos o aliados, que dentro de cuatro días pudiesen estar presentes a las honras. Puesto el cadáver sobre una estera, gemían con dolor inmenso cuatro noches íntegras, durante las cuales lo lavaban, le cortaban el pelo, y religiosamente guardaban la guedeja porque creían que permanecía en ella vestigios del alma. Le ponían diecisiete mantas, con múltiples figuras de muchos colores, en la última de las cuales, estaba tejida la imagen de Hoitzilopochtli, Tetzcatlipoca o de otro cualquiera dios mayor, del cual hubiese sido más devoto el rey mientras vivía o en cuyo templo fuese a ser sepultado. Adaptaban máscaras preciosas por las perlas, las gemas y el oro, a las estatuas de los dioses; mataban al esclavo que tenía a su cuidado el fuego doméstico y el aplacar las imágenes domésticas con sahumerios y después el cadáver era llevado al Teuhcalli por unos que lloraban y por otros (porque tal era la costumbre) que cantaban versos en alabanza y gloria del difunto. Los próceres, la familia del rey y los criados, llevaban en las manos escudos, flechas, cetros, banderas, y los penachos, y otras cosas con las cuales solía aumentar su estatura cuando ejecutaba los bailes sagrados o hacía la guerra, o cuando andaba por la ciudad. Todo esto para que fuese arrojado y al mismo tiempo que él convertido en cenizas en su pira. Recibía el cadáver regio el Sumo Pontífice con los sacerdotes inferiores e iba hasta la puerta del patio cantando cosas tristes, murmuraba no sé que y después ordenaba que fuera incinerado con todas las joyas que traía. Se quemaban también sus armas, dardos, plumas y las banderas que lo precedían y distinguían de los demás cuando avanzaba en la batalla. También traspasaban el cuello con una flecha al perro sobre el cual montaría durante su camino y por el cual le sería mostrada la vía. Mientras ardía la pira, se quemaba el rey y se degollaba al perro, los sacerdotes sacrificaban más o menos doscientos esclavos, cuyos corazones sacados de los pechos abiertos se echaban en la pira, pero los cuerpos se echaban en un carnero. Estos eran esclavos del rey u ofrecidos para los sacrificios de ese día por sus amigos y aliados, y eran sacrificados tanto en honor del difunto cuanto para que siguiéndolo a cualquier parte adonde fuese le sirviesen y cuidasen. Por fin, elegíanse para ese funesto y lúgubre espectáculo con todo cuidado y diligencia, jorobados, enanos, convulsos y monstruos, y no se perdonaba a las mismas mujeres en esa ocasión. Esparcían flores sobre el cadáver del rey, ya en el palacio real o en el templo, y le ponían por delante muchos géneros de comida y bebida como si aún gozara de la vida; ofrenda que a nadie, excepto a los sacerdotes, era permitido tocar. Al día siguiente se guardaban las cenizas del rey quemado y los dientes que no había podido consumir la fuerza del fuego, con la esmeralda que llevaba en la boca, y metían todo dentro de una arca cuya faz interior causaba terror por las imágenes monstruosas, y las figuras feroces y deformes de dioses allí esculpidos. También dentro de la misma conservaban los cabellos que le habían cortado recién nacido y moribundo, y que habían guardado para este fúnebre empleo. Se cerraba aquella caja con gran cuidado y se le ponía encima una figura o estatua de madera con la cara y atavío del difunto. Duraban

cuatro días los funerales, en los cuales la mujer, los hijos y los amigos del rey difunto, según la costumbre, hacían grandes ofrendas y las ponían delante de la pira apagada y de la caja y estatua. Al cuarto día sacrificaban más o menos quince esclavos, el vigésimo cinco y el sexagésimo tres. Y el último, que era el octogésimo, nueve.

CAPITULO XVII

Con qué discursos acostumbraban hablar a los dioses y a los hombres

Con preces establecidas y prescriptas los sacerdotes rogaban a Tezcatlipoca que alejara las epidemias y las enfermedades particulares y en esas oraciones lo declaraban omnipotente, incorpóreo y máximo y supremo de los dioses. Si en otras partes confesaban que hubiese sido hombre, como los otros dioses, era porque no satisfacía su ánimo que lo incorpóreo y lo que nunca hubiese estado vestido de carne sobresaliera. Con otras preces se esforzaban en arrancar a los dioses abundancia de patrimonio familiar y que fuera suministrado con más liberalidad lo necesario para vivir bien y felizmente. Con otras pedían durante la guerra la victoria sobre los enemigos, sin persuadirse, sin embargo, de que los dioses quedaban obligados, sino atraídos y doblegados por discursos blandos y elegantes, y así creían fomentar sus píos afectos. Con otras para el rey electo y consagrado y puesto a la cabeza de los pueblos, deprecaban próspera fortuna, largo y feliz reinado y buena disposición para los súbditos que debía gobernar con rectitud. Con otras, el sumo sacerdote, al morir el rey, pedía a los dioses otro que pudiera desempeñar meritísimamente el puesto, y con otras que quitara de enmedio al rey pernicioso. En otras pretendían los sacerdotes que los pecados confesados a ellos eran remitidos por los dioses. Se acostumbraba en efecto que cada quien confesare una vez en la vida, con objeto de conseguir el perdón, los crímenes que había cometido. También he oído de otros que seguían una costumbre muy diversa para conseguir el perdón de sus pecados a saber: inscribían sus crímenes en papeles, y después quemaban éstos y así los despachaban a Plutón, y creían que de ninguna otra manera les serían perdonados por los dioses tartáreos. También en otro sermón, el sacerdote hablaba a los confesos certificándoles que si descubrían sincera y cándidamente sus iniquidades, se les perdonarían todas a una y serían borradas, porque en verdad las confesaban a Dios y no a un hombre terreno; pero en caso contrario, cometerían un crimen mucho más grave, justamente cuando pretendían que sus pecados les fueran perdonados. Lo exhortaba para que después viviera de una manera más cauta y más inocente, que hiciera obras gratas a los dioses en obsequio de ellos, y que atestiguara con sus excelentes costumbres la expiación de sus crímenes y el horror y arrepentimiento de la vida que había llevado. Así por fin, lo despachaba lleno de grande alegría y como aliviado del peso molestísimo de sus crímenes. También de otra manera pedían a los dioses que tenían a su cargo las lluvias, que lloviera. De otra manera el nuevo rey hablaba a Tezcatlipoca dándole las gracias por tanto beneficio recibido; por la regia dignidad alcanzada y por el cargo que le había encomendado y cometido de gobernar tantas y varias gentes, y le suplicaba que en todo fuera propicio, a quien tenía que llevar todo eso a cabo. En otra forma, alguno de los señores advertía al nuevo rey que se debía al gobierno y al mando que tenía que ejercer. De manera diversa hablaba otro por toda la plebe, demostrando la alegría que habían

concebido por la reciente elección del rey y el deseo ardiente que todos tenían de vida larga y feliz del soberano y de fausta fortuna en la guerra y en la paz, para el engrandecimiento de la patria y de la religión. Existe también otro discurso en el cual el rey respondía a los oradores; además otro del orador y otro de alguno de los próceres en representación del rey, y otro por el cual el rey recién electo exhortaba al pueblo a que se abstuviera de los vicios, y se aficionara al culto de los dioses, a la milicia y a la agricultura y que con mucho empeño desempeñara todos los trabajos propios de estas cosas, y entonces otro señor alababa lo propuesto por el rey, lo recomendaba a la plebe y lo ensalzaba con alabanzas admirables. Uno de la plebe daba gracias al rey por sus advertencias, por su cuidado y solicitud de la virtud de todos y también de aquellas cosas que pertenecían a la administración de la república; por el ánimo con que cultivaba las buenas costumbres y se imbuía en ellas, evitaba los vicios vitandos y abrazaba la virtud. Prometía en nombre de la plebe que seguirían con todas sus fuerzas esos preceptos con que habían sido amonestados. Pero aún hay más: el rey mismo inducía a la virtud a todos sus hijos e hijas y en un fecundo discurso los aterrizzaba de los vicios y los persuadía que se presentaran tales como convenía a hijos reales. Los amonestaba para que no violaran la sangre preclara de sus mayores con el execrable contagio de los vicios, sino que dedicándose a todo género de virtudes no sólo la respetaran, sino que la hicieran cada día más espléndida e ilustre. La madre también, cuantas veces lo juzgaba conveniente, solía hablar a las hijas alabando las exhortaciones paternas y les rogaba tiernamente que esculpieran en su corazón los salubérrimos consejos del padre. Añadía no pocas enseñanzas relativas a la vida honesta y estudiosa, y en lo privado les enseñaba de qué vestidos, adorno, manera de andar, conversación, semblante y movimiento del cuerpo era oportuno que usaran. Además, cómo convenía huir de la pereza, de la soberbia y de la afectación en todas las cosas y evitarlas y hasta qué punto cualquier cosa, por pequeña que fuera, podía rebajar el honor ante los hombres. También los próceres y otros varones principales recomendaban a sus hijos la humildad y la modestia, y el verdadero y diligentemente investigado conocimiento de sí mismos, cuando no pudiera ser para otra cosa, para que así plugieran a los dioses y a los hombres. Ensalzaban el pudor también con grandes alabanzas como admirable y muy precioso a los dioses y a los hombres. Y les enseñaban en muchas pláticas de qué manera se debían de portar en la comida y la bebida, consumiendo con moderación. Y también había coloquios acerca del sueño, y acerca del ornato y necesidades, sin las cuales la vida no puede pasarse alegremente en manera alguna. Con muchísimo cuidado insistían en que debían ser evitadas cualesquiera cosas de comida o bebida presentadas por mujeres, como que a las cuales a menudo era mezclado veneno por benéficas, de las que andaba gran cantidad entre esa gente. He considerado que no debía omitir por completo estas cosas, con las que nuestro cuán virtuosos eran aún cuando idólatras y antropófagos y cuánto cuidado tenían en educar a los hombres y cuánta fuerza en el discurso; mas no he juzgado tampoco debido narrar completamente todo, tanto porque no me parece pertenecer a la historia, como porque lo que podría ser dicho y presentado en alabanza de la virtud y detestación de los vicios por varones prudentes y probos de aquellos tiempos, puede ser conjeturado fácilmente de lo dicho, por quienquiera dotado de ingenio aun cuando mediano.

CAPITULO XVIII

Del Senado Regio congregado entre los mexicanos y de los tribunales

En México se reunía un Senado Regio, a cuyos miembros correspondía juzgar sentados los pleitos, dar a cada uno lo suyo y castigar los crímenes. Los senadores elegidos por el sufragio del Rey eran ancianos, nacidos de noble estirpe, honrados, amantes de lo equitativo y de lo recto, temerosos de los dioses y no impedidos por amistad alguna o perturbados por odios; la mayor parte venía de entre los sacerdotes que en los templos servían a los dioses. A éstos se apelaba de los otros tribunales del Imperio Mexicano y de éstos a los yatzitzihoan, varones de máxima autoridad y relacionados con el mismo Rey por parentesco consanguíneo cercano. Y de éstos después al mismo rey, al cual, cuando menos una vez cada mes, le consultaban sobre aquellas causas que no eran enteramente insignificantes, a fin de que al juicio de ellos se agregara también la sentencia regia, para que el derecho no fuera violado por ninguna de las partes, ni a nadie se le infiriese injuria. Se designaba para éstos, ciudadanos, campos, censos, de donde pudieron vivir cómodamente para que no hubiese ninguna ocasión de despojo a los ciudadanos o de violar el derecho. Cada octogésimo día venían a México los jueces de las provincias para dar razón de todos los pleitos que se ventilaban ante ellos, y de aquellas sentencias que hubieran estatuido o decretado y especialmente al rey de aquellos que parecían de mayor peso. Y no tan sólo los senadores, sino también los reyes aliados reunidos en épocas establecidas, consultaban con el rey máximo lo que necesitase deliberación, ya sea que los reyes de Tlacopan y de Texcoco vinieran a México, o que el mexicano fuese a Tlacopan o a Texcoco. Estaban presentes escribanos que en jeroglíficos o con guijarros arreglados de cierta manera anotaban la secuela del pleito, el que no era permitido diferir más allá del día octogésimo. Había además pretores y tecuhtlatóques, otros doce ministros de los pretores para aprehender a los reos, investigar sus crímenes y ya descubiertos llevarlos a los jueces. El empleo que les correspondía estaba dibujado en las mantas que llevaban en lugar de capa, para que cualquiera de ellos aprehendiera sobre la marcha y el manto les sirviera en lugar de varas, las que sin embargo llevaban los recaudadores de los censos reales y de los impuestos, aún más gruesas que las ramas de nuestro país, cuando no querían usar abanicos. Se imponían a la ciudad otros tantos tribunales, seis nobles y seis plebeyos, que informaban a los hombres principales de cada barrio de las cosas que convenía hacer de las relativas al gobierno de la ciudad, para que éstos después, por medio de otros inferiores, cumplieran al punto lo mandado.

CAPITULO XIX

Quiénes eran castigados por las leyes y de qué manera se procedía en contra de los malhechores

Eran de verse las cárceles, bajas, manando humedad, llenas de tinieblas y de horror para que por terror a ellas los ciudadanos se apartaran de un torpe género de vida. Los sometidos a juicio, si se les exigía juramento sobre alguna cosa, tocaban la tierra con el dedo y después su lengua, como si llamaran a la tierra, madre de todos, como testigo de aquellas cosas que afirmaban o como si pusiesen a los dioses por testigos de que la tierra

les fuese grave si jurasen en falso. A veces nombraban al dios del crimen de que eran acusados. Era costumbre rapar al juez o al senador quienquiera que fuese, convicto de cohecho, o que recibiese presentes de los litigantes o de los reos, y era arrojado con gran deshonra de su asiento como indigno del consorcio de tan gran senado, lo cual era para él una pena gravísima, y casi más grave y más atroz que la misma muerte, aun cuando al fin se le cortara la cabeza. Eran condenados a muerte el homicida, la mujer que procurara el aborto, el adúltero, a quien se le aplastaba la cabeza con una piedra, y el ladrón, siempre que su robo fuera algo grave o reiterado a menudo. También el traidor a la república o al rey y varón que era aprehendido vestido de mujer o a la mujer de varón. También el que provocase a otro fuera del lugar o tiempo de guerra, o que cometiera sodomía agente o paciente. Además los cautivos en la guerra (como dijimos) eran hechos esclavos o inmolados a los dioses los días festivos. También los bebedores de vino, a no ser que pasaran de los setenta años o que se hubiesen emborrachado en alguna de las fiestas durante las cuales era permitido. También los mentirosos. Asimismo los consagrados al Calmecac eran estrangulados con una cuerda si alguna vez se les encontraba ebrios, o culpable de algún incesto o pecado impúdico. Se castigaba también duramente a los que durante los días festivos se dedicaran a algún trabajo y no concurrieran a los oficios sagrados, o descuidaran exhibir los dones que se acostumbraba ofrecer a los dioses, y además cualquiera que faltara a su religión, que tenía que ser observada estrictamente y sin falta. Eran castigados así mismo los venéficos, los maldicientes o los que ofendieran o acecharan la vida, la fortuna o la fama de otro. La manera de castigar a los malhechores era como sigue: si algún plebeyo perpetraba un crimen capital era mandado encerrar y detener al punto en la cárcel en una jaula de madera, hasta que al final, esclarecida suficientemente la culpa y convicto del crimen, se le cortaba la cabeza; pero si por fortuna acaecía que el juez fuera propicio y amigo, dilatava la muerte y el reo se esforzaba en urdir según su ingenio, alguna traza útil a la república o grata al rey, en gracia de la cual, fuese arrancado a la muerte que por instantes le amenazaba (tal en verdad era la costumbre), pero con esta condición, que después fuese esclavo del rey, y perseverase en el ejercicio de su arte y que le sirviera todos los años que le quedaran de vida. Si fuese varón noble el que hubiese cometido un crimen digno de muerte, los pretores, por mandato del senado, lo detenían en el propio palacio del acusado, hasta que la culpa fuese exactamente conocida y vista y escrita en letras jeroglíficas y entonces se le presentaba primero a los jueces y por fin a los reyes. Si era considerado digno de muerte, era estrangulado dentro de su casa, pero si la culpa era algo menor, se le mandaba que sirviera a su costa al rey en la guerra por tanto tiempo cuanto se consideraba corresponder a la gravedad del crimen. Todo esto se hacía en el más profundo arcano y secreto. No era menor la observancia y la reverencia hacia los senadores, a los cuales sin embargo se permitía suplicar que fuera decretada con brevedad la pena de que el reo fuera digno.

CAPITULO XX

De las razones para hacer la guerra y manera de hacerla

Los mexicanos tenían guerra perpetua en contra de los tlaxcaltecas, michoacanos,

guatemaltecos, panucinos, y otras naciones limítrofes pero no sujetas al imperio; ya sea que eso se hiciera para que los soldados se acostumbraran a los trabajos y a la guerra, y no entorpecieran por el ocio y la pereza; ya sea porque como se mostraban eximios en el valor bélico, cautivasen por la fuerza los que inmolarían a los dioses; ya sea para que (y esto parece lo más verosímil) dilataran por todas partes su religión y su imperio. Además hacían la guerra muy a menudo a los que mataban a los embajadores, o les hacían alguna otra injuria, o despojaban a aquellos que viajaban para comerciar con extranjeros. Expuesta antes al pueblo la justa obligación de la guerra, y explicadas las causas de tomar las armas, eran llamados al Consejo los ancianos y las mujeres muy viejas, las cuales son vivísimas entre estas gentes y a menudo pasan de los doscientos años, para que recordando las guerras pasadas opinaran sobre las que estaban por hacerse. Era la costumbre que dos jefes supremos fueran elegidos, en esa ocasión para permanecer en la ciudad y enviar a los que tenían que pelear cuerpo a cuerpo, refuerzos y comestibles y todo aquello que se juzgara que necesitaría el ejército y para que proveyeran que la guerra se hiciera y se terminara conveniente y provechosamente. Y como segundos de éstos, otros dos que condujesen los soldados y los mandasen y después de éstos, otros magistrados aptos para la milicia eran elegidos. Además otros dos que el rey designaba en secreto, para que si acaeciera que los jefes se echaran de menos en la lucha o murieran de cualquiera enfermedad, o cumplieran con su deber más perezosamente de lo que convenía, una vez muertos o expulsados, los otros fuesen puestos en su lugar. Anunciada ya la expedición enviaban embajadores a los enemigos para que pidieran la devolución de lo robado y exigieran una justa compensación por los varones matados, y les advertían que franquearan la entrada en sus templos a los dioses mexicanos y los adoraran con los patrios. De otra manera que supieran que habían de ser enemigos acérrimos de ellos y que les harían una guerra atroz, a fuego y espada. Estimaban en verdad indigno del calor mexicano, tomar las armas a modo de traidores en contra de los inermes y no prevenidos, pero si éstos pedían perdón, si devolvían lo robado, enviaban presentes y admitían a Hoitzilopuchtli y otros dioses mexicanos entre los patrios, hacían alianza con ellos; siempre sin embargo que pagaran un censo o una contribución cualquiera al rey de los mexicanos. Pero si respondían que estaban preparados a morir por sus dioses, altares, hogares y patria, a repeler cualquiera fuerza que se les hiciera y a oponerse a los que querían devastar su país y sus lares, entonces eran enviados sobre la marcha quienes se encargaran de los víveres de todo género que tenían que conducirse a las vías públicas, porque tenían en gran parte que penetrar en lugares desiertos y destituidos de pueblos y de frecuentación humana; debido a aquel cuidado y providencia, cuando ya los soldados y el mismo ejército caminaban, almacenaban estas cosas de todas partes en casitas bajas [jacales], como las que acostumbraban, edificados con admirable celeridad, y que llenaban con numerosos hombres e increíble cantidad de víveres. También eran preparados con artificios estanques llenos de las clases de bebida acostumbradas, donde los soldados pudieran saciar al paso su sed y extinguir y aliviar el calor y cansancio del camino. Había además unos jarros de su país flotando en las mismas aguas, con los cuales sin demora y sin vacilación alguna pudieran rehacerse y restaurarse. El ejército marchaba en maravilloso silencio y orden, no sin la vigilante solicitud y cuidado de avanzadas, quienes, examinados y explorados los lugares al derredor, aclaradas y descubiertas las incursiones fraudulentas y súbitas de los enemigos, miraran por la seguridad de todo el ejército. Mandaban sobre todos los demás, cuatro jefes

respetabilísimos entre todos y los que más valían por la autoridad y el consejo; tenían el derecho supremo de los asuntos que suelen pertenecer a los senadores. Estos mandaban que fueran muertos los soldados convictos de culpa capital a golpes de clava, en algún lugar público, donde yacentes con las cabezas cubiertas con los escudos y vistos por todos, causaran terror a los demás. A los varones nobles les exponían ejecutados en las vías públicas, con lo que se habían robado encima de ellos. Cuando por fin ya se había llegado a avistar al enemigo, daban grandes gritos para aterrorizarlo y establecían sus reales en algún lugar muy oportuno y seguro. Después, dada la señal, llamaban al enemigo a una conferencia a la que concurrían dos o tres de ellos y otros santos mexicanos, los cuales les aconsejaban que se rindieran al sumo emperador y que vieses por su vida, que salvaran sus cosas y que no permitiesen experimentar el valor de hombres fortísimos para su magna ruina y desastre. Todas estas cosas eran transmitidas a los próceres de los adversarios y a los jefes del ejército enemigo. Regresaban y negábanse en nombre de ellos a hacer lo que se les exigía, se burlaban de la soberbia y de la embajada de los enemigos y se esforzaban en hacerlos desistir con amenazas audaces. Después de retirado cada grupo a su ejército, los mexicanos otra vez y con más vehemencia proferían en clamores ululantes y en silbidos y llenaban todo con el estrépito del toque de los clarines y del tumulto bélico para infundir miedo a los enemigos y ponerlos, si se pudiera, en fuga con amenazas atroces. Lo que si se hacia dos o tres veces como era la costumbre, y no cedían sino que perseveraban en defenderse y en resistir [los mexicanos] levantaban una pira entre uno y otro ejército y quemaban una enorme cantidad de papiro y de incienso patrio, lo cual era indicio de proseguir la guerra sobre la marcha y de fierro y de sangre y de irrumpir con todo ímpetu contra el enemigo. Pero éste, pisoteando y dispersando el fuego, significaba que del mismo modo que los carbones serían dispersados los adversarios, y así el día siguiente se daba batalla campal y se entremezclaban las banderas. Entre tanto se alcanzaba la victoria, que rara vez se perdía, aun cuando a menudo quedaba dudosa, de acuerdo con la naturaleza del lugar y la fortaleza del enemigo o su fortuna, la que suele dominar principalmente en cosas de la guerra. Si acontecía que vencieran y subyugaran al enemigo y expugnaran las ciudades que sitiaban y las sometieran al Imperio Mexicano, los próceres cautivos eran ofrecidos al rey para que les impusiera el castigo que quisiera, y los jefes pertenecían a los jefes del ejército victorioso, para que si así les parecía fuesen matados inmediatamente o si más les placía, fuesen reservados para ser inmolados a los dioses e otra ocasión. Cuando ya se retiraba el ejército y se licenciaba a los soldados para que volviesen a sus ciudades o a su domicilios, era designado el más digno de los próceres par que permaneciendo con la fuerza militar que se considerar bastante, resguardara la ciudad o región expugnadas y la vigilara hasta que apaciguados todos y nombrado gobernador, volviese por fin a su patria. Entretanto se imponían tributos, los cuales se dividirían entre los reyes de México de Texcoco y de Tlacopan, a prorrata de las fuerzas y gastos con que cada uno hubiese contribuido, si los otros habían proporcionado auxilios al mexicano, pero la jurisdicción según lo pactado, sólo al mexicano pertenecía. Las leyes que en el ejército se guardaban religiosamente eran éstas: el militar que revelaba lo que el general se propusiese hacer, era castigado como traidor a la patria con muerte atrozísima, a saber: se le cortaban los labios superior e inferior, las narices, las orejas, ambos codos y los pies, el muerto era distribuido para que se lo comieran a las cohortes por barrios, para que a nadie se ocultara sentencia tan severa. Sus hijos y consanguíneos y otros que fueran cómplices de la

traición o hubieran tenido conocimiento de ella, eran sometidos a esclavitud perpetua. A los militares se les prohibía beber vino en lo absoluto y sólo era lícito usar la poción que se preparara de cacao o de maíz o de géneros semejantes de semillas, que no se suben a la cabeza. Se fijaba un día determinado para la batalla, la que en su mayor parte se daba entre los campamentos permanentes de ambos ejércitos, en un espacio llamado quauhtlalle, o sea "apto y designado para la guerra", y que era tenido por sagrado. El general mexicano, desde donde estuviera, daba la señal de precipitarse con ímpetu en contra del enemigo con un caracol o corneta que tocaba con su propia boca y el Señor de Texcoco con un pequeño tambor que llevaba colgado de los hombros, tal cual nosotros lo vimos en Texcoco, preservado con grandísimo respeto con las vestiduras y demás ornamento bélico de Necahoalcoyotzin y Necahoalpílcintli, reyes de Texcoco, y el que cuidamos de reproducir, como otras cosas, con un dibujo exacto. Los otros próceres daban la señal con huesos de pescado y si se tocaba a retirada acostumbraban a dar la señal del mismo modo. Si el estandarte real era echado por tierra, inmediatamente todos dando la espalda se ponían en fuga, porque tenían por seguro que aquél era cruel presagio y certísimo indicio de su exterminio. No recordaré ahora los ritos de otras naciones; difiero su narración para su lugar. Todos llevaban colgadas espadas de piedra de los brazos, y a veces simulaban la fuga para derrotar con mayor ímpetu a los enemigos que se precipitaran temerariamente; los cuales era más preclaro cautivar vivos y reservar para matarlos en los altares que acabarlos en el mismo conflicto. No era permitido poner en libertad a ninguno de los cautivos, aun cuando pagara rescate y fuera donado por el magistrado militar. El que conducía consigo cautivo a la ciudad a un jefe o a uno de los principales varones, era tenido en gran aprecio y adornado con hermosísimos dones. El que daba la libertad al cautivado en la guerra o se lo regalaba a otro, pagaba con la cabeza, porque en verdad era advertido por la ley que cualquiera de los militares que cautivara enemigos los inmolará a los dioses. El que se robaba un esclavo era castigado a muerte, por impuro y sacrílego y que usurpaba algo de aquellas cosas que pertenecían a los dioses o al valor ajeno. Se mataba también al que robaba armas a su Señor, o a los jefes de la guerra, u otras cosas que pertenecieran a la milicia, porque se tenía como agüero adverso y presagio de victoria de la facción contraria. No era permitido a los hijos de los próceres andar por la ciudad adornados con penachos de plumas, correas de cuero, vestidos preciosos, caracoles, collares u otros ornamentos hermosos de oro hasta que exhibieran una prueba de su valor bélico, con algún enemigo vencido o muerto. Y no se saludaba primero al victorioso que al cautivo incólume congratulando todos sin embargo al victorioso como triunfador y que había ganado claros trofeos. Después le era permitido adornarse con lo que quisiera, llevar penachos en la cabeza de plumas preciosas y varias y atar los cabellos en el vértice con correas de piel de tigre teñidas de grana, lo cual era indicio preclaro de ánimo intrépido y de eximia fortaleza.

CAPITULO XXI

Cómo era la ciudad de México cuando al principio la ganaron los españoles

La ciudad de México tenía, cuando la ganó Cortés, sesenta mil casas o más. Se veían fabricadas muy diestramente con piedras y vigas, templos, palacios reales y casas de

próceres, las demás eran bajas, estrechas y carecían todas de puertas y ventanas. La ciudad estaba construida sobre una gran laguna, la cual llenaba de agua a medias o completamente varias de las vías públicas o privadas, pero a otras ni siquiera llegaba. Había entrada para cada una de las casas por dos puertas, la una que daba a la vía pública por tierra y la otra a la que bañaban las aguas; por aquella andaban los peatones y por ésta eran llevados en chalupas, y en esto se parecía a Venecia o a Amberes. Y a pesar de que la laguna de México esté dividida en dos partes de las cuales la una es salada y la otra afluyente con agua dulce, y que la ciudad está más bien fundada sobre la parte dulce, sin embargo esa misma que es llamada dulce es completamente inútil para beber, aun cuando afluyan a ella manantiales y ríos de agua dulcísima y gratísima; ya sea por las crecientes que de los montes que rodean la ciudad (está en efecto situada en un gran valle) se precipitan copiosas y estancadas se pudren; ya sea a causa de las inmundicias que suelen ser comunicadas a los lagos de las ciudades vecinas. Por este motivo, del manantial de Chapultepec se llevaban a la ciudad en tubos y acueductos aguas purísimas y salubérrimas. La ciudad también estaba dividida en dos partes y en otro tiempo obedecía a dos reyes. Una de ellas se llamaba tlattelulcum, o sea montón de tierra. Hoy está consagrada a Santiago de nombre y de hecho. La otra, temehtitlan, o sea lugar de la tuna nacida en la piedra, que después ellos mismos llamaron México, o sea ombligo del maguey, y hasta el día de hoy entre los españoles se complace con ese nombre. La entrada se abre a tres vías de tierra seca y lo demás está ocupado por la laguna. Una de las vías procede del ocaso al orto con una extensión de dos millas, la otra del septentrión al austro, en un espacio de cinco millas, y la otra, por fin, del mediodía al septentrión en un intervalo de dos millas. La laguna parece hervir con chalupas volando de aquí para allá a la ciudad y llevando lo necesario para la vida de las poblaciones vecinas y limítrofes, que sólo aquellos que son de los mexicanos exceden en número de cincuenta mil. Contiene una y otra laguna en longitud cien millas y en latitud cincuenta, pero en circuito ciento cincuenta. Dentro de ella hay más o menos cincuenta poblados, en no pocos de los cuales sabemos que se han numerado cinco mil casas y en otros en verdad más de diez mil. La parte de ella que es salada, abunda en nitro y en sal por la naturaleza de su álveo y no por otras causas inanes que algunos soñaron.

CAPITULO XXII

Cómo era la ciudad de México en el año quincuagésimo más o menos de que fue ganada

La misma ciudad, reconstruida en el lago que dijimos que fue fundada en su principio, distante del meridiano de Toledo en longitud noventa y siete grados y cuarenta y cinco minutos; tiene una elevación boreal de cielo de diez y nueve grados y treinta minutos y cuatro millas que nos muestran lo que sigue; en gran parte se ennoblece con las moradas fuertes, amplias y dignas de ser vistas de los españoles, además de otras mediocres habitadas por los indios, que se considera que llegan al número de veinte mil. Las vías públicas tienen mil quinientos pasos de largo y cincuenta de ancho. Mercados anchísimos, amplios palacios reales, numerosos templos y monasterios famosos por su santidad, doctrina y por la gran cantidad de varones y de mujeres. Abunda en hospitales, escuelas y colegios. La engrandecen también el virrey, la Real Audiencia, los

magistrados, el arzobispo, artífices habilísimos para hacer cualquier cosa y cultivadores de las bellas artes y de las ciencias. Y, para abarcar mucho en pocas palabras, todo lo egregio que pueda ser encontrado en las ciudades más florecientes de España. ¿Qué diré de la jurisdicción latísima; de los amenísimos huertos; de los manantiales cristalinos y dulcísimos; de los fértiles campos de riego sembrados de trigo; de la abundancia de ganado lanar y caballar y de peces de muchos géneros; de metales, oro, plata, bronce y también de la increíble copia de sal gema y de todos los otros minerales; de la jocundidad del suave clima en perpetua primavera; de la cantidad de los varios frutos y legumbres en cualquiera época del año; de la pulcritud de las mujeres indígenas; de la prestancia, celeridad y fortaleza de los caballos y de otras muchísimas cosas que juzgué que debían ser pasadas en silencio, tanto porque callarlas es más seguro que decir poco de una ciudad famosísima; cuanto para que no se considere que hablo de ella como amigo, más que describirla como equitativo censor o juez con sus propios y merecidos colores?

CAPITULO XXIII

Del clima de la ciudad de México

En mi opinión la ciudad de México tiene un clima intermedio entre frío y caliente, pero un poco húmedo debido a la laguna. Ni durante el invierno se ven obligados los habitantes a recurrir al fuego, ni durante el estío son molestados por el calor, y basta con que se acojan a lugares expuestos al sol si tienen frío, y si tienen más calor del necesario, aun en medio del verano, con que eviten sus rayos. En mayo empiezan las lluvias y duran hasta septiembre; la temperatura en esos meses corresponde a nuestra primavera; entonces casi todas las plantas florecen y dan fruto. Los cuatro meses siguientes se inclinan algo a lo frío, desde febrero hasta mayo crece poco a poco el calor como en tiempo estivo. El cielo es salubre en gran parte, pero debido a la humedad lacustre, como dijimos brevemente, a veces predomina la podredumbre. Los llamados "puntos o exantemas", que suelen acompañar a las fiebres, son peculiares de esta Ciudad. A veces son superados por la fuerza intacta de los enfermos, si les atiende un médico perito y asiduo. Además, el dolor de costado, grave en verdad en esta región, las infecciones de los riñones y de la vejiga, la disentería y la diarrea son allí generalmente mortales. Los alimentos son más húmedos y copiosos que agradables al gusto, aun cuando gustan a aquellos que se han acostumbrado. Los frutos del estío, tanto indígenas como los de nosotros, se sirven en las mesas casi durante todo el discurso del año porque abundan. Apenas hay en el orbe una ciudad que por la copia de los alimentos (para no hablar del oro, de las piedras preciosas y de la plata), y por la abundancia de los mercados y del suelo pueda ser comparada a México. ¿Qué más? Dirías estar en un suelo ubérrimo y fertilísimo, de tal manera brillan y abundan todas las cosas, con penuria de nada y con fertilidad y abundancia de todo. Los caballos, las casas, los caminos públicos, los caballeros y todo lo que si se enumera en lengua española empieza por la letra c (lo que entre ellos ha pasado a proverbio) son hermosísimos. Si vivieras en México podrías, movido por la naturaleza, echar de menos solamente el suelo patrio y natal y la abundancia de tu gente y, si hemos de hablar con libertad, las inteligencias superiores de los españoles. Los indios son en su mayor parte débiles, tímidos, mendaces, viven día a

día, son perezosos, dados al vino y a la ebriedad, y sólo en parte piadosos. ¡Qué Dios lo remedie! Pero son de naturaleza flemática y de paciencia insigne, lo que hace que aprendan artes aún sumamente difíciles y no intentadas por los nuestros, y que sin ayuda de maestros imiten preciosa y exquisitamente cualquier obra. Pero ni las plantas echan profundas raíces, ni cualquiera es de ánimo constante y fuerte, y los hombres que nacen en estos días y que a su vez empiezan a ocupar estas regiones, ya sea que deriven su nacimiento únicamente de españoles o ya sea que nazcan de progenitores de diversas naciones, ojalá que obedientes al cielo, no degeneren, hasta adoptar las costumbres de los indios. Pero divagamos. Los que han salido de cualquiera enfermedad convalecen con dificultad. En el estío comienzan las lluvias y en el tiempo sereno de los vientos, principalmente de los boreales, adquiere vigor el campo. La riqueza del trigo indio y del nuestro, de legumbres y de otros cereales es inagotable. Es de admirar que en un intervalo de tres millas se encuentren tantas temperaturas diferentes; aquí te hielas y allá te quemas; no por razón del cielo, sino de la situación y de los valles, a los cuales toca en suerte un cielo muy adecuado, casi templado. Por lo que resulta que estas regiones producen dos cosechas anuales y hasta tres, porque en el mismo tiempo que aquí domina el frío, allá el calor está en vigor y en otra parte una temperatura primaveral acaricia a los hombres y a los otros seres vivientes y hay donde esto mismo pase a un tiempo, si la región es de riesgo y un cielo perpetuamente blando la entibia. ¿Qué diré de las admirables naturalezas de tantas plantas, animales y minerales; de tantas diferencias de idiomas, mexicano, tezoquense, otomite, tlaxcalteco, quexteco, michoacano, chichimeca y otros muchos que apenas pueden ser enumerados y que varían con brevísimos intervalos de terreno; de tantas costumbres y ritos de los hombres, de tantos vestidos con los que se cubren y modos y maneras de otros ornamentos que apenas pudiera seguirlos la inteligencia humana aun cuando hubiéremos proporcionado cuanta ayuda hubiéramos podido para que, de cualquier modo, se pusieran bajo los ojos de los ausentes, cuando la verdadera imagen sólo puede ser comprendida por los presentes por la experiencia misma y como lo mismo son ofrecer y representar?

CAPITULO XXIV

De las cosas admirables de la Nueva España

Es admirable que en la provincia yucateca un demonio acostumbrara conversar familiarmente con quienquiera de los españoles, estar presente en sus reuniones y que fuera oída realmente su voz. Y en la misma se ven ruinas de edificios fabricados con arte admirable; otras semejantes se encuentran cerca de Mitla, no lejos de la Ciudad de Oaxaca y otras no muy lejos de Cuernavaca, de las cuales es fama que nunca se encuentran de la misma medida y que al contacto de la cosa más insignificante solían moverse y estremecerse, pero ahora (según dicen) están inmóviles, porque debido a la injuria del tiempo y a la incuria de los indios, se ha perdido la piedra donde se encerraba oculta casi toda la fuerza de ese arte y estructura maravillosa. También se han encontrado huesos humanos innumerables, no en un solo lugar, pero principalmente junto a Texcoco, de increíble magnitud, y dientes maxilares que tienen de ancho por todas partes casi cinco pulgadas [uncias]. Hay un lago junto a Ocuila, no lejos de la campiña de Cuernavaca,

habitado tan sólo por los peces que llaman axolotl, el cual lago se ve siempre limpísimo por el cuidado de muchas avecillas que están a la orilla y que cualquier cosa ajena que cae en él, a toda prisa la sacan y expurgan. Hay un riachuelo cerca de Cuernavaca que desde un valle, a ninguno, por perspicaz que sea, no le parezca que suba y se eleve a gran altura a lugares superiores. Hay también unos campos abiertos cerca de Tuxtla que unos cercopitecos, chicos y grandes, han dividido de tal manera entre ellos, que no cruzan los límites que han constituido, ni penetran a los campos ajenos. También algunos lugares son frecuentemente heridos del rayo y otros próximos a ellos nunca jamás lo han sido. En Teccispan, no lejos del campo de Yautepec, brota con tanto ímpetu un manantial que pasa de la altura de cuatro hombres y de tal manera repele todo, que moles pesadísimas echadas en él, las escupe y en manera alguna las traga o las devora. ¿Y qué diré también de los muchos volcanes que se encuentran principalmente en Nicaragua, Jalapa y en la ciudad de los Ángeles, encendidos con fuegos perpetuos y que vomitan humaredas terribles, mezcladas de hollín y pavesa? Y lo que es más admirable es que están cubiertos de nieve todo el año y que un frío intenso tiene allí guerra incesante con un calor ardiente, y que reventando alguna vez han vomitado maravillosa cantidad de piedra pómez negra y líquida de cenizas y han destruido e inundado las ciudades circunvecinas. La tierra tiembla por todos lados y absorbe por sus grietas hombres y anchísimos ríos, los cuales ha tenido por tres y cuatro días y después los ha arrojado confundidos, pero las ciudades y sus habitantes los ha destruido por completo. Hay una montaña no lejos de Tlapa, que al contacto de los pies de un solo hombre tiembla todo con su falda que se extiende a lo lejos. También cuando caen hojas de árbol y algunas otras cosas en ciertos ríos inmediatamente se petrifican. Hay fuentes que dan agua en el verano y en el invierno se secan. La fuente de Huastepec, de agua dulcísima y salubérrima y que inmediatamente después de su nacimiento se esparce en un río no mediocre, después de un pequeño intervalo se contamina de tal manera y ensucia con aguas sulfúreas que ya ni para beber es idónea. Nacen también fuentes dulces y amargas, cálidas y frías en módicos intervalos. ¿Qué diré de las muchas diferencias de sal que se encuentran condensadas entre esa gente y de aguas que se ven hervir en su mismo nacimiento, de fuentes que se secan durante las lluvias y durante la sequía afluyen con abundancia de agua, de otras que brotan dentro del mismo mar y cuyas linfas por más tiempo que duren mezcladas con las aguas [saladas] saben dulcísimas? Otras que brotan por aquí y por allá pueden cocer carne y fundir hierro; piedras enormes se mueven a un levísimo impulso; una clase de hombres en su mayor parte jorobados se ven del otro lado de río de las Conchas; y otras muchas cosas semejantes a éstas que si tuviera más tiempo ocioso (porque ahora en verdad escribimos muy deprisa) serían tal vez referidas más amplia mente: en cuanto a las muchas maravillas que pertenecen a las plantas, a los animales, y a los metales, con la mayo diligencia y exactitud que pudimos quedan referidos en [nuestros libros] de Historia Natural. [q. v.]

CAPITULO XXV

De la naturaleza, costumbres y vestidos de los mexicanos

Son de mediana estatura, de color rojizo, ojos grandes, ancha frente, narices muy abiertas,

nuca plana, pero ésta se debe a la industria de los padres; cabellos negros, grasosos, flexibles y largos y aquellas partes que suelen ser cubiertas con pelo, en gran parte vellosas o completamente lampiñas. Sucede que se vean nacer algunos de ellos de níveo candor [alvinos], pero éstos son monstruosos, así como aquellos que frecuentemente nacen entre los españoles. Tiñen sus cuerpos con varios colores, principalmente cuando van a pelear o ejercitarse en la danza, entonces cubren también los brazos, la cabeza y los muslos con plumas, con escamas de peces, con cueros de fieras y pieles de tigres o de otros cuadrúpedos de la misma clase, o volátiles. Se agujeran las orejas y los cartílagos de las narices, la barba y los labios, incrustando en el cuerpo gemas, oro o plata, uñas y picos de águila y otros los dientes mayores de los animales o las espinas de los peces mayores. Los señores y los más ricos llevaban todas estas cosas o de piedras preciosas o de oro, pero imitando sin embargo las varias formas de las cosas antedichas, con las cuales juzgaban que los enemigos serían aterrorizados y ellos serían tenidos por más feroces. Usaban suelas para proteger las plantas de los pies. Se cubren las partes vergonzosas y el ano con el llamado maxtle, y por lo demás van desnudos, pero con un lienzo que imita la capa de nuestra gente, ligado sobre el hombro derecho con un nudo, no de otro modo que suelen hacerlo las mujeres que los nuestros llaman egipcias [gitanas] y que vagan por las Españas. Era costumbre de los más ricos, sobre todo en los días festivos, cubrirse con numerosos paños de varios colores, mientras que los demás días iban casi desnudos. Como dijimos, a los veinte años se casan, pero los de Pánuco persisten en el celibato hasta los cuarenta. Está permitido repudiar a las mujeres, pero no sin legítima causa. Padecen mucho de celos, y por consiguiente suelen azotarlas con frecuencia. Van desarmados, a no ser que se prepare una guerra, y entonces a aquellos que fueron afectados por alguna injuria se les permite provocar al rival. Los chichimecas no admiten mercaderes extranjeros, los otros en su mayor parte usan del comercio. Son mendacísimos y ladroncísimos y por esta causa las compraventas suelen celebrarse entre ellos pagando al contado los importes, y con las cosas de que se hace mutuación, presentes. Soportan muy mal el hambre y el trabajo, a pesar de que en otras partes vivan tan sólo de tortillas preparadas con maíz y con chile. Son dóciles y de tolerancia insigne por lo cual se destacan en muchas artes como ya se dijo, aun sin la disciplina de los maestros. Son dulces aduladores, y obedientes cuando se les obliga por la fuerza y por el miedo. Obedecen sobre todo a los reyes y a los señores, lo cual parece provenir de pusilanimidad. Son sumamente religiosos, pero matadores y devoradores de hombres. Se dan a la lujuria aun cuando sea masculina, y ni se avergüenzan de tan portentosa libidine ni castigan un crimen tan grande. Tienen fe en los augurios y en los sortilegios y creen que se puede conocer lo futuro y veneran a los adivinadores, a los que creen poder interrogar de lo dudoso, cuando no hay nadie más que el Dios sumo que pueda dar juicio cierto y verdadero de lo futuro. Las mujeres emulan con gusto el color y el gesto de sus maridos. No usan zapatos, contentas con las nahoas y el cueitl tan sólo. Se dejan crecer los cabellos, los que acostumbran ennegrecer con cierto género de lodo en gracia de la pulcritud y para extinguir unos feos animales que nacen en la cabeza, con los cuales a veces suciamente se alimentan y los engordan en la cabeza. Las casadas se enredan los cabellos alrededor de la cabeza y los ligan con un nudo en la frente; pero las vírgenes y solteras los llevan sueltos por atrás y por el frente. Se dice que usan como medicamento, con el cual arrancan los pelos, principalmente los más largos, y les impiden renacer, estiércol de hormigas untado, según he oíd decir, pero se dejan el pelo de los párpados y

de las cejas. Creen que es cosa bella tener las frentes pequeñas y cubiertas con los cabellos y casi ninguna nuca, la cual, para que puedan llevar carga, se le aplanan por las parteras en cuanto ven la primera luz, porque entonces la calavera es muy tierna y esa figura se conserva por los recién nacidos acostado en sus cunas.-Se casan cuando sólo tienen diez años y son propensísimas a la lujuria. Paren cuando aún son de muy tierna edad, y tratan de tener los pechos muy grandes y colgantes, con lo que consiguen que los hijos puestos sobre los hombros puedan mamar con facilidad la mayor parte del tiempo. Se limpian y suavizan la cara y así creen que logran conciliarse la hermosura y la gracia. Esto se hace con leche de la semilla del tecontzapotl, el cual los haitianos llaman "mamey", y de esta manera también ahuyentan los moscos, con los cuales no pocas naciones de la Nueva España se ven cruelmente infestadas. Se curan unos a otros con yerbas y no completamente sin maleficios y sin implorar la ayuda de los demonios, por lo cual sucede, y no una vez, que aborten secretamente. Por lo demás son de firme cabeza, quizás porque siempre la llevan descubierta al cielo y la lavan frecuentemente con agua fría, esto a menudo durante los baños calientes, lo que a otros suele ser pernicioso. No se dan al trabajo sino obligadas y compelidas; rara vez toman parte en las danzas, y solamente si se los manda el rey o lo exige la religión. No tienen afición al vino y, como acontece en otras naciones, son más temperantes que los hombres. Con una mano tienen el algodón y con la otra el huso, el cual, apoyado en un vasito muy poco excavado alrededor de la cúspide, hacen rotar con gran industria y celeridad, frotándose tres dedos de la diestra frecuentemente con el polvo cicatl para que suavizados atenúen mejor el algodón en hilos con los cuales suelen coser y tejer mantos y muchas otras clases de vestidos.

CAPITULO XXVI

De los vestidos y ornamentos que usaban en la guerra

Usaban en las batallas (paso en silencio las trompetas y los tímpanos con que los reyes daban la señal de la guerra), cascos emplumados con los que se protegían la cabeza, frágiles en verdad y de poco segura materia; escudos orbiculares fabricados de medias cañas y de plumas de aves de muchos colores, dardos, lanzas, espadas y flechas con puntas de iztle. Los ropajes y los penachos estaban entretejidos de varios géneros de plumas, como de águilas, loros, quezaltótotl, hoitzitzillin, quechultótotl y de las pieles de otros animales como leones, lobos, tigres, zorras y perros. Era indicio insigne de fortaleza de los cautivadores o matadores de enemigos en la guerra, calzar sandalias, ocultar el sexo con un maxtle más ancho, más largo y pintado; cubrirse con mantos preciosos de varios colores y llevar los cabellos cortados y ligados alrededor y aderezados en penacho con correas escarlatas e incrustar gemas en la nariz y en partes de la cara.

CAPITULO XXVII

De los mercados

En todos los barrios hay una plaza anexa en la cual cada quinto día, o con más frecuencia, se celebran mercados, llamados tianquiztli, no sólo en la ciudad de México, sino también en las otras ciudades y poblados de la Nueva España. De los mexicanos, el mercado de Tlatelolco era el más grande, y capaz de casi sesenta mil hombres, y después el de Tenuchtitlán, en los cuales casi ningún día dejaba de congregarse numerosa turba de varones y mujeres para la compra y venta de varias cosas. Los mercaderes de ambos sexos se sientan en lugares establecidos, y a ninguno le es permitido ocupar el de otro; además de estos mercados amplísimos (tal es la multitud de indígenas que se junta en ellos), también las vías públicas cercanas hierven con mercancías, adonde encuentras leña, carbón, jarros de barro de color rojo que en nada ceden a los de nuestra gente en elegancia. Cueros de ciervos y de otros animales, secos y macerados, con pelo o depilados y también teñidos de varios colores. De éstos se hacen sandalias, rodela, escudos, calzones, corazas y forros para las armas de madera. También pieles de todo género de aves, maceradas y rellenas de yerbas. Varias diferencias de sal; vestidos de algodón de varios colores, del cual se hacen cobertores, capas, maxtles, tapetes, servilletas, manteles, camisas nahoas, tecuilitl y otras muchas cosas de este mismo género. Se venden también lienzos tejidos de hojas de palma, de gladiola, de maguey, de plumas de aves y de pelo de conejo. Tramas de algodón, hilo blanco y de muchos colores. Además géneros de aves cuyas carnes sirven de alimento, las plumas para vestidos y las alas para la cacería de aves y todas para los bailes y danzas que se llaman nitoteliztli. Son más dignas de verse las que de madera, plumas y oro se fabrican, con los cuales todos suele ser representado en elegancia distinguida por los artífices indios que son peritísimos en estas artes y pacientísimos en esta clase de trabajos. También solían ser expuestas en almoneda en los mercados trabajos maravillosos de plata o grabados en metales o fundidos en bronce; platos hexagonales que tenían tres partes de oro alternadas con otras tantas de plata, adheridas unas a las otras pero no pegadas en manera alguna, sino fundidas, consolidadas y soldadas en la misma fusión; anforitas de bronce con asas sueltas; peces con una escama de oro y otra de plata; pericos que tenían la lengua, la cabeza y las alas movibles; monas con la cabeza y los pies flexibles y haciendo girar el huso como si estuvieran tejiendo y otras que tenían una manzana u otro fruto que parecían comerse. Todo lo cual nuestros artífices no pudieron emular, aun cuando obligados a la máxima admiración por obra tan notable. Ni tampoco son inferiores a los artífices españoles en interpolar, esculpir, o perforar piedras preciosas. Venden, pues, plumas, oro, plata, piedras finas recomendadas para curar varios géneros de enfermedades, estaño, plomo, latón, perlas y mil clases de conchas que en otro tiempo se preferían para no pocos ajuares y para adornar y engrandecer los vestidos y que ahora son despreciadas y consideradas sin valor. Y otras muchísimas cosas sumamente variadas y a veces también muy insignificantes y de poca importancia, según lo quiere la moda, porque en verdad así es el ingenio de los hombres y de tal manera dispuesto por la naturaleza que lo que unos estiman de gran valor para, otros es cosa de risa y desprecio. ¿Y qué diré de las yerbas, de las hojas, flores, raíces y semillas que emplean en las medicinas y en la comida y que encuentran en los campos aun los muchachos mismos, impulsados por la violencia de las enfermedades y del hambre, sin pagarles nada a los médicos? ¿Y qué de tanto unguento que ponen a la venta emulando a nuestros perfumeros, de tantos llamados jarabes, licores destilados y de tanta medicina compuesta

(a pesar de que en su mayor parte usan de medicinas simples); de tantas hierbecillas que conocen y que son puestas en almoneda, propias también para matar y ahuyentar las chinches, los piojos, pulgas, moscos y moscas? ¿Y de qué cosas no extraen comida para exponerla a la venta? Son raros los animales que perdona su paladar, puesto que se alimentan aun de serpientes venenosísimas, después de que les han cortado y desechado las cabezas y las colas; de perros, de topos, lirones, lombrices, piojos, ratones, musgo lacustre, sin que quiera yo recordar el lodo lacustre y otras cosas de la clase de los animales y plantas, hórridas y nefandas. Venden además allí, ciervos destazados o enteros, carneros cocidos en agua, carne de buey, laticornios, conejos, liebres, tuzas o topos, perros cuzatli del género de las comadreas; los cuales cazan, crían y engordan en sus casas y por fin, ambiciosos de ganancia, los llevan a vender a los mercados. Hay tantas tabernas que es de admirarse que tanta mole de carne pueda ser consumida y devorada por los ciudadanos, cuando además abunda el pescado crudo y cocido y en tortas de maíz y tortillitas de maíz y de huevos de varias clases de aves; maíz cocido, crudo y en mazorca en gran cantidad, así como de raíces, habas, frijoles y legumbres. No pueden ser enumerados los géneros de frutas indígenas o de nuestro país, secas y frescas que allí se venden, y la que es tenida en mayor aprecio que las demás es el cacaoatl, del que se habla más por extenso entre las plantas. ¿Qué diré de las varias diferencias de pigmentos desconocidos para los nuestros que se fabrican de flores, frutos, raíces, hojas, cortezas, piedras, madera y de otras que no podrían sin fastidio enumerarse con exactitud. También mucha miel, ya sea que requieras la del trabajo de las abejas o la que suele prepararse por la industria humana del jugo de la caña de azúcar, del del maíz, del del maguey, y del de otros árboles y frutos. Venden también aceite de chía, con el cual suelen ser preservadas de la injuria de la lluvia y del tiempo las estatuas de los dioses y condimentada la comida, aun cuando son usadas con más frecuencia, para preparar las viandas, mantequilla, manteca, grasa y sebo. [Venden también] teas y espadas de iztle. ¿Quién ignora los varios géneros de vinos mezclados por ellos, de los cuales se hablará en su lugar? No se puede decir cuántas y cuán varias cosas exponen a la venta; cuántos artífices estén presentes; con cuánta cantidad de hombres hierven los mercados; con cuánta cura y diligencia los gobernadores mexicanos y los pretores tlatelulcenses y sus lictores y ministros, estén atentos a todo lo que tengan que reprimir. Para que no se quedaran enteramente sin mencionar, resolvimos poner ante los ojos ésta como imagen de aquellas cosas que se encuentran en los mercados.

CAPITULO XXVIII

Del uso de qué cosas conocidas en el antiguo continente carecían los mexicanos en el tiempo que se rindieron a nuestras armas

Todavía no conocían pesas ni medidas. Carecían de moneda metálica y usaban el trueque o la semilla del cacaoatl. No conocían tampoco el uso del fierro, en cuyo lugar bastaban tan sólo la madera, la piedra y a veces el bronce; carecían también de candelas y de lámparas cuyas veces hacían las teas; además, de navíos de todo género, si exceptúas las llamadas canoas, es decir, troncos excavados a manera de esquifes largos. También de nuestro vino, aun cuando no carecieran de otros muchos diversos, muy sabrosos al gusto

y que se suben a la cabeza con vehemencia. Carecían además de todos los diferentes caballos y jumentos. De escritura, excepto de las figuras de las diversas cosas que los griegos llaman jeroglíficos; con éstas significaban los sentimientos del ánimo a los ausentes. Carecían del conocimiento de casi toda disciplina, de vestidos cómodos, zapatos, calzoncillos, cáligas, gorros, túnicas y cualquiera otra materia con que se pudiera cubrir el cuerpo, excepto mantos, de los cuales ni a todos les estaba permitido usar. De las armas arrojadas de acero, de armas defensivas, espadas, cuchillos, tipos (?), máquinas bélicas, puertas, ventanas, carne de buey, de carnero y cabras de las nuestras, de jabalí y de puerco y de casi todos nuestros frutos y legumbres. También de leyes justas y de estatutos útiles para gobernar bien y regir la república y de gran parte de las artes necesarias, y lo que era más miserable, del conocimiento y del culto del verdadero Dios y de la doctrina y observancia de la verdadera religión, y de otras no pocas cosas de este mismo orden, que a nadie puedan parecer innecesarias para pasar feliz y sin culpa la vida del alma y del cuerpo. Esas cosas tal vez faltan no por culpa de esta región feracísima (según juzgo en verdad) de todas las cosas buenas, como ya lo hemos experimentado, sino por la desidia de ellos, que después de tantos siglos de la creación del mundo, han permanecido en tanta rusticidad.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Qué conocimiento tenían del cielo y de los astros, y qué presagios acostumbraban tomar de los fenómenos meteorológicos

Es fama que habían descubierto la multiplicidad de los cielos, pero del sol, de la luna, de la estrella de Orión, [¿Sirio?] de Venus, de las Osas, y de los otros astros en los que creían que habitaba un numen, no sabían casi nada, excepto algunas observaciones vulgares y algunos cuentos más que de viejas y, por consiguiente, ignorantes de las causas de las cosas, solían reverenciar miserablemente y temer sin medida los eclipses y meteoros y cualquiera otra cosa semejante. Pero tomaban presagios de los meteoros y de los fenómenos generados en lo más alto del aire, como los relámpagos, cometas, exhalaciones, vigas ígneas, remolinos ardientes, antorchas celestes, columnas de fuego, la nieve, las nubes, la escarcha, los torbellinos y cosas parecidas; y así creían que las nubes blancas en las cumbres de los cerros presagiaban el granizo y las nubes densas la lluvia. La escarcha cayendo como rocío, la fecundidad de ese año. El arco iris, tiempo tranquilo sereno y el término y fin de las lluvias. Y las estrellas fugaces, las visicitudes de los reyes y de los reinos.

CAPITULO II

De los médicos que llaman Titici

Entre los indios practican la medicina promiscuamente hombres y mujeres, los que llaman Titici. Estos ni estudian la naturaleza de las enfermedades y sus diferencias, ni conocida la razón de la enfermedad, de la causa o del accidente, acostumbran recetar medicamentos, ni siguen ningún método en las enfermedades que han de curar. Son meros empíricos y sólo usan para cualquiera enfermedad aquellas yerbas, minerales o partes de animales, que como pasados de mano en mano han recibido por algún derecho hereditario de sus mayores, y eso enseñan a los que les siguen. Apenas recetan dieta a alguno. No cortan una vena a nadie aun cuando por una incisión en el cutis alguna vez saquen sangre y quemén los cuerpos. Las heridas se curan con medicamentos simples o cubriéndolas con sus harinas; con éstos se ayudan en su mayor parte y usan rara vez medicamentos compuestos o mezclados. No se encuentran entre ellos cirujanos ni boticarios, sino sólo médicos que desempeñan por completo toda la medicina. Y es de admirarse de qué manera tan inepta y carente de arte y con gran peligro de toda la gente, puesto que obligan a las paridas en seguida después del parto a darse baños de vapor y a lavarse ellas mismas y a sus niños recién nacidos en agua helada después del mismo baño, llamado temaxcálli. ¡Qué digo!, si hasta a los febricitantes con erupciones u otra clase de exantema rocían con agua helada. Esto no es menos temerario que frotarles los cuerpos con cosas muy calientes, y responden con audacia a quien les redarguye, que el calor se vence con el calor. Usan remedios farmacéuticos vehementísimos y sumamente venenosos, sin que el veneno esté cohibido o refrenado por ningún género de preparación. No examinan inmediatamente a los que padecen enfermedad, ni principalmente antes de hacerles tomar medicinas que digieran el humor o lo hagan idóneo para la evacuación. Ni entienden el adaptar los varios géneros de remedios a los varios humores que haya que evacuar. Ni hacen mención alguna de la crisis ni de los días judicatorios. Permiten desde luego a las recién paridas usar medicamentos frígidos y astringentes para fortalecer los riñones según dicen, cuando más bien debieran abrir las vías del útero y provocar la menstruación. Con las mismas cosas curan las excrecencias carnosas de los ojos, el gálico, y a los privados de movimiento por la falta de humor en las articulaciones; a estos últimos no enteramente sin buen resultado, tal vez como efecto de la resequedad. Y aún ocurre que apliquen medicamentos sumamente calientes a los ojos inflamados y también en gran parte, en contra de la naturaleza, a los tumores y sin ninguna distinción usan medicamentos frígidos, glutinosos o astringentes sin tomar en cuenta los períodos de la enfermedad o el lugar afectado. Y así, aun cuando abundan en maravillosas diferencias de yerbas salubérrimas, no saben usarlas propiamente, ni aprovecharse de su verdadera utilidad.

CAPITULO III

De la comida privada del rey y de su recorrido por la ciudad

Al mediodía en punto, al tocar un tambor muy grande que llaman teponaztli, junto al templo de Hoitzilopochtli, era frecuente y acostumbrado poner las mesas dentro de la cámara real, cargadas con muchos manjares. Las ponían las concubinas, que solas con algunos de la familia del rey asistían a la comida predicha. Cuando había saciado su

hambre y se habían quitado las mesas, bromeaba plácidamente con un truhán cuyos dichos salados lo movían a risa, hasta que se anunciaba que ya era llegado el tiempo de la comida pública, cuyos manjares condimentaban los mayordomos, y entonces se dirigía a un cenáculo amplísimo adonde encontraba las viandas puestas sobre las mesas y a alguno de los sacerdotes que acostumbraban estar presentes a la cena, llevando carbones y dirigiendo hacia el cielo el humo del copal. Entonces tomaba algunos bocados de las angarillas más próximas y vuelto hacia los cuatro vientos, los arrojaba e inmediatamente algunos de los maestresalas repartía toda aquella comida entre los varones principales y los pobres que había en la ciudad. En cuanto concluía la cena volvía el rey a su cámara, donde permanecía hasta que tuviera que oír los negocios (lo cual sólo se hacía en ciertos días señalados) y ya cayendo la tarde salía al público. Cuando tenía que salir por la ciudad, el día anterior se anunciaba con un pregón, no a fe mía por otro motivo, sino para que pudiera hacer bien a sus súbditos y aliviara la inopia de los pobres y para que constare a todos que el rey vivía. Lo predecían más de diez mil hombres, tanto de los próceres de la ciudad, como de aquellos que venían en grupos a la ciudad regia en tiempos establecidos del año de todas las provincias del imperio. Estos marchaban en orden distantes del rey un largo intervalo. Y mientras andaba, hablaba con algún señor que le fuera muy querido y llevaba en la mano un junco marino. Nadie atravesaba la vía por reverencia al rey, aun cuando a cuantos pobres estaban presentes, les era permitido saludarle y ofrecerle pequeños presentes, por los cuales recibían la mayor parte de las veces premio opimo. Y si de casualidad o por fortuna, encontrase casas que él mismo había mandado destruir, o algunas estructuras de la ciudad ruinosas y que la deformaban, inmediatamente eran reparadas por su orden y cuando la dilación era mayor, al día siguiente ya estaban reconstruidas.

CAPITULO IV

De la comida pública del rey

Se sentaba solo a la mesa pero con gran pompa y abundancia de todo género de comida exquisita. La mesa era un cojín de pieles de ciervos o de tigres teñidas de diversos colores. Se sentaba en un banquito de palo de cuatro pies, pequeño y bajo y adornado con hermosos dibujos e imágenes. Los manteles, las toallas y las servilletas eran de algodón, nuevas todos los días y blanquísimas, porque no se ponían más que una sola vez en la mesa. Cuatrocientos criados de familias nobles traían las viandas apiñadas al principio en aparadores abacis ¿angarillas? y se llevaban a la mesa según la orden del rey, quien levantándose, señalaba con una varita las que más le atraían y después se sentaba a comer. Se ponían bajo las viandas carbones encendidos para que no se enfriaran y perdieran el gusto con el calor; lo mismo vemos que hacen hoy los habitantes del Viejo Mundo, no sólo los reyes, sitio también hombres de mediocre fortuna. Rara vez acontecía que comiera otra cosa, a no ser que los maestresala le recomendaran con insistencia algún manjar. Antes de que se sentara se presentaban veinte o más de las concubinas más hermosas y más gratas al gran Señor, o las que estaban de semana, llevando agua para que se lavara las manos, con señalada humildad y reverencia. Llegaba el mayordomo y circundaba la mesa con una reja de madera para que la increíble multitud de hombres

presente no fuese pesada y molesta al rey mientras cenaba. Este maestresala y no otro cualquiera traía y llevaba los manjares. El resto de los criados y de la turba presente a la cena del Señor, ni se acercaban a la mesa ni nadie hablaba, a no ser algún fubón o alguno que respondiese al Señor que preguntaba o inquiría alguna cosa. No se permitía entrar en el aula regia con los pies calzados, ni se brindaba con gran pompa como se hace hoy. Con frecuencia estaban presentes seis próceres de edad senil, a cierta distancia del rey, a los cuales daba algunos manjares en prenda de amor para que los comieran, de aquellos que le parecían más sabrosos. Ellos lo recibían con gran reverencia y los comían con los ojos bajos, sin ver para nada al Señor, lo que se tenía por la suma veneración al rey y principal reverencia. Al mismo tiempo se tocaban diversos instrumentos músicos de los que comportaba la época y la gente, como flautas, caracoles, huesos con estrías atravesadas, y tímpanos, acompañados de canto y halagando así más suavemente los oídos. Asistían también a la cena por diversión o por lujo, enanos, jorobados, convulsos de rara, monstruosa y admirable naturaleza. Estos al mismo tiempo que los bufones, cenaban de lo que sobraba, con tres mil guardias del rey que estaban sentados en los patios y en las plazas más cercanas, en gracia de los cuales se acostumbraba poner, según dicen, tres mil platos llenos de comida y otros tantos jarros con las bebidas que acostumbraban los mexicanos. Estaban abiertas para todos las bodegas y las despensas colmadas de increíble cantidad de viandas y bebidas, ya sea de las compradas en el mercado, o de las traídas por los cazadores, pajareros, arrendatarios y tributarios reales. Las cazuelas, escudillas, ollas, tinajas, jarros y los demás vasos de barro, no inferiores a los nuestros se ponían sólo una vez y no se usaban más. No faltaba la vajilla de oro y piedras preciosas, por el contrario era muy numerosa, pero nunca la usaban, ya sea porque les gustara más la de barro, o porque una vez ensuciada con las viandas no podía ser llevada de nuevo a la mesa, lo que podían conseguir fácilmente usando las de barro. Dicen que los reyes no comían para nada carne humana, excepto por motivo religioso la de los inmolados a los dioses. Pero todos los otros la comían con placer, siempre que fuese del enemigo o de los matados en la guerra. Levantados los manteles concurrían las mujeres, las amigas y concubinas que habían estado presentes a la cena, y le echaban agua para que se lavara las manos, con la misma veneración y reverencia que antes. Inmediatamente se retiraban y se reclinaban en sus apartamentos en gracia del pudor para comer con las demás. Se retiraban también para comer, los varones principales y los ministros, exceptuados aquellos que estaban de guarda ese día, los cuales para desempeñar ese cargo habían comido antes.

CAPITULO V

Con qué lo deleitaban a la hora de comer

Quitadas las mesas e idos todos, se permitía a los litigantes presentarse, pero con los pies desnudos, exceptuados algunos varones principales, como eran los reyes texcoquenses, tlacopanenses y otros, muy pocos, ligados con él por la amistad o por próximo parentesco de sangre o así honrados por su valor en la guerra, a los cuales se permitía entrar calzados, pero, sin embargo, por reverencia al rey se cubrían las vestiduras viles y aun cuando se les permitiera cuando hacía frío cubrirse con vestiduras preciosas, se les exigía que ocultasen éstas con otras de menos precio. Saludaban

suplicantes al rey, doblando las rodillas tres o cuatro veces, con los ojos bajos y sin ver nunca al señor. Le hablaban hincados de rodillas y como retrocediendo y el rey respondía en voz baja y grave y en muy pocas palabras. Esto no rezaba con todos ni siempre, porque otros, que eran sus secretarios o consejeros, a veces aclaraban con mayor número de palabras cuál era la opinión del rey acerca de ese negocio. Y después salían retrocediendo, porque volver la espalda al rey se consideraba absurdo e incivil. Concluidos los negocios, esparcía su ánimo oyendo conciertos musicales y poemas, en los cuales se cantaban las guerras y las hazañas de los mayores, pero sin guardar ninguna medida de sílabas ni ninguna conexión de pies o equilibrio, sino compuestas en prosa. Se divertía también con los donaires de algunos de sus bufones o de hombres mordaces, con los cuales Motecçuma mientras duró su imperio se deleitaba de modo extraordinario. También a veces se presentaban jóvenes que arrojaban a lo alto y recibían de nuevo, dándole vueltas con admirable velocidad, un madero cilíndrico, pulido y muy pesado, manejándolo con los pies, las rodillas y las corvas, de manera increíble y haciéndolo girar, en lo cual los nuestros con las manos mismas y ejercitados durante largo tiempo en ello, apenas los aventajarían. También le agradaba ver a un hombre de pie sobre los hombros de otro y un tercero sobre los del segundo, quien después de haber ascendido a esa altura, saltaba y bailaba con varios movimientos con tanta velocidad como si estuviese en suelo muy parejo. Observaba también el juego patoliztli que se jugaba con frijoles y habas que tenían que ser colocadas en cierta manera, llamadas patolli y distinguidas por ciertas líneas a la manera de nuestros dados. Y no raras veces se trasladaban al tlachtli donde jugaban los indios con la pelota llamada Ullamaliztli, la que solía fabricarse de la goma "ólli", de la cual hemos hablado entre las plantas, como de lágrimas de ellas o de licor que fluye espontáneamente. Esta pelota es dura y pesada, pero rebota con tal velocidad e ímpetu para arriba y al través, que supera en mucho a las nuestras más grandes que se llaman "evento". Impelen las pelotas con varias partes del cuerpo y se devuelven por los que guardan el lugar opuesto y no se permite tocarlas con las manos. A veces por convenio de ambas partes, no se permite tocarlas más que con la nalga y sólo al primero, segundo o tercer bote. Eran vencedores los que la hacían pasar por un agujero muy angosto por donde apenas cabía la pelota. No me parece que deba seguir contando con mayor detalle las demás cosas que pertenecen a este juego, cuando han sido escritas por algunos antes que yo, e investigadas y anotadas, tanto en la Nueva como en la Vieja España, por muchos, pero opino que no deba callar que en aquellos tiempos le era permitido a los mexicanos apostarse ellos mismos, no sólo en el juego sino en otras muchas ocasiones. Y que se encontraban por todas partes (tanta es la vileza de algunos ánimos) a quienes perdida la apuesta, pasaran la vida con menoscabo y pérdida de la por demás cara libertad, en perpetua servidumbre con poco o ningún pesar. Había otro género de diversión de la cual gustaban no poco Mocçtecuma y toda la ciudad; para la cual se reunían algunos miles de hombres, y a veces entre ellos el mismo máximo rey, junto al templo de Hoitzilopochtli o en las plazas cerca de palacio, adornados con pieles de aves y de fieras y de algunos cuadrúpedos, y con collares y ramilletes de flores o de hojas; lo que llamaban nitoteliztli o baile, de lo cual dentro de poco diremos algo más. Solían también proponer algunos premios para aquellos que más velozmente llegasen a lugares a veces distantes sesenta millas y a veces mas, y regresasen más pronto; lo cual se acostumbraba hacer la mayor parte de las veces en tiempo increíblemente corto.

CAPITULO VI

Del Nitoteliztli

Acostumbraban unas maneras de bailar dignas de verse, llamadas por los mexicanos nitoteliztli pero arreitos por los haitianos. A pesar de que a veces concurrieran tres mil, a veces cuatro mil o más hombres, todos cantaban el mismo canto con la misma voz y con la misma danza y compás del cuerpo y de cada una de sus partes; variadas sin embargo en cada una de las mudanzas, respondiendo y concertando con los temas mismos en modo maravilloso; y no sólo se ejercitaban en el canto y en el baile, sino que representaban a manera de comedia o tragedia alguna imagen de sus hazañas. De lo que resulta que había muchas clases de bailes; a veces se cantaban las alabanzas del rey y a veces las de algún héroe o cacique y tal vez las del dios en cuyo honor se celebraba la fiesta y en otras se ensalzaban las victorias. De aquí que hayan nacido tan numerosos nombres como Nenahuayzcuicatl, o sea canto de los abrazos; se llamaba así el baile que solfa hacerse en la tarde que precedía a la fiesta de alguno de aquellos que aquella gente perdida adoraba y veneraba como dioses; la danza empezada al principio de la noche duraba hasta la mañana, al esplendor y luz de las teas y de las flamas de carbones ardientes y de leños encendidos. Tenía lugar al derredor de la plaza del templo mayor y cada varón abrazaba a una mujer poniéndole el brazo derecho al derredor del cuello. Pero el Tlacuiloltepecayotl, o sea el canto de la pintura, se honraba con la presencia de los reyes que bailaban y danzaban y tenía también lugar junto a la plaza del templo mayor, como casi todos los otros bailes, en cada una de las cuatro fiestas del año, de las cuales las principales eran el Tlacaxipealiztli o fiesta de la desolladura de hombres, Panquetzaliztli o fiesta de la estatua. ¿Qué diré del Cuextecayotl en el cual imitaban el modo de bailar, el ornato y la apariencia de la gente huasteca, y representaban la guerra en que los vencieron, con sonido vario y tumulto marcial muy bien acomodado? El Chichimecayotl en el cual recordaban los principios y origen de aquella gente. El Xaponcuicatl, o canto de los festines, en el cual se cantaban las alabanzas del héroe que convidaba a cenar. El Cococuicatl, o sea canto de la tórtola, se cantaba en las nupcias y en él se alababa a los que contraían matrimonio. El Tlacahualizcucatl, o sea canto de los viajeros, en el que se referían las labores de los que traían a los reyes los impuestos anuales acostumbrados. El Ixcuecuchcuicatl, o sea canto en el cual eran celebrados promiscuamente varios héroes. El Huexocincayotl, o sea canto de los de Huexocingo, en el que celebraban la victoria que habían alcanzado sobre ellos; se cantaba principalmente en el tiempo en que eran arrastrados para ser inmolados a los dioses. Además el Otoncuicatl, Cuitlatecayotl, Michoacayotl, Tlaxcaltecayotl, Coyxcayotl, Tlacahuilizcuicatl, Cempoaltecayotl, Temazcalcuicatl, Anahoacoyotl, Cozcatecayotl, Oztomecayotl, y otros donde se hacía mención honorífica de los trofeos y de las artes de esa gente, tal como lo indican los propios nombres. El canto era en su mayor parte grave y tardo y lo que se cantaba estaba en prosa. Los adornos consistían en varias pieles de animales, plumas y penachos de varios colores. Las clases de armas y de dardos, como arcos, lanzas, flechas y escudos, eran innumerables. Llevaban flores varias arregladas en collares o ramilletes. También gemas brillantes con las cuales se esforzaban en poner ante los ojos la imagen de aquellas gentes de las que solían imitar el traje, la manera de ser del

cuerpo, el color de los vestidos y los cabellos y aquellas cosas que se incrustaban en las narices, orejas y otras partes del cuerpo. Los instrumentos musicales con los cuales además de las voces, del estrépito y de los silbidos acompañaban el canto, eran el Hoehoetl y el teponaztli, género de tambor, flautas en su mayor parte de cañas, huesos cavados con muchas estrías y esferas huecas llenas de chinitas. De la mayor parte de estas cosas presentamos una fiel imagen para que sean conocidas y vistas por los españoles y por todas las otras naciones hasta donde pueda hacerse.

CAPITULO VII

De los aviarios, jaulas y arsenales de Motecçuma

Motecçuma tenía una casa amplísima con un terrado sobre columnas de piedra talladas en hermosísimo jaspe, desde donde se contemplaba un huerto muy amplio y notable por diez estanques, de los cuales algunos estaban llenos de agua salada para que las aves marinas que allí se criaban para recreo, tuvieran bebida conveniente y comida congruente; otros de agua dulce, para que fuesen del gusto de las aves fluviales y lacustres. Todos éstos, en cuanto que se vaciaban para limpiarlos de la inmundicia de las plumas, se llenaban una y otra vez con agua limpidísima. Estaban poblados de tan varias diferencias de aves extrañas y desconocidas para nuestro mundo, que apenas parecerá creíble. Trescientos hombres, a los que estaba encomendado su cuidado, echaban la comida acostumbrada y conocida a cada uno de los géneros. De las plumas caídas tejían hermosos mantos, tapetes, escudos, penachos, abanicos y otras cosas preciosas con oro entretejido, hermosas a la vista y obra digna de la regia Majestad. Tenía también otra casa no menos amplia, la que recibía su nombre de las aves, aun cuando de la que ya se ha hablado estuviera también dedicada a ellas, ya sea porque las que se criaban en los aviarios de la segunda eran más abundantes, o porque sería para la cacería de aves. Y no sólo se mantenían allí aves, sino, para entretenimiento, también hombres que desde su nacimiento eran albinos, enanos, jorobados, lisiados, convulsos o los que de cualquiera manera presentaran una forma monstruosa o una conformación del cuerpo rara y no vulgar. Entre los cuales dicen que había muchos que no habían nacido así, sino que habían degenerado hasta esta deformidad por injuria a su naturaleza. Había allí muchas jaulas hechas de vigas en las que estaban encerrados leones, tigres, panteras, osos y lobos de tierra [coyotes] y además casi todo género de fieras y de cuadrúpedos. No faltaban serpientes multicolores encerradas en ánforas, lagartijas, cocodrilos y otros no pocos animales de esta clase. Había todo género de gavilanes y de águilas, a las cuales criaban, amansaban y cuidaban trescientos hombres, fuera de los pajareros [cazadores de pájaros], los que apenas pudieran esmerarse. Y también géneros de aves desconocidas para nosotros y no menos apropiadas para la cacería que las nuestras. Dicen que había una aula ornada con oro y piedras preciosas, con la cual se retraía Motecçuma de noche para hablar familiarísimamente con los demonios y recibir sus respuestas acerca de acontecimientos futuros. Había también otros edificios reales en los cuales se guardaban las plumas y los cereales. En los mismos habitaban los mayordomos, tesoreros, recaudadores, contadores y otros a los que se confiaban los bienes de familia del rey. Ninguna de aquellas casas carecía de oratorios execrables en los cuales se adoraba a los

demonios, porque creían que nada podía ser emprendido o llevado a cabo sin auxilio y numen. Había además otra casa en la que se almacenaban los instrumentos bélicos y a cuya puerta estaban clavados como indicios e insignias de su empleo, un arco y dos aljabas. Las armas principales eran en el arco, las flechas, hondas, clavos, lanzas, dardos y espadas de piedra, cascos y escudos, los que como en su mayor parte eran de madera y forrados por encima con plumas y con oro, eran más vistosos que fuertes. Además cáligas militares y brazales fabricados de la misma materia forrados de cuero. Lanzas y espadas de espinas de pescados venenosos o de piedra de iztli de la cual formaban gladios con arte admirable; la piedra se adhiere al palo y se pega con un pegamento tenacísimo, como tal vez lo describiremos entre las cosas naturales. No era permitido a los mexicanos usar estas espadas en la ciudad, a no ser que estuvieran en guerra o que fueran de caza. Tenía además otras muchas moradas para su diversión y gusto, adornadas con jardines en los cuales había sembradas muchas diferencias de yerbas medicinales o perfumadas. Era admirable y placentero sobre todo lo que se puede decir, ver tantas flores y tantos árboles que exhalaban un olor divino, dispuestos en grupos varios y hermosos para la vista. No se permitía sembrar entre ellos árboles frutales ni ningún género de legumbres en los huertos arriba indicados. Tenía bosques grandísimos fuera de la ciudad, en los cuales estaban prisioneros todo género de animales entre muros o entre acequias y esos bosques parecían más hermosos por la vítrea corriente de las aguas que los circundaban en su circuito artificial. [Había] estanques, piscinas, viveros y cerrillos escabrosos artificiales. De éstos quedan hoy Chapultepec, El Peñol y el de Huastepec, selvas artificiales adornadas con árboles de regiones longinuas, traídos no sin gran trabajo de los indios y gasto; los alegraban dulcísimas fuentes y ríos limpidísimos que regaban el bosque por todas partes; desfiladeros y ruinas opacas y sombrías por los altísimos árboles. Y si no quieres llamar vergel a todos los campos que pertenecen a los herederos de Cortés, cuando no hay nada más hermoso, más alegre o más verde que ellos en el mundo, juzgarlos has otro paraíso terrestre, donde todas las tierras son de riego y sembradas con árboles grandísimos; donde nada se ofrece a los ojos que con maravillosa alegría y amenidad no plazca, deleite y halague.

CAPITULO VIII

De la guardia de Motecçuma y de los tributos que se pagaban cada año

Mandaban la guardia de Motecçuma seiscientos señores, a cada uno de los cuales acompañaban cuatro o seis siervos armados, y a otros aún veinte o más, y así el número ascendía a más de tres millares de hombres, a todos los cuales (como ya lo indiqué arriba) se les suministraba comida de la mesa del rey, exceptuados los esclavos, a quienes no era permitido subir a las cámaras, sino que llenaban los patios y las vías públicas. Eran en verdad súbditos del Imperio Mexicano más de tres mil varones, a cada uno de los cuales obedecía una ciudad, y a treinta de ellos correspondían a cada uno cien mil súbditos y estos treinta estaban obligados a asistir a la Ciudad de México durante tiempos establecidos del año, y en manera alguna se les permitía marcharse sin permiso y no sin que antes dejaran un hijo o un hermano en calidad de rehenes. Debido a esto, como todos tuvieran palacio en México, se contaban allí, según la fama, sesenta mil casas o más. No

había nadie en todo el imperio que no pagara tributo anual al rey o que estuviera inmune y absuelto de contribuciones. Aquellos treinta señores atestiguaban el dominio regio con su propio ministerio, pero los plebeyos que llamaban macehualtin lo pagaban consigo mismos o con sus cosas. De entre éstos, algunos se llamaban arrendatarios, pero otros tenían tierras cuyo dominio les pertenecía; éstos dividían sus frutos en tres porciones y tributaban al rey con una tercia. Entre los frutos se incluían los peces, los perritos comestibles, las gallinas de la tierra, las aves cubiertas de plumas preciosas, las liebres, venados, coyamelli, oro, gemas y otras cosas metálicas, sal, miel, cera, mantos, penachos de plumas, algodón, cacaoatl, centli, chile, camotli, habas, frijoles, varias frutas, legumbres y muchas clases de semillas de aquellas que principalmente era costumbre usar como alimento. Los arrendatarios entregaban cada año o cada mes lo que estaban obligados según pacto y convenio. Pero era demasiado que se les llamara esclavos [porque sudaban a modo de esclavos, cosa incómoda y familiaridad para el señor (?)]. Y no sólo no eran propietarios de sus cosas, sino que ni de sí mismos tenían dominio íntegro, ni les era permitido mandarse a sí mismos completamente, porque comían, bebían, se vestían y conservaban sus hijas según mandato del rey o de los caciques a quienes pertenecían las ciudades, además del tributo debido al rey. Todas las cosas del tributo las llevaban a México, de cualesquiera regiones por lejos que estuvieran, unos como fuertes cargadores (?), porque todavía no conocían las bestias de carga y por consiguiente estaban acostumbrados todos casi desde la cuna a llevar peso. Si no había abundancia de canoas palustres y de chalupas, cuando menos se llevaba en ellas lo de Motecçuma y lo demás o se repartía entre los soldados o se redimía con oro, plata, piedras preciosas y otras cosas que los reyes suelen estimar muchísimo y conservar en los erarios. En México había también graneros (como ya se dijo), y algunas casas en las que se guardaba el tlaoli y donde mandaba el ecónomo mayor, con otros de grado inferior para que recibieran, custodiaran y, cuando había necesidad, lo entregaran, con las cuentas, cuando se exigían, en jeroglíficos o con chinitas. Para cada ciudad había un recaudador que llevaba en la mano un abanico o una varita en señal de su cargo, al cual se pagaban los impuestos que debían ser remitidos sobre la marcha al ecónomo supremo con una cuenta formada de todas las cosas por pequeñas que fueran; porque si en algo defraudaban, estaban sujetos a la pena de muerte, y de igual manera se castigaba a sus consanguíneos, aun cuando ignorantes del designio y sin ser para nada cómplices, para infundir en todos un terror más vehemente, como unidos por la sangre al reo de lesa majestad y traidor al común señor. Eran aprehendidos también y puestos en la cárcel, los agricultores que retenían los censos reales, a no ser que constase que habían desobedecido los mandatos por enfermedad u obligados por otra justa ocasión, y no por su propia voluntad. Entonces se acostumbraba la clemencia con ellos, pero si habían faltado por incuria o por maldad, eran obligados a pagar lo que debían y si se excedían del tiempo prescrito y señalado de antemano eran reducidos a la esclavitud y vendidos, o inmolados a los dioses. Y a pesar de que algunas provincias estaban sujetas a módicos impuestos, más bien como ornato y amistad, que para utilidad del imperio de Motecçuma, las riquezas de los reyes mexicanos eran infinitas y el gasto cotidiano inmenso y admirable. Los censos de algunas ciudades y sus contribuciones se dedicaban a los talleres, con el objeto de sostener sin interrupción los hogares y el fuego (?). Y así cien ciudades pagaban a Motecçuma impuestos de esta naturaleza y el imperio mexicano se extendía de la playa septentrional hasta la austral. Había otras de los aliados y otras aún

no sujetas al yugo, a pesar de que no colindaban con el imperio, como las de los tlaxcaltecas, los de Pánuco, michoacanos, jaliscienses, chichimeca, los de la Florida, guatemaltecos, los de Tehuantepec, los de Texcoco, y los de Tlacopan, y de otras naciones semejantes de las cuales algunas ni hoy en día obedecen a Felipe II, el mayor y más potente de todos los reyes, señor de las Indias Occidentales, Insulares y Orientales, más bien por incuria nuestra y por falta de soldados, que por la fortaleza inquebrantada de los enemigos.

CAPITULO IX

Del templo de los mexicanos y del xerolofo

Los templos eran llamados por aquella gente "tehucálli", o sea moradas de los dioses. Eran numerosísimos en México y cada uno daba servicio a su propio barrio [de los que no había ninguno] sin oratorios o altares, habitáculos o sedes de los ídolos, en que estuvieran colocadas las imágenes torpísimas y deformes de dioses inmundos. Se sepultaban en ellos los señores a cuyas expensas habían sido fundados, porque los demás eran enterrados en los pavimentos, atrios y patios. Describiremos la estructura del templo mayor, para que así venga a la vista la fábrica de todos los demás. Era un cuadrado cuyos ángulos distaban casi quinientos pasos uno del otro, rodeado de un muro de piedra que se abría por sólo cuatro puertas a las vías públicas de la ciudad. Casi la mitad del pavimento de este espacio era un aplanado sólido de tierra y piedra y, como el patio mismo, un cuadrado de cincuenta ulnas de lado. De allí se levantaban una construcción, que se atenuaba poco a poco a modo de pirámide y concluía en una azotea cuadrada de ocho o diez ulnas por lado, a la cual se subía por la parte del Ocaso por ciento trece escalones, muy hermosos a la vista y fabricados con un género de piedra digno de verse: destinados principalmente a los sacerdotes que bajaban y subían con pompa o que llevaban algún hombre para ser inmolado. En la parte más alta se veían dos aras de cinco palmos de longitud y separadas una de la otra, una a la derecha y otra a la izquierda y tan cerca de la orilla posterior de la azotea que apenas pudiera alguien pasar por detrás de ellas. Rodeado de un muro de piedra de apariencia monstruosa por las horribles esculturas, estaba cada uno de los altares dentro de un curioso y elegante oratorio de bóvedas de madera artesonadas y construidas con todo primor, sobre las que había tres bóvedas de mayor a menor, en gracia de las cuales se levantaba la mole hasta una altura increíble sobre la pirámide y se erguía en alta y hermosa torre. Desde ahí se podía ver en uno y otro sentido toda la ciudad, el lago y en él las ciudades y los pueblos a lo lejos y nada más hermoso podía presentarse a la vista. Entre el último escalón y los altares se extendía la plazoleta o azotea donde tenían lugar las acostumbradas ceremonias del sacrificio, sin ningún impedimento por parte de los presentes de alguna u otra cosa. Todo el pueblo con los ojos vueltos al Oriente y (según parecía) atentos los ánimos, oraba suplicante. Sobre cada altar se veía una estatua de uno de los dioses máximos. Además de las torres, construidas sobre los oratorios que estaban sobre la pirámide, se divisaban otras cuarenta o más, diferentes en altura y cerca de otros templos menores que rodeaban el mayor; de cualquier forma que constaran, no sólo veían al Oriente, sino a varias regiones del cielo y esto no sin razón, sino para que pareciera que en algo se diferenciaban del Templo

Mayor. Y éstos o eran del mismo tamaño o se consagraban a los mismos Dioses (?). Uno de ellos era cónico y dedicado al Dios de los Vientos, que llaman Quetzalcoatl, que rige el movimiento de los vientos, remolinos y torbellinos. Su entrada o puerta era semejante a la boca y fauces de un gran dragón, en la cual estaban esculpidas imágenes hórridas y deformes, y los dientes caninos y los otros menores aparecían de tanta magnitud y deformidad que infundían horror en los que entraban. Había otros templos que presentaban libre acceso por todas partes por la disposición de sus escaleras; otros que junto a cada uno de sus ángulos tenían pequeñas capillas. Todos [estos templos] estaban dotados de casas, de dioses particulares y de sacerdotes dedicados al culto de éstos. Lunto a cada una de las puertas del patio del templo mayor, había un amplio edificio y otros menores con muchos almacenes agrupados alrededor y llenos de armas; porque en verdad eran casas públicas y comunes y toda la fuerza de las ciudades dependía de los templos. Había también otros tres edificios con pisos y techos de madera, grandes y amplios, con paredes de piedra pintada, llenos de estatuas y de pinturas y con muchos oratorios y celdas con pequeñas puertas, muy tenebrosos porque admitían la menos luz posible. Allí se colocaban innumerables géneros de ídolos, grandes, pequeños y medianos, fabricados de varias materias, chorreando todos sangre humana y el crúor de los inmolados, negro y hórrido. ¡Qué digo, si hasta las paredes estaban cubiertas con una costra de dos dedos de grueso y los pavimentos con otra de nueve pulgadas, vestigio de matanza humana, despojos amplísimos de los dioses y adorno admirable de los templos! Y todos los días entraban allí los sacerdotes y se regocijaban de encontrarse en esa inmundicia y pestilencia, y de aspirar el olor ingrato de la sangre humana. Y no a todos se permitía la entrada, sino sólo a los señores y a los próceres, con la condición de que ofrecieran un esclavo para ser inmolado a los dioses. El resto del espacio lo ocupan un estanque de agua dulce, los aviarios y los huertos sembrados con hierbas y árboles cargados de flores de gráfisimo olor. Tal y tan grande era el templo mexicano de Vitzilopuchtli consagrado a los dioses falsos. En él habitaban más o menos cinco mil sacerdotes [y] otros [encargados de los] bienes de los execrados edificios. Son en verdad riquísimos y tienen muchos ciudadanos a quienes incumbe restaurar los techos destruidos y componerlos y suministrar carne, cereales de todo género, pescado, leña y las otras cosas necesarias a la vida. Desde el Templo Mayor se podía ver una especie de teatro, conspicuo por dos torres de cuyos techos y bóvedas colgaban, cuando por primera vez se presentaron los españoles en esos lugares, ciento treinta y seis mil calaveras, además de otras innumerables incrustadas en las paredes y torres, como si fueran piedras, todas de hombres inmolados a los feos demonios: a tal punto codician y ambicionan éstos la sangre humana y la honra debida al Sumo Autor de las cosas. Atroz y miserable espectáculo, pero muy propio de la miseria y fragilidad humanas, y conveniente a ellas, que deben contemplarse aquí en imagen.

CAPITULO X

De los sacerdotes mexicanos

Los mexicanos llaman a sus sacerdotes tlamacazque o tlenamacaque y al mayor de todos, que era como sumo pontífice, achcauhtli. Aprenden y enseñan los arcanos de su religión

de viva voz y por jeroglíficos, los que no permiten revelar a los del pueblo ni a los profanos sin expiación y grave suplicio. A muchos de ellos no les está permitido casarse a causa de su dignidad, y si se les sorprende en relación con alguna mujer, son marcados con fuego y severamente castigados. Otros ni se cortan ni se peinan ni se lavan el cabello, y por eso andan con una cabeza inmundada y llena de asquerosos animales, pero se consideraban como de insigne santidad. Otros se lavaban la cabeza cuando se bañaban, lo cual era frecuentísimo, y por lo que resultaba que a pesar de que llevaran los cabellos muy largos, se veían limpios. Las vestiduras de los sacerdotes eran de algodón, blancas, estrechas y largas; llevaban un palio de tela atado con un nudo sobre el hombro derecho del cual pendían hilos de algodón como vello, y con orlas. En los días de fiesta se teñían de negro y cuando lo mandaba el rito, imitaban con sus piernas, brazos y cara la forma de los cacodemonios a quienes servían. Desempeñaban el ministerio de Huitzilopochtli cinco mil hombres, pero no todos tocaban o manejaban los altares, la herramienta, los vasos y otros instrumentos dedicados a celebrar los sacrificios, como eran los braseros que contenían carbones encendidos. Estos eran de diversos tamaños, algunos de oro, otros de plata, pero la mayor parte de barro cocido y de arcilla. Acercándoles algunos de ellos perfumaban las efigies, con otros se encendía el fuego; el cual nunca se permitía que se extinguiera, porque si así de casualidad sucedía, se consideraba de muy mal agüero y eran castigados severamente aquellos a cuyo cuidado estaba encenderlo y conservarlo, y así se consumía cada año, o más bien cada día, gran cantidad de leña. Se perfumaban también con los mismos a los varones próceres, las oblaciones y mil otras cosas semejantes. Perfumaban las estatuas con hierbas, flores, polvos y con varias lágrimas perfumadas de árboles y con goma de gratísimo olor, pero principalmente con incienso de la tierra, que llaman copálli o tecopalli. Tenían también escalpelos de iztli y navajas casi de nueve pulgadas, con las cuales se hacían incisiones según el voto y el afecto de cada uno, en la lengua, los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo. Tenían también pajas y astillas de caña, con cordelillos delgados, los cuales pasaban por la abertura de las heridas, ya sea que se perforaran las orejas, la lengua, los sexos o las manos. Además había entre la escalera y los altares, una mesa de piedra fija al suelo sobre la que extendían a los que iban a inmolar y con un cuchillo de iztli que llaman técpatl, desnudado y cortado el cartílago del pecho, arrancaban el corazón para ofrecerlo inmediatamente a los dioses; recibían la sangre en unas calabazas y con unos plumeros de plumas rojas rociaban los ídolos. Barrían los templos y los lugares dedicados a los sacrificios con escobas de plumas, y aquel que barría nunca volvía la espalda a los ídolos, sino que hacía su trabajo retrocediendo. Con tan módico aparato aquellos hombres perdidos ejercían esa carnicería y mataban tan numerosas turbas de los suyos.

CAPITULO XI

Del origen de la gente de la Nueva España

Entre las varias naciones que habitan esta Nueva España, la más antigua es la de los chichimeca, la cual es fama que había venido de los aculhuas, situados hacia el Norte, más allá de la Provincia de Xalisco, en el año setecientos veinte del nacimiento de Jesucristo Nuestro Salvador, y que había cavado antros y socavado casas en que habitar

alrededor del lago de Tenuchtitlán, pero que poco después su nombre había perecido por sus matrimonios con otras razas. Cuando llegaron para poblar esos lugares, no obedecían a ningún rey ni edificaban casas dignas de mención. No empleaban cereales, ni se cuidaban de sembrar ni de apacentar ganados; todo lo producía espontáneamente la tierra; les bastaban para pasar la vida los bosques y las selvas. Casi desnudos habitaban los montes y las cuevas, tal como hoy en día, y errantes e inestables vagaban de aquí para allá. Mal vivían con raíces y con hierbas, frutas y pomos de algunos árboles que crecían por su naturaleza propia. También con carne de algunos animales, que derribaban con el arco y las flechas, en el uso de los cuales son sumamente diestros. La comían cruda, porque no conocían el fuego, y solamente secada al sol. Además comían culebras, lagartijas y otros reptiles inmundos y hórridos. Queda hasta el día de hoy gran número que vive así y no ha movido lo ancho de un dedo el ánimo para entrar a una vida más civilizada. Algunos, sin embargo, conocían el uso de la carne cocida en lo que llaman barbacoa. A pesar de que sus usos y costumbres fueran completamente fieros y bárbaros, eran sin embargo sumamente religiosos y observantes de los dioses; adoraban al sol como primer numen y le ofrecían serpientes, lagartijas y otros animales de la misma clase, que se arrastran o que se levantan poco del suelo. Excepto con todo género de aves, desde las águilas hasta las mariposas, no aplacaban a los dioses con la sangre de animal alguno, ni hacían estatuas de ningún numen. Se casaban con una sola mujer, que no les estuviera ligada en ningún grado de consanguinidad. Eran fieros y excelentes en valor guerrero, por lo que dominaron toda esa región. Después de éstos, bajó a esos lugares una gente fuerte y mucho más civilizada, que traía su origen y su nombre de los de Aculhuacán. Los ancianos y los más sabios de los mexicanos dicen que salieron de siete cuevas y se establecieron en un lugar campestre y llano, donde permanecieron en tiendas de campaña muchos años, aun cuando divididos en batallones y falanges. Pero el verdadero color del río que regaba aquella orilla trocóse por mandato de los dioses (según les parecía a ellos) en color de sangre y mostraba una terrífica apariencia, por lo cual se apresuraron a cambiar su sede y partieron hacia el Oriente y el Septentrión. Y después de pasados poco más o menos ochocientos años, llegaron a estos lugares, no todos a un tiempo, sino unos después de los otros con espacios de centenares de años, y aconteció, según se dice, que los texcocanos fueron los primeros de todos en llegar. Después los de Atzacapotzalco y por fin los mexicanos, quienes se establecieron entre los de Atzacapotzalco y los de Tezcoco en unas islas muy pequeñas de la laguna mexicana. Hay quienes aseguran que todos éstos vinieron de Palestina, atravesando un angosto mar, de las diez tribus que Salmanasar, rey de los asirios, condujo cautivos a Asiria, reinando en Israel Oseas y en Jerusalem Ezequías, como se lee en el libro cuarto de los Reyes, Cap. Décimo Séptimo, hace más de dos mil doscientos años, lo cual aunque sea incierto, no me parecen conjeturas que deben despreciarse del todo. En primer lugar, se encuentran en Nueva España no pocas palabras que o son hebreas o muy semejantes a las hebreas, como si procedieran de ellas. En segundo lugar sabemos por la misma Sagrada Escritura que llegaron al lugar adonde se dirigieron, después de caminar a pie durante seis meses. En tercer lugar los nombres, no de otra manera que entre los hebreos, se imponían por deliberación del consejo y no sin algún ethimo. 4.º Son semejantes y no desemejantes los ritos, sacrificios, vestiduras, calzado, mantos, cabello largo, la pusilanimidad y los templos de los dioses construidos en las crestas de los cerros y de las montañas. Y además aquello que fue predicho por los profetas de Israel, parece corresponder a los

acontecimientos de estas gentes de manera admirable. No hay que omitir que la prole de unos y otros es abundantísima y los sacrificios semejantes. Pero, ya sea que estas cosas sean verosímiles o más bien falsas y no bien investigadas ni conocidas, pasemos a otras que pertenecen a la llegada de estas gentes a la Nueva España y que deben ser referidas con mayor amplitud.

CAPITULO XII

De la ciudad y de los reyes de Tetzco

Como ya dijimos (línea 24, fol. 69, línea I, fol. 69 Vso. traducción Pg.-108), los tetzcoquenses y después los atzcapotzalcenses fueron los primeros de todos en penetrar en estas regiones, pero no se establecieron desde luego en Tetzco, sino primero en unos lugares y luego en otros. Por fin permanecieron más largo tiempo en Huexutla, no lejos de Tetzco. La serie de los señores de Huexutla es como sigue: el primero de ellos, llamado Maçatzin, reinó setenta y ocho años; el segundo, Tochintechtli, treinta y ocho; el tercero, Ayotzintecutli, setenta y cuatro; el cuarto, Quatlahuicetecutli, cincuenta y cinco; el quinto, Totomochtzin, cincuenta y dos. Por consiguiente todos éstos tuvieron el imperio de los huexotlenses más de trescientos años. Y entretanto no se exigieron ningunos tributos, sino que todos eran inmunes, aun los hombres de ínfima categoría. El sexto, Yaotzintecutli, reinó cincuenta y tres años y en su tiempo los hombres llamados Tepohoyantlaca fueron vejados con el primer impuesto. El séptimo, Xilotzintecutli, reinó veintiocho años; el octavo, Tlacaolitzin, reinó otros tantos; el noveno, Tlacolyahotzin, reinó cincuenta y tres, y en su tiempo fue electo Necahalcoyotzin para suceder también a los reyes tetzcocanos. El décimo, Tzontemoc, reinó quince años; el undécimo, Cuitlaoatzin el menor, reino otros tantos. Por consiguiente estos reyes dominaron en Huexutla más o menos cuatrocientos ochenta años, hasta que por fin el Imperio de Huexutla pasó al dominio tetzcoquense. Por este motivo he decidido ligar la serie de los reyes de Tetzco a los precedentes, cuando haya dicho algo de la ciudad tetzcocana. Está situada a los noventa y siete grados de longitud y veinticinco minutos, y a los diecinueve grados de latitud y treinta y siete minutos, y según se dice, es mucho más antigua que la mexicana, como que fue fundada hace más de ochocientos años. Habitaban los palacios y sedes de los reyes de Tetzco, confederados del imperio mexicano mientras floreció, cien mil varones, si cuentas las aldeas y los pueblos; tenía más o menos trescientos amplísimos palacios de nobles y ahora sólo tiene trece. Estaba situada en un lugar campestre, junto a la orilla de la laguna, dentro del valle de las montañas mexicanas, distante de la ciudad de México por el camino del lago sólo quince millas, y por el terrestre, treinta y cinco. Goza de un cielo clemente y saludable y de una temperatura dulce y admirable, inclinándose un tanto, sin embargo, a fría y húmeda. No está tan sujeta a aquellas enfermedades a las que está la ciudad mexicana, a causa del lago sobre el que está fundada. Las casas en todas direcciones, como las de todas las demás ciudades de la Nueva España, están separadas una de las otras, y en gran parte situadas como las de los pueblos; alrededor y cerca de cada una de ellas, hacen sementeras de todo lo que es en primer lugar necesario para la vida, como maíz, bledo, xenopodios (?), chía, chile, calabazas, frijol y otras semejantes, de modo que no creerías

ver ciudades, sino los huertos de las Hespérides y campos amenísimos que se extienden a lo lejos, principalmente si añades los suburbios, de los cuales gran cantidad está circunvalada y ceñida. Abunda esa región de manadas de ganado caballar y lanar y de cereales indígenas y de los nuestros, de cacería de liebres, de ciervos y de muchas clases de aves, de la mejor carne de cuadrúpedos y de fuentes de aguas limpidísimas y dulcísimas y además no está destituida del todo de pesca palustre. Las fortunas de los ciudadanos son mediocres, porque como carecen de minas de oro y de plata, dedican todo su tiempo al comercio, a la agricultura, al ganado lanar y a otras cosas semejantes; sobre todo los colonos españoles, los que son poco más o menos cien. Preside a los indios un gobernador único de su raza y bajo de él hay dos pretores y ocho tribunales. De éstos se puede apelar a un pretor español elegido por el Virrey mexicano y de éste a la Audiencia de México (?). Hay además un convento único de franciscanos a los que incumbe, por consentimiento del Arzobispo de México, suprema cabeza de esta Iglesia después del pastor romano, el derecho eclesiástico, la administración de los sacramentos, la interpretación del Evangelio, la enseñanza del pueblo (y para decirlo en una palabra), todo lo que se considere necesario para el culto divino y para el estudio de la virtud. Los pueblos y las ciudades de Tetzco, que son numerosos, no es necesario mencionarlos particularmente; se dice que las gentes que se convocan de Tetzco por el Virrey a los cargos públicos, son tantas cuantas eran cuando obedecían al rey tetzcoco. Lo obedecían en verdad todas las que habitan desde el mar septentrional hasta el austral, comprendidas por las partes del Orto y del Ocaso en límites mucho más estrechos. Cuando los mexicanos, que se glorian no menos que los tetzcocoquenses de provenir de los chichimeca, llegaron a estas regiones, los reyes de Tetzco ya habían dilatado en ellas su imperio por todas partes; sin embargo, admitieron dentro del lago a los mexicanos y entraron en amistad con ellos; pero éstos en verdad se mostraron tales y tan hábiles para dirigir en la guerra y en la paz, que en breve conquistaron suprema dirección de los asuntos, y el imperio arrancado a los demás. Llegaron a tanta grandeza de fortuna, que por consentimiento de toda la tetrarquía o del triunvirato, fue pactado que cuantas veces tuviese que hacerse la guerra en contra de las naciones no sometidas aún al yugo, se hiciese igualmente por todos y que a todos correspondiera la gloria de la victoria y se considerara que el trofeo había sido alcanzado por todos; que los despojos obtenidos y los tributos que tendrían que ser pagados después, se distribuyeran entre todos pro rata de los gastos de cada uno, pero que la jurisdicción y el imperio pertenecieran al solo rey mexicano. Esa gente al principio obedecía a jefes, pero desde trescientos años antes de esta época empezó a ser gobernada por reyes. El primero de todos éstos fue Tlaltecatzin, llamado señor de los chichimeca, quien tuvo en su poder la sede regia ochenta días no más. Techotlallatzin, chichimeca, setenta años íntegros; Iztlilxochitl sesenta y cinco; en el tiempo de éstos no encuentro que aconteciese nada digno de recuerdo. Siguió Necahoalcoyotzin, quien reinó setenta y un años; en esta época comenzaron movimientos bélicos, reinando en México Itzcoatzin, se emprendió la guerra en contra de los tepanecas o atzapoltzancenses (sic) y en contra de otras provincias, reinos y ciudades. Y en verdad por su destreza y fuerza fue restituido el reino tetzcocoquense y arrancado de manos de los tiranos, por lo que fue llamado aculhuacanense, que quiere decir del brazo (como ellos dicen) guerrero [o del guerrero]. Porque cuando los reyes atzapoltzancenses derrotaron a los señores de los acolmanenses, coatlichanenses y aculhuacanenses y después de mucho tiempo mataron al padre de Necahualquecoyotzin (sic) y al hijo, niño todavía de tierna

edad lo expulsaron del límite de su imperio y arrojaron a los mexicanos y tlacupanos y los despojaron de las ciudades patrias circunvecinas, Necahualcoyotzin se echó sobre ellos con tanta fuerza e ímpetu, con las cohortes del reino paterno, de los mexicanos y tlacopanenses, que los venció y mató y después sujetó a los tetzcocuenses, libertó a los mexicanos de la tiranía y entregó el reino atzcapoltzacense a los tlacopanenses. A pesar de esto los reyes mexicanos que siguieron, olvidados del beneficio recibido, con los tlacopanenses. A pesar de esto los reyes mexicanos que siguieron, olvidados del beneficio recibido, con los tlacopanenses que cargaron con la nota de no pequeña ingratitud, declararon la guerra a los tetzcocuenses, y derrotados, obligaron a que se aliasen con los mexicanos, estuvieran sujetos a su imperio y no sin desdoro admitieran las leyes de las que hablé no ha mucho (?), a los que poco antes erguían la cabeza sobre todos y eran supremos entre los pueblos limítrofes.

CAPITULO XIII

De los otros reyes de Tetzco y de otras cosas pertenecientes a la ciudad tetzcocuense

Este mismo rey de Tetzco erigió dos palacios reales de los cuales quedan hoy vestigios. Uno de ellos dentro de la ciudad y junto a la plaza donde se celebran los mercados que acostumbran los indios semanariamente. Era éste admirable por la amplitud de las aulas, por el número (como indican las ruinas y vestigios de los antiguos edificios) de los patios y arquivadas; por la firmeza de la obra, por lo grande de las columnas y vigas, por la consistencia, esplendor y duración de los pavimentos de cal y piedra tezontli y además por los terraplenes y fosos revestidos de una y otra parte de piedra y para mayor solidez contruidos en talud. Sobre esto, en gracia de la salubridad de las casas no sólo de los reyes sino de los príncipes y de los varones, se acostumbraba construir las de piedras con juntas apenas perceptibles, esculturas artísticas y de guijarros de varias formas a la fábrica amplia y muy bien fortificada con árboles y selvas ceñidas al muro (?). El otro palacio quiso edificarlo en la ladera del monte Tetzcotonci, lugar a cuatro millas de Tetzco, en muchas cosas semejantes al precedente, pero digno de verse por dos mil o más escalones de piedra (por los que asciende a cada piso), además de la altura de la colina, de los cuales a menudo hasta cuarenta se ven tallados en una sola roca viva (tan abundante fue la obra de mano de los indígenas) y conspicuo por la gratísima variedad de las salas, de las plantas que nacían espontáneamente, de las cascadas de agua conducida por acueductos. Y aún quedan vestigios el día de hoy de otro construido para un hijo suyo, habilísimo (según dicen) en las cosas de la guerra y fortísimo jefe de ejércitos y, por consiguiente, más que lo que se pueda decir, caro al padre. Quien, sin embargo (para decirlo rápidamente) por sospecha del crimen nefando con el que había rumor de que estaba manchado, mandó que en justicia fuera quemado aquel que, excepto por esto único, era eximio y recomendable. Su estatua, su escudo, banderas, trompetas, flautas, armas y otros ornamentos que acostumbraba usar tanto en la guerra como en los bailes públicos y que encontramos preservados con grandísimo respeto religioso, con el atabal con el que daba la señal de la acometida cuantas veces había que arrojarse sobre el enemigo, o tocaba retirada, he tenido cuidado de que fueran pintados para poner hasta donde yo pueda ante los ojos de nuestros hombres, las cosas pasadas y para que aquellos

a quienes no ha sido dado ver gentes tan distantes, las conozcan en lo posible. Lo mismo nos preocuparemos de hacer en el caso de Neçaoalpitzintli que después de aquél, reinó cincuenta y tres años y de quien quedan todavía dos palacios reales, uno donde hoy está el convento y el otro donde dictamos esto, y espero que el lector no considere pesado el que ahora le describa un poco más por extenso.

CAPITULO XIV

De otras cosas que realzan el ornamento de la ciudad tetzcocana

Es en verdad el más noble y más reciente y más famoso por su artística estructura; en el cual, además de un añoso abeto en medio de uno de los patios, verde aún después de setecientos años y que apenas pueden rodear siete hombres con los brazos extendidos; además de los laberintos inextricables de las calles superiores y de las encrucijadas subterráneas en las que el rey cuando le venía en mente o juzgaba que convenía, se escondía y ocultaba o remaba en chalupas por ciertas galerías y túneles ocultos, sin que nadie lo pudiera ver hasta el lago mexicano, distante casi una milla de su ciudad; además del número increíble de huertos y vergeles y de la variedad de aviarios de muchas clases, jaulas de fieras, piscinas, bóvedas de piedra; además de multiformes canales cuyas esculturas en piedra podían envidiarlas el oro y la plata y aun las mismas gemas; además de las construcciones y mamposterías de piedras y guijarros toscos y desiguales, acomodados con artificio admirable, divididos y separados, pero de tal manera unidos con sábulo y cal, con ligeras depresiones, aplanados y grietas de la mezcla gratas a la vista, que presentaban un espectáculo firme y al mismo tiempo hermoso a los ojos de los transeúntes; además, digo, de todas estas cosas y de otras que apenas pueden alabarse dignamente, se ve algo admirable: veinte o más piedras de grandísimo tamaño, de las cuales muchas son del grosor de cuatro bueyes, embutidas en el piso (?) y estoy suficientemente persuadido de que para levantar una de ellas, apenas bastarían cincuenta mil hombres con tanta penuria de maquinaria. Y no eran para otro uso más que para que las avecillas que acostumbraban espontáneamente revolotear por los palacios y huertos reales, tuvieren licor preparado para saciar libremente su sed, bebiendo las lluvias recogidas, o para acogerse a algunas pequeñas fosas clavadas por la propia naturaleza de las piedras y así halagaran con sus gratísimos cantos los oídos de los presentes. En esta época se hicieron tantas guerras y se sujetaron tantas provincias, que en breve se dilató el imperio del mar septentrional al austral. Y en la época también de estos dos reyes postremos, los tlaxcalteca y los hoexincenses hicieron la guerra al rey tetzcocano y al mexicano, a los cuales [mexicanos], a pesar de ser enemigos temidos y odiados, cuando huyendo de los tlaxcaltecas, se refugiaron en Tetzco en busca de auxilio y protección, Neçahoalcoyotzin poco antes les había recibido y protegido. Pero ¿por qué paso en silencio los hechos heroicos y humanos de este varón? Durante los años estériles, valiéndose de cualquier ocasión, para que no se resintieran, repartía la anona oculta y conservada desde mucho antes de su reinado. Por aquellos mismo tiempos comenzó a aparecer aquel conocidísimo esplendor casi una noche tras otra durante el espacio de cuatro años completos: empezó el año chichimetecpatl y desapareció en el año matlactlocetecpatl. También en ese tiempo en no pocos lugares se derrumbaron las

cumbres de algunas montañas; algunas colinas se hundieron espontáneamente y fueron arrancadas de su sitio como por milagro piedras de inmensa mole. Se vio extinguirse [el resplandor] completamente cuatro años antes de la llegada de los españoles, y en este mismo tiempo ese príncipe se partió de los vivos. Tuvo cuatrocientas concubinas, de las cuales, según he oído, recibió trescientos cincuenta y cinco hijos. Cuando ya estaba cerca de la muerte, exhortó a sus súbditos para que no resistiesen a la gente que venía de longinuas regiones, por muy presto que llegara, y que no se esforzaran inútilmente en contra del hado, sino que cedieran. El sexto se llamó Cacamatzin, tiránicamente llevado al suelo [solio?] regio por el rey Motecçuma, que pospuso al hermano mayor y más honrado, a quien por naturaleza y por su valor y méritos, pertenecía el reino. Cacama reinó cuatro años. Bajo su imperio, los españoles, con el auspicio y providencia de los dioses, llegaron a estas regiones en sus flotas y a tan larga distancia del suelo paterno, sometieron en breve tantos millares de hombres, de pueblos y de ciudades a Carlos César y a sus descendientes, porque atemorizados aquellos por la artillería, los caballos, la pericia militar, los atabales, las armaduras y las armas de brillante acero, y completamente imperitos e ignaros, se juzgaron impares para conjurar y refrenar tanto daño como venía sobre el género humano. Llamado [Cacama] por el mismo Motecçuma por quien había sido alzado al imperio, Cortés lo puso en la cárcel, porque se había indignado en contra del rey de los mexicanos y por medio de sus enviados, criticaba con discursos su incipiente amistad con el jefe español y que tolerara con ecuanimidad la violencia y la injuria que se le hacían y porque [Cacama] amenazara vehementemente a los españoles. El séptimo, puesto en el trono por Cortés, se llamaba Tecocoltzin, quien reinó cuando tenía las riendas del imperio mexicano por la miserable muerte de Motecçuma, Quauhtimotzin. Este, ausente Cortés, que había ido a pedir refuerzos a los tlaxcalteca, fue muerto por su hermano Coanacotzin, al que pueden considerar como octavo; al cual, a quien Cortés hizo prisionero cuando volvió, siguió el noveno, Hernando, y a éste Ixtlilxochitl, que aun cuando reinó ocho años completos, siguió siempre las armas vencedoras de Cortés y quien en medio de los vencedores, no despreció su rudo vestido, casi no usado por ninguna gente, y llegó hasta el fin de su vida sin mudarlo por el español. Este, en mi opinión, no debe de pasarse en silencio, por más que omita los otros, los cuales ya brillando en estas playas el astro cesáreo, alguien llama con más propiedad Gobernadores que reyes. Pero vamos a lo que falta. Los señores de Tetzco erigieron muchos templos en los cuales acostumbraban venerar a los dioses de los mexicanos y principalmente a Titlacoa, Quetzalcoatl y Hoitzilopuchtli, los cuales consta entre ellos que fueron hombres, pero héroes y como semillero de dioses y fuerza inmortal. Pero antes de la llegada de los mexicanos, sólo consideraban como númenes el sol y la tierra. Uno [de los templos] era el mayor de todos; construido a una altura de seiscientos codos y de una maravillosa amplitud, desde su último piso (tanta era su altura), parecía a los espectadores que la Ciudad de México yacía muy cerca a sus pies. Ahí se rendían honores sumos a Huitzilopuchtli. Todavía quedan hoy en día vestigios, y gran copia de ladrillos crudos dispuestos en murallas de mayor a menor, adonde hacían sacrificios a Ecatl, dios de los vientos, ¿porque, en qué cosa no estaba persuadida que había un numen esa estupidísima raza de hombres, según la costumbre de los paganos? ¿Qué diré de la casa de Motecçuma, o del llamado Cuicacalli donde los niños de los tetzcoquenses se ejercitaban en bailes y cantos compuestos en honor de los dioses, de los reyes y de los héroes, en los que se contaban sus hazañas, y que ahora se usa como cárcel

y de otras muchas que apenas podían ser alabadas como lo merecen por varones muy sabios? Las vestiduras de las mujeres y de los hombres eran semejantes a aquellas que usaban los mexicanos, a pesar de que las mujeres cubrieran en cueitl con un género de manto que se llamaba quezquemitl, tejido de hilos brillantísimos de algodón y los varones sólo blancos y sin ningún color, en contra de la costumbre de sus colindantes. Los sacrificios también y las inmoluciones de hombres eran casi los mismos, a pesar de que se sacrificaba un número mucho menor de enemigos, de esclavos o de comprados para este objeto, que en México. Porque entre éstos cada año perecían con los corazones arrancados en honor de los dioses, más de mil quinientos hombres y entre los tetzcoquenses se acostumbraba inmolar apenas trescientos. Este rito execrable nació de su cobardía y vergonzosa timidez, porque en manera alguna se atrevían a tener dentro de sus murallas y hogares a los prisioneros de guerra, o por esta otra razón: la de comer carne humana; cien años ha un hambre acerba los obligó, para no perecer, a comer carne de hombres sacrificados. No tenían ningunas instituciones legales ni jurídicas diferentes de los mexicanos; había en verdad pretores y tribunos de la plebe, de quienes podía apelarse a los senadores y al rey si fuese necesario o al triunvirato o consejo (así parece bien llamar al consejo de los tres reyes amigos y confederados), cuando ocurría algo que necesitara mayor examen o consulta. Por las mismas causas se ejecutaba a los reos, y no me parece que debe omitirse que procedían tan severamente en contra de los ladrones, que por una sola espiga de tlaolli robada, eran castigados con la pena capital y los adúlteros también, principalmente cuando maculaban la regia majestad, a tal grado, que un rey tezcoquense, poco antes de que las armas españoles penetraran en estas regiones, no sólo mandase matar a su mujer, sino a cuatrocientos otros varones y mujeres que se encontraron complicados, aunque en mínima parte, en este crimen; lo cual ocasionó tanto terror a todo, que estando en esas casas abiertas (porque en verdad no conocían el uso de las puertas antes de la llegada de los españoles), acostadas las mujeres y tiradas por todos lados cosas preciosísimas, ninguna llegó a ser violada por fuerza y ninguna cosa fue robada a hurtadillas. Pero declaremos ya el principio de los mexicanos, según las opiniones de algunos.

CAPITULO XV

Del principio de los mexicanos

Los mexicanos salieron, según nos enteramos por sus jeroglíficos, de la ciudad de Chicomuztotl, y tuvieron por padre a Ystac Mixcoatl, quien según se dice tuvo dos mujeres, de una de las cuales llamada Tlancueitl, tuvo seis hijos, a saber: Xelqua, Tenuch, Ulmecatl, Sicalancatl, Mitecatl y Otomitl. De la otra tuvo a Quetzalcoatl, a quien después se hicieron honores divinos. Es fama que Xelqua, el mayor de todos, fundó Quauhquechullan, Ytzocan, Epatlan, Teuhpantlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutitlan y muchas otras ciudades, pero Tenuch fundó a Tenuchtitlan, por quien la primera gente, dicen, fue llamada Tenuchca y después mexicana. De este varón, otros muchos muy eximios derivaron su origen y su prole dominó casi toda la Nueva España, porque sometió a su imperio toda su raza y puso bajo su yugo otras innumerables naciones. Umecatl (sic) construyó muchas ciudades hacia aquella parte donde está edificada la

ciudad de los Ángeles; éstos son los nombres de algunas: Totomisacan, Ucilapan, Cuetlaxcoapan, y de la misma manera casi infinitas otras. Xicalancatl llegó más lejos, hasta el mar septentrional, y cerca del litoral edificó nobles ciudades de las cuales a dos puso por nombre Xicalanco, una en la provincia de los Maxcalçinça, no lejos del lugar donde está la que ahora llamamos Veracruz, y Xicalanco, cerca de Tauasco, ciudad amplia y opulenta, noble y frecuentada por el comercio. Mixtecatl siguió su camino hacia el Océano Austral, donde construyó Tututepec y Acatlan. Otomitl a su vez se dirigió a los montes circunvecinos de la ciudad mexicana y fundó muchas colonias, pero principalmente Xilotepec, Tulla y Otumpa. Esta es la gente más numerosa en Anáhuac, la que además de diferir en el idioma, también usa los cabellos cortados. Quetzalcoatl edificó o instauró Tlaxcalla, Huexocinco, Chulullan y otras muchas ciudades. Fue (según dicen) varón honesto, temperante y sumamente religioso. Vivió casto y continente, domada la carne por ayunos y azotes, y, para decirlo en suma, llevó una vida acerba e inocente. Promulgó leyes consentaneas a la naturaleza misma y recomendó a todos el estudio de la virtud, llevando él mismo una vida honestísima y ejerciendo las buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que no se acostumbraba para nada en aquel tiempo y ni siquiera era conocido de nombre; primero que todos, para aplacar a los dioses y para reprimir los propios afectos, derramó sangre, pero no de hombres matados, sino punzando algunas partes de su cuerpo, principalmente las orejas y la lengua, como castigos contra el vicio de la mentira y de oír cosas poco decentes, a lo cual son estas gentes propensísimas por naturaleza. Los indios creen que no murió, sino que desapareció en la provincia de Coatzacoalco junto al mar, y esto lo dicen tanto los que creen que es verdad, como los que ocultan que haya muerto el dios del aire. Lo adoran y lo veneran como numen los tlaxcalteca, cholullenses y las otras gentes cuyas ciudades edificó, y hacen todos los años en su honor innumerables sacrificios. Ahora parece conveniente hablar de los reyes mexicanos.

CAPITULO XVI

De los reyes mexicanos

El primero, pues, de los señores de los chichimeca que llegó a estas regiones se llamaba Totopeuh. El segundo, hijo suyo, Topil, que a los veinte años de su edad reinó otros cincuenta. Cuando éste murió quedaron sin jefe ciento diez años. Siguiéron dos varones de los cuales Hoemac, con otros que siguieron su partido, conquistó a Tulla y después se fue a otras partes. Nahuioztin con sus compañeros se dirigió a la laguna; a éste sucedió Quauhtexpetlat, a éste Hoecin, a éste Nohoalcatl, a éste Achitometl, a éste Quauhtonat, en el décimo año de cuyo reinado llegaron los mexicanos a Chapultepec. Siguió Maçaçin, a éste Queça, a éste Chalchiuhtona, a éste Quauhtlix, después Yoalatonac, después Ciuhtetl, en el tercer año de cuyo imperio penetraron los mexicanos en aquellas regiones que ahora ocupan. Siguió Xihoiltemoc, a éste Cuxcux y a éste Acamapichtli. En el sexto año de su imperio fue asesinado con sus hijos por Achitometl, pero Illancueitl, reina o nodriza del niño, huyó con el heredero Acamapichtzin a la ciudad de Coatlichan. Achitometl después de que imperó doce años, se refugió en lugares montañosos para que no lo mataran los suyos. Debido a su fuga o a sus atrocidades, la ciudad calhuacanense fue enteramente

destruida y en ella por falta de rey gobernaron esa región los atzcapotzalcenses, los quauhnhuaca, los chalca y los huexotzinca. Durante aquel tiempo Acamapich gobernó el imperio mexicano tranquilamente veintiún años. Después de éste, Hoitziloitl otros tantos, e hizo la guerra a los culhuacanenses. Siguió Chimalpopoca y reinó diez. Después Itzcoatzin, catorce, quien aliado a los tetzcoquenses y tlacopanenses venció a los atzcapoltzancenses y a los xochimilcenses. Después Hoehoe Motecçuma, treinta; llevó la guerra a los chalcenses, quauhnhuacenses y a los maçahoacanenses. En ese tiempo y por espacio de tres años prevaleció el hambre, obligados por cuya crueldad los mexicanos, tepanecas y calhuacanenses se dispersaron en varias regiones con el objeto de buscar cereales. En sexto lugar después de Acamapich, reinó Axayaca catorce años, en cuya época hubo guerra entre los tenuchtitlanenses y tlatelulcenses, quienes vencidos perdieron el imperio y se quedaron sin rey durante un intervalo de cuarenta y seis años. Aquel en cuyo tiempo concluyó ese imperio se llamaba Mocuhoitzli. El sobredicho Axayaca conquistó Tlacotepec, Callimaya, Metepec, Calliztlaoca, Hecatepec, Teuhtenanco, Malinaltenanco, Tzinacantepac (sic), Coatepec, Cuitlapilco, Teuhxahoalco, Tocoalloya y Ocuilla. Tiçoçicatzin, octavo (sic por sétimo), tuvo a su cargo el poder cuatro años y no hizo la guerra a ninguna nación. Aoitzotl, noveno (sic por octavo) dieciocho, en cuya época se anegó la ciudad mexicana y casi fue sumergida, porque por mandato real fueron abiertas cinco fuentes en los términos de Cuyuacan y Hoitzilopochco cuyos nombres eran Acuecucatl, Tlillotl, Hoitzilatl, Xochoaatl y Coaatl. Esto pasó cuatro años antes de su muerte y veintidós antes de la llegada de los españoles a estas playas. También en su época se eclipsó el sol a mediodía; por espacio de cerca de cinco horas se cubrió de tinieblas el cielo y, como suele acontecer de noche, aparecieron los astros, no sin miedo de esas gentes que temían vehementísimamente (tal es su ignorancia) que habían de bajar del cielo los monstruos que llaman tzitzimis para devorar al género humano. El mismo rey conquistó las provincias de Tziuhcoac, Molanco, Tlapan, Chiapan, Xaltepec, Tzontlan, Xochtlan, Amextlan, Mapachtepec, Xoconochco, Ayutlan, Maçatlan y Coyoacan. El noveno, Motecçuma, segundo de este nombre, retuvo el imperio diez y nueve años; en su época se desencadenó un hambre cruel durante tres años íntegros constantemente, no sin gran aridez de la tierra y esterilidad de todas las cosas y la lluvia fue muy deseada; por lo que los mexicanos se esparcieron por playas extranjeras. Hubo otros acontecimientos monstruosos, prenuncios de la llegada de los españoles y de que el imperio les sería transferido, como los mismos mexicanos lo creían, los cuales paso, porque o serán referidos en nuestra relación de la conquista o porque parecen increíbles, y no conviene a nuestro proyecto narrar tales cosas, sino las costumbres, ritos y hazañas que generalmente se conservan en la memoria de los que viven, ¿por que quién creerá en verdad que prorrumpieran las vigas en voces humanas y se quejaban de las calamidades futuras y que la diosa Çihoacatl se presentase a muchos de noche, llorando y prorrumpiendo en estas palabras: "¡Oh mísera de mí, qué pronto os desampararé, hijos carísimos!" ¿Y que una mujer muerta resucitase después de cuatro días, no sin gran temor de los presentes, y refiriese a Motecçuma todo lo que había visto, y le predijera la ruina de su imperio en breve, y que llegarían varones de naciones extranjeras que se apoderarían de estas regiones y traerían colonias? ¿Y que después viviera veinte años y pariera un hijo? Se dice que Motecçuma conquistó Ayotatepec, Cuezcoma, Iztlaoacan, Cozoman, Tecoma, Çacatepec, Tlachquiauhco, Yolloxonequilan, Atepec, Mictlan, Tlapan, Nopalan, Yzcectlallopán, Quxetlan, Quetzaltepec, Auchioatl, y Tatalacan. En la

época del mismo apareció aquel cometa del que se dirá algo en la conquista de Nueva España, la que fue llevada a cabo por los españoles en el año del nacimiento de Cristo Óptimo Máximo M.D.xij. El décimo rey que sucedió al difunto Motecçuma, Cuitlaoac, sólo reinó ochenta días, porque en aquel tiempo la epidemia llamada por los mexicanos cocoliztli asoló de tal manera esas provincias y se ensañó tanto, que apenas quedó quien enterrase los cadáveres y el lago de México hizo veces de sepultura. El undécimo se llamó Quauhtemoc y reinó cuatro años sobre los mexicanos, y fue el último en reinar porque en ese tiempo fue ganada la ciudad mexicana y otras provincias de esta Nueva España, a las cuales entonces llegaron aquellos doce frailes franciscanos que los primeros de todos enseñaron el Evangelio a estas gentes con gran cura y diligencia, con la santidad de su vida y pláticas públicas. Pero ya conviene hablar de los reyes de Tlatelolco.

CAPITULO XVII

De los reyes de Tlatelolco

La ciudad, pues, está dividida de la manera que dije antes en dos partes, de las cuales una se llama Tenuchtitlan y Tlatelulco la otra, las que hoy en día llamamos México y Santiago. Ya listamos los reyes de la primera y ahora reseñaremos los de la segunda. Por causa de matrimonios Tlatelolco se separó del rey mexicano, aun cuando hay quien asegura que obedecía a jefes diferentes desde su misma fundación. El primer rey de Tlatelulco conocido por los monumentos de los mexicanos y llamado Quaquapitzahoac, reinó sesenta y dos años; derrotó a los tenayucenses, coacalcenses y xaltocanenses y vivió en el mismo tiempo que Acamapichtli y Hoitzihotl; el segundo, Tlacateotl, reinó en Tlatelulco treinta y ocho años y en su época fueron conquistados los culhuacanenses y coyoacatlenses. El tercero, Quauhtlatoatzin, treinta y ocho; tuvo por coetáneos a dos reyes de Tenuchtitlan, Itzcoatl y Hoehoe Motecçuma. En su tiempo fueron conquistadas las provincias de Atzcapotzalco y Coayxtlaoacán, Cuexitlan, Quauhtintian, los xochimilcenses y los qauhnahuacenses. Cuarto, Moquiztli, reinó nueve años y en su tiempo el imperio de Tlatelolco volvió a los reyes mexicanos por contenciones a causa de su mujer, nacidas entre él y su cuñado el rey de Tenuchtitlan, Axayaca. Vencido por fin éste, se precipitó por las escaleras abajo de lo más alto del templo, porque de otra manera no hubiera podido evadirse de las manos, y así concluyó su vida con este género de muerte tan miserable y tan lúgubre. A los demás que, ya reducida la ciudad mexicana a la jurisdicción de los españoles, gobernaron Tlatelulco en nombre del César, así como a los de Tenuchtitlan, no creo necesario nombrarlos, y por consiguiente me aplico a exponer los augurios de los mexicanos.

CAPITULO XVIII

De la fiesta de Quetzalcoatl

Era en otro tiempo la ciudad de Cholula como el sagrario de toda Nueva España, como otra Roma, a la cual por devoción venían muchos de regiones apartadísimas. Dicen que

era notable por trescientos templos (cuando florecía el culto de los ídolos), más aún (según atestiguan otros), había tantos cuantos días tiene el año. El mayor de todos de los erigidos en esta Nueva España, era el que empezaron a construir en honor de Quetzalcoatl. Se cuenta que por aquel tiempo los cholulenses estaban decididos a levantarlo hasta la altura de la montaña llamada Tlachioaltépetl, la que casi tocaba al cielo, o de otra, que por las nieves con las que brilla perpetuamente, llaman el Monte Blanco, porque querían que el altar y el ídolo (puesto que ese demonio se llamaba dios del aire) llegaran hasta las nubes. Fue motivo de que esa portentosa y vasta maquina que ya casi tocaba al cielo, no fuese rematada hasta lo más alto, una fortísima tempestad (según ellos mismos atestiguan), acompañada de truenos y rayos, pero principalmente de uno más grande que todos, que imitaba la forma de rana venenosa (rubeta). Por estos agujeros se supo y conoció que a los otros dioses desagradaba esa fábrica y no consideraban con buen ánimo que este solo templo superase por la altura y magnificencia a todos los demás. La obra quedó interrumpida sin acabar lo comenzado, ya de inmensa magnitud. Después pusieron en el número de los dioses a las ranas venenosas. Celebran allí cada cuarto año la mayor de sus fiestas en honor de Quetzalcoatl. Ayuna el gran Achcauhtli cuatro días, comiendo una sola vez al día tortillas corrientes y bebiendo sólo agua; orando sin cesar y con la piel perforada por todas partes y chorreando mucha sangre. Sigue un ayuno de ochenta días antes de la fiesta de los Tlamacazque o sacerdotes de los dioses. Se reúnen en el aula del patio, llevando carbones encendidos e incienso de la tierra, pencas y púas de maguey y tizne negro u hollín. Se sientan por orden en esteras recargados contra la pared, según su costumbre, y no se levantan a no ser para exonerar el vientre o para orinar. Se abstienen de sal y de chile y no ven ninguna mujer durante los primeros sesenta días, tan distantes están así de darse a las cosas de Venus. Sólo las dos primeras horas de la noche daban al sueño y otras tantas de las últimas, y el resto del tiempo lo pasaban postrados en oración, quemando incienso, o en los baños cuando había cerrado la noche, con efusión de sangre de varias partes del cuerpo y untándolo con tizne. Durante los últimos veinte días se les aumentaba poco a poco la comida y ya no era tan exigua la señalada. Adornaban la estatua de Quetzalcoatl, o su ídolo, de riquísimos y muy hermosos ornamentos, entretejidos de oro, plata, piedras preciosas y plumas de varios colores. Por devoción al dios concurrían algunos sacerdotes de Texcalla vestidos con las vestiduras de Camaxtle. La última noche ofrecían collares y coronas entretejidas de maíz y otras diferentes yerbas perfumadas y hermosas. Añadían papiro que consideraban especialmente grato a los dioses, y montones de codornices, conejos y liebres. Cuando ya celebraban la fiesta misma, se vestían temprano por la mañana de vestes preciosas e inmolaban unos cuantos hombres. Porque aun cuando pocos murieran entonces porque el mismo Quetzalcoatl siempre vedó esta clase de carnicería, y a pesar de que fuera como el institutor de aquella gente e instaurador de la religión de los indios y su inventor, no se abstenían por completo de matanza, ni perdonaban a los que debían ser inmolados.

CAPITULO XIX

De los cinco soles o edades

Los culhuacaneses confiesan que los dioses crearon el mundo; no saben decir por qué

razón, pero creen firmemente que después de su principio perecieron cuatro soles, fuera del que ahora rige e ilumina el orbe. Y así dicen que el primer sol se perdió por agua, en la que sumergidos y ahogados habían muerto todos los animales. El segundo por la caída del cielo, por lo cual dicen que los hombres y todo lo que entonces vivía, pereció. Creen firmemente que en ese tiempo habitaban la tierra gigantes, de los cuales quedan hoy huellas y huesos tan grandes que de ellos pueda conjeturarse que su altura era mayor de quince pies. Dicen que el tercer sol se consumió por el fuego y que en aquel tiempo se incendió el universo y toda la gente y todos los animales ardieron. Añaden que el cuarto sol pereció por la fuerza de los vientos y de las tempestades, que en aquel tiempo soplaron con tal ímpetu y violencia que arrancaron los edificios de los cimientos y no perdonaron las estructuras más firmes y despedazaron rocas y otras cosas consideradas inmóviles, las volcaron y devastaron completamente; quedaron sólo los hombres, pero convertidos en monas y cercopitecos. El quinto sol que ahora alumbraba al mundo, no saben cómo perecerá, pero dicen que cuando desapareció el cuarto sol, las tinieblas cubrieron el universo mundo y persistieron sobre su faz durante veinticinco años continuos; en el décimo quinto fue generado un varón y en seguida una mujer que le dio hijos y después de otros diez años apareció el sol engendrado en día de conejo [dasípodo], llamado tochtli en la lengua patria. Por lo cual traen el cómputo de sus años desde ese día y figura, y por consiguiente para los que contaban desde ese tiempo hasta el año de milésimo, quincuagésimo, septuagésimo cuarto [1574] su postremo sol había cumplido ochocientos ochenta. De todo lo cual consta que desde hace muchos años usaban jeroglíficos. Y no sólo los usaban desde tochtli, que es el principio del primer año, mes y día del quinto sol, sino que también los usaban en vida de los cuatro soles, pero prudentemente permitían que lo acontecido se olvidara, juzgando que cosas también nuevas deberían seguir el nuevo sol. Cuentan además que tres días después de nacido este quinto sol, murieron todos los dioses, de donde es lícito juzgar, por la propia declaración de ellos, cuáles serían estos dioses que veneraban y de qué manera, corriendo el tiempo, nacieron.

CAPITULO XX

De la escritura mexicana, de la numeración y de los meses

Usan en lugar de letras según la costumbre de los egipcios, imágenes semejantes a las cosas que quieren indicar y las pintan en papel preparado de la corteza de algunos árboles, como lo hemos mostrado en otra parte. Las esculpen también en piedra, bronce, cuero, y en las paredes, y las entretejen en los ropajes. Las caras de los libros y de los volúmenes se plegaban una sobre otra y se doblaban como ropa, de los que hoy en día quedan no pocos. Carecen de la pronunciación de algunas de nuestras letras, las cuales hoy tampoco usamos al hablar, o al escribir con nuestros caracteres. Estas son B, D, F, G, H, R, S, y también L, pero ésta sólo al principio de dicción. Hablo únicamente de la lengua mexicana, porque hay otras en Nueva España sujetas a diferentes reglas de las cuales quizá trataremos alguna vez si disponemos de más ratos de ocio. Apenas en verdad hay provincia a quien no haya tocado su lengua propia y peculiar, aun cuando a poca distancia de las otras. De todas, sin embargo, la mejor y la más común y de la que se sirve

en su mayor parte el comercio de la gente de la Nueva España, es la mexicana, en la cual (y dejó a los gramáticos de esa lengua el enseñarlo) [encontramos] varios modos de numerar los meses, los años y otras cosas; composición feliz y fecunda de las dicciones y en esto no cede a la lengua griega; inflexiones verbales usadas no de un solo modo para los varones y para las mujeres, como acostumbra los hebreos, y nombres de las fiestas de los años y de los meses. Parece admirable que entre gentes tan incultas y bárbaras, apenas se encuentre una palabra impuesta inconsideradamente al significado y sin ethimo [etimología], sino que casi todas fueron adaptadas a las cosas con tanto tino y prudencia, que oído sólo el nombre, suelen llegar a las naturalezas que eran de saberse o investigarse de las cosas significadas.

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

De los dioses mexicanos

Esa gente perdida y miserablemente burlada por las artes de Satanás, veneraba a muchos y varios dioses, pero aun cuando confesaban que eran muy numerosos, opinaban que el único que carecía de cuerpo era Tezcatlipoca, que también llamaban Titlacoan, omnipotente, creador de todas las cosas y gobernador de ellas, por lo cual le habían puesto a los ojos de su estatua lo que llamaban Miradero, para significar con ello que nada le estaba oculto. Acostumbraban rogarle bajo muchísimos nombres y le atribuían la sabiduría y la suma belleza y la felicidad perfecta consumada en todas partes. Decían que era dispensador y autor según su arbitrio de las cosas necesarias para pasar felizmente la vida y, por el contrario, también autor de todo mal. Era además escrutador y conocedor del corazón humano. Hablábanle muy a menudo, y no faltan quienes atestigüen que a veces aparece en forma aérea y bajo la apariencia de nube y a veces como figura tenebrosa y de torbellino, pero siempre se oculta a la mirada humana y nunca se presentará a los ojos de mortal alguno de modo que pueda verse tal cual es. Solían rogarle que los librara de la adversidad, y con más ahínco aún, pedirle que les concediera la dicha y la fortuna. Lo veneraban y rendíanle culto durante todo el curso del año, de preferencia en tronos de piedra y asientos contruidos cerca de las vías públicas y encrucijadas que tapizaban y adornaban con ramas frondosas y perfumadas y esto además de los veinte días de la fiesta de ese dios, consagrados particularmente a él todos los años. ¿Pero qué demencia es ésta, oh mexicanos? ¡Crear que aquel que confesáis omnipotente, necesite de la ayuda de los otros dioses! ¿Y, cuando sois presa de la enfermedad, esperar la salud execrando al primero de ellos y creyendo que así la obtendréis al punto?, y qué diremos de que en otro tiempo fuera mago y de que corría entre vosotros la fama de que había nacido de mortales, y que había sido educado como los otros niños? ¿Acaso vosotros mismos no referís que había hecho muchas cosas ridículas mientras estaba entre los vivos y las cuales no podrían decirse sin rubor?, ¿y que fue hecho dios de hombre mortal, nefario y ridículo, cuando nació el nuevo sol, y no podía ser separado de la luna más que

por la muerte de todos los dioses y que murió como todos los demás?, a pesar de que circuían varias opiniones acerca de su origen, todas ellas pueriles, todos unánimemente aseguráis que nació en algún tiempo y que recibió sus principios de alguien. Pero trataré ya de los dioses vulgares y de orden inferior. De los cuales era considerado mayor Hoitzilopochtli otro Marte de las batallas. Si transmitiera a la posteridad su origen aceptado por las historias de los mexicanos, no sería menos ridículo que aquellos que a este hombre así nacido, reciben y adoran y que han decretado que tantos millares de hombres, en honor y ornamento suyo, sean matados todos los años, perdiendo la vida con la sangre. A otro llamaban Paínal, que era como el sustituto y vicario del anterior y señor de los ejércitos. Estos, por las grandes hazañas llevadas a cabo mientras vivieron, fueron puestos en el número de los dioses. El primero se hizo notable en la guerra y el segundo por su gran velocidad, según proclama la fama. El tercero es Quetzalcóatl, quien mientras la fortuna se mantuvo próspera, fue rey y señor de la celeberrima ciudad de Tula: dicen que condujo en otro tiempo a estas playas cohortes de soldados mexicanos; y llamado por el sol, hasta este día vive incólume en Tlapala, o que volvió a su patria de donde hasta hoy esperan su retorno. Por lo cual consideraron que Cortés era Quetzalcóatl que volvía, cuando por primera vez llegó a estas regiones para reducir las a la jurisdicción cesárea. Además veneraban otros dioses de los cuales unos eran mujeres que por la invención de muchas artes de utilidad y ornamento para la república, habían sido puestas en el número de los dioses. Si esas artes eran comunes a todos, todos sacrificaban a las inventoras, ofreciendo dones en los días festivos del año consagrados a ellas; pero si eran privadas, sólo obligaban a ofrecer obsequios a los peritos en cada arte. Y así los mercaderes veneraban al dios Yyacatecutli, los plateros a Totec, los talladores de piedras a Chicunahoytzcuintli y a Papaloxoal, los pescadores a Opuchtli, pero universalmente todos a Omácatl y a Tetzcantzoncatl, dioses de la comida y del vino. En los templos en los que se manifestaban las estatuas o ídolos, estaban siempre muy limpios y los altares resplandecientes y brillantes, muy bien adornados y cargados de presentes, pero cubrían las paredes con las pieles de los hombres inmolados, rellenas de algodón o con paja de diversas clases, como monumentos del sacrificio ofrecido a los dioses y destrucción y captura de enemigos, y los ídolos y los mismos pavimentos estaban regados y mancillados por sangre humana. El número de los ídolos mexicanos era infinito y de diferentes tamaños; los colocaban en diversos templos y ponían oratorios en todas las malditas moradas. A pesar de que algunos careciesen de nombre propio, se dice que en número de dos mil sobrepujaban a éstos aquellos a quienes ciertas estatuas, oblaciones y nombres eran consagrados. Así Ometochtli, dios del vino, era representado sosteniendo sobre la cabeza un barril, que llenaban de vino cuando celebraban su fiesta, lo cual acontecía a menudo. A la diosa del agua, llamada Matlacuyae, la vestían con una camisa azul del color del agua. En Acapulco veneraban dos dioses que tenían la cabeza cubierta con un gorro muy semejante a los de nuestra gente. Tienen también por dios al sol, al fuego, al agua, y a la tierra, por los beneficios que reciben anualmente de ellos. También, movidos por un temor pueril, al trueno, al relámpago y al rayo. Hay entre otras, algunas criaturas a las cuales creen que se debe adoración por su mansedumbre y a otras porque son feroces y grandes. Veneraban también a las mariposas, langostas, pulgas y mosquitos para que no les fuesen molestos o dañinos a los frutos, y también a las ranas, para que les concediesen una pesca abundante. A pesar de que algunos de los indios más viejos a quienes consulté y pregunté acerca de este asunto, afirmaban que a los más sabios entre

ellos nunca se les había persuadido de que hubiera un numen en esos animales, sin embargo, acostumbraban esculpir en los postes y muros de los templos sus imágenes, para que la fuerza de dios que les era concedida, estuviese delante de los ojos de todos y les produjese terror y espanto. Por mi parte dejo a cada uno conjeturar lo que quiera de entre tanta rudeza e ignorancia de los hombres.

CAPITULO II

De otros dioses y diosas

La mayor de las diosas y madre universal de los dioses era Tlálliyoóllo, bajo cuya protección estaban todos los medicamentos, así como bajo la de Chicomacatl, los mantenimientos, y bajo la de Tzapotzatene el uso de la pez, bitumen, resina y goma. Y para no ser moroso en numerar dioses y diosas de esta ralea, será bastante que diga que se rendía culto por todas partes a dioses y diosas particulares de los fabricantes de esteras, de paños, de cestas, de los salineros, de los pintores, de los escultores, arquitectos médicos, parteros, orfebres de oro y plata, agricultores, tejedores de coronas y collares de flores y de otros artífices semejantes. De estos dioses algunos estaban esculpidos bajo la forma y vestido de mujeres y otros de varones. Y así los de la lluvia, llamados Tlalloques, que habitaban el Paraíso Terrenal, se ponían a la adoración pública adornados con el vestido de sacerdotes y se les hacían por todas partes grandes honores (¡oh dolor!) en gracia de ellos, todos los años se degollaba una gran cantidad de niños, junto a sus templos y en sus altares, porque se les atribuía el dominio sobre las lluvias. Célebre era la diosa del mar, Chalchiutlycue, y también el dios del fuego, esculpido bajo la imagen de un hombre, Xiuhtecutli, que fue siempre sumamente honrado y aplacado todos los días con copal, con los primeros bocados de los manjares y los primeros tragos y la primer bebida se le ofrecían a él mismo para que lo probara, y adornaban los hogares con flores; esto además de que en un día fijado todos los años, se le hacía su solemnidad, pero la más importante era el cuarto año, y la más célebre en el nonagésimo segundo, cuando se encendía el fuego nuevo y entonces se quemaban o degollaban en su honor y reverencia una gran cantidad de esclavos. Y tampoco les faltó su Plutón, o sea el dios del tártaro, llamado Mictlantecutli, ni su Proserpina, cuyo nombre mexicano es Mictecioatl, en las prisiones de los cuales se decía que eran detenidos quienes quiera que bajaban a las sedes infernales muertos por la violencia de aquellas enfermedades que ya dijimos. Veneraban también al sol entre los celícolas principales, bajo el nombre de Quauhleoamitl, y lo representaban en forma humana, con la cabeza adornada por una rueda radiada por todas partes y con rayos que procedían de su faz como iluminando todo, y a pesar de que cierto día del año le estaba consagrado, acostumbraban todos los días sacarse gotas de sangre de varias partes del cuerpo en su honor. Por la mañana miraban a oriente y como que saludaban, diciendo que su labor y trabajo ya había comenzado un sol fúlgido y preclaro, que alegraba todo y lo renovaba con su luz. Discurrían acerca de lo que acontecería a los mortales ese día, o qué éxito les estaría reservado. Al sol poniente se dirigían en otros discursos, como dándole las gracias por el beneficio de la luz, y proclamando que ya había cumplido su tarea esa lámpara esplendentísima del orbe y que ese día lo había consumado y concluido felizmente. Como no tenían averiguadas en lo más mínimo las

causas de eclipse de ese planeta, ni señalado el tiempo cierto de ese fenómeno maravilloso, si acontecía que por la oposición de la luna al sol, la tierra se viera privada de luz, concebían vehemente temor y se admiraban sin medida de la turbación de la luz, del fulgor que languidece y de la apariencia hórrida y lúgubre de todas las cosas, más bien de todo el Universo, cuando se apagaba el planeta que da fuerza vital a todo. Y no sólo se limitaban a admirar, sino que tenían por cierto que durante el eclipse unos demonios atroces que revoloteaban por el aire, bajarían para matar a todos los hombres y para devastar el Universo. ¿Qué diré de los célebres nacimientos del sol y de la luna de dos dioses quemados en una pira y transformados en aquellos dos luminares, o de los mismos planetas que no podían ser separados sin la muerte de todos los dioses y de otras cosas semejantes, que parecen más dignas de risa que de ser contadas? ¿Y qué de que ponían ídolos en todos los lugares altos o en las colinas o en las cimas de los montes, en aquellos sobre todo de los cuales era frecuente que partiera la lluvia, tomados los nombres del sitio mismo ya por la forma de varón, ya por la de mujer; pero, el Texcaltense y los otros brillantes de nieve cualesquiera que fueran, los sacrificadores a quienes estaba eso encomendado los representaban con cara y vestido de mujer, ya sea para ponerlos en las colinas o para que se les reverenciara y conservara en las casas privadas. Y no eran hechas de ninguna otra materia más que de semilla de bledos, llamada por los indígenas con el nombre patrio de tzoalli, y sólo en el día que estaba atribuido y consagrado a estos númenes. En lugar de dientes les ponían a esos ídolos pepitas de calabaza y en lugar de ojos, frijoles grandes, brillantes y negros. Cuando habían concluido de hacerlos les ofrecían varios géneros de alimentos, que eran innumerables en la ciudad. No faltaban otros númenes de los cuales decían que dependían los infortunios y las enfermedades, entre ellos contaban a Cioacoatl, Cioateteuh y otras diosas, las cuales cuando vivían entre los mortales, murieron del primer parto y por eso fueron llevadas al número de los dioses. Decían que estas diosas en días establecidos bajaban a la tierra y contaminaban con mil géneros de enfermedades e infortunios a los mortales que de casualidad topaban con ellas, por consiguiente procuraban aplacarlas y ablandarlas con abundancia de dones y con oratorios erigidos en las encrucijadas. ¿Qué diré de otras cuatro diosas que tenían todas el nombre de Tlacoltehuhtl y a las cuales se decía que correspondían las cosas de Venus y de otros dioses a quienes se les asignaban las homorroides y las enfermedades de las partes vergonzosas y que por esta razón eran obscenos y sucios? ¿Y de Iztliton, de quien creían firmemente que los niños lavados en agua dentro de su templo, escaparían incólumes a todo daño de las enfermedades con las cuales fuesen infestados? ¿O de Xipetotec, de quien creían que tenía a su cargo las enfermedades de los ojos, el gálico, la lepra, el sarpullido y la sarna? ¿O del dios de la tierra a quien llamaban vulgarmente Tlaltecutli? ¿Y qué de que creían que había un numen en muchos géneros de estrellas (de lo cual ya dijimos bastante) a las cuales acostumbraban a venerar por varias causas, pero principalmente a las que salían con el sol? Y así veneraban a esta y a otras innúmeras cohortes de dioses (las cuales, porque sería molesto si las refiriera con detalle, paso en silencio) y con gran afán y solicitud incansable, persistían de noche y de día en muchos servicios a los que se creían obligados; les ofrecían incienso y rociaban a los dioses con sangre, que manaba del cuerpo herido por todas partes. Cumplen con estos deberes los sacerdotes en los templos públicos, llamados teuhcalli, los demás en sus propios domicilios privados. Y así cuando despertaban por primera vez, tenían por costumbre bañarse aun durante el invierno por

frío y húmedo que fuese. Después atravesadas con cuchillos de piedra, la cual llaman Iztli, ofrecían sangre de las orejas a los dioses lares no sin sahumerios, principalmente de incienso patrio echado en el fuego y humeante. Y también despertaban en cuanto salía el sol a los criados y a toda la familia para que se dedicaran a lo mismo y que ofrecieran a los dioses celestiales igual obediencia. Ni siquiera eximían a los niños de tres o cuatro años, sino al contrario, les hacían poner por su mano dones sobre los altares, para que se acostumbraran a las oblaciones. Y como lloraban y aturdían con sus gemidos por haber sido despertados intempestivamente de su plácido sueño, tan conveniente en esa edad, los padres se llenaban de alegría, estimando que mientras mayores fuesen los berridos, mayores gracias se daban a los dioses por los beneficios recibidos.

CAPITULO III

Opinión de los mexicanos acerca del origen del mundo, del premio a las buenas obras y de otras cosas

Gran parte de esa gente estaba del todo persuadida de que el mundo había carecido de principio y que sin embargo tendría fin, pero cuáles hubiesen sido sus primeros elementos y cuándo o de qué manera perecería, no sabían decirlo. No faltaban los que por el contrario juzgaran que había de ser perpetuo, pero que alguna vez tendría que volver al mismo estado en que estaban todas las cosas (como en otro tiempo opinó Plutón), aun cuando en qué tiempo pasaría eso, confesaban que lo ignoraban en absoluto. Por lo demás, con la oración, ayuno, sacrificios, dones y culto a los dioses y otros ejercicios de virtud, no esperaban conseguir nada para la felicidad de las almas (porque esto creían que dependía sólo del género de muerte y no de la clase de vida), pero con todo eso, creían firmemente que conseguirían perdón de sus crímenes y, por lo tanto, que se les prolongaría el curso de la vida, que se aumentaría su fortuna, que se dilatarían los límites del reino y que se subyugaría a los enemigos. Si les había cabido en suerte un buen rey, pedían vida larga y feliz para él, pero si era al contrario, se esforzaban en obtener de los dioses que quitado éste, pusieran otro en su lugar para el gobierno humano y prudente de la república. Cuidaban con esmero de trabajar por cosas caducas y frágiles y que rapidísimamente habían de perecer e instaban a los dioses con preces, larga abstinencia de alimento, derramamiento de sangre y con tantos millares de hombres sacrificados, que sólo en los templos de la ciudad mexicana, todos los años eran matados miserablemente mas de dos millares de hombres en gracia y honra de dioses horribles y atroces y con varios géneros de muerte, abiertos los pechos y arrancados los corazones todavía palpitantes, sin crimen o delito ninguno. ¿Y qué de que en los peristilos de los templos, se construyeran celdas retiradas en las cuales los próceres de la ciudad, para aplacar a los dioses se tormentaran e hirieran a sí mismos de mil maneras? De la creación del hombre nada transmitieron digno de ser recordado, excepto que se atribuye a Tezcatlipoca. No reputo verdadero lo que algunos afirman, a saber: que no veneraba esa gente las estatuas de mármol o fabricadas de cualquier otra materia, porque juzgaran que hubiera en ellas entendimiento y divinidad, sino porque eran los simulacros de aquellos que tenían por verdaderos dioses, y sus representaciones. Por el contrario, creo que tenían por dioses las mismas efigies a las cuales oían muy a menudo repondertes los que hablaban con ellas. Y

a pesar de que fingían estatuas horrendas, crueles y deformes y aun simulacros de animales feroces y privados de razón, no sólo los tenían por dioses, sino que muchos también los protegían con la apariencia atroz y cruel de las fieras, la que no se creía que emanaba de otra parte sino de la misma divinidad, que de este modo, hasta donde era posible, se ponía y representaba ante los ojos. Por mero capricho habían imaginado innumerables dioses, sin el consejo de los sacerdotes y sin la autoridad o consentimiento de los reyes. A algunos repugnaba esto, y opinaban que a tal grado había llegado la locura de los otros que no sólo atribuían divinidad a los irracionales, sino también a objetos inanimados y carentes de sentido. La mayor parte aseguraba que los sacerdotes, los reyes, los próceres y los principales varones de la ciudad, usaban de familiaridad con los demonios y que los representaban en la misma forma en que los veían. Otra parte, por el contrario, mantenía que sabían por los mismos sacerdotes que nunca habían visto ni oído a los demonios, sino que aquello que se decía era mera impostura para conciliar fe y autoridad a la religión mexicana y con estas mismas ficciones mendaces aumentar la riqueza y abundancia de los templos.

CAPITULO IV

De las cosas que deben tratarse después y del cúmulo de los años

El día se contaba desde una media noche hasta la siguiente (?); veinte días completaban un mes, excepto el último, al cual se le añadían otros cinco; el año constaba de trescientos sesenta y cinco días y seis horas, dividido en dieciocho meses, y el siglo o cúmulo, gavilla o atadura de años, de cincuenta y dos. Cuando se completaba éste, se hacía el fuego nuevo con dos maderos aptos para encenderlo, golpeados y frotados entre sí, porque ya no era lícito usar más del antiguo. Cada mes hacían sacrificios a cada uno de los dioses, y celebraban sus fiestas que se llamaban fijas, porque las movibles se regían por los veinte signos, según lo que había enseñado Quetzalcóatl, venerado entre los principales dioses, y por los mismos decían que se presagiaba y se prometía la fortuna y el infortunio a los niños nacidos en aquel tiempo, de todo lo cual tendré que hablar dentro de poco más ampliamente. Era la costumbre referir cada año a uno de los cuatro puntos cardinales por orden, numerados trece, empezaban cuatro veces desde la unidad, hasta llegar el quincuagésimo segundo, que era el más célebre de todos, se llamaba el cúmulo, gavilla o atadura de los años y estaba consagrado a Xiuhteutli, dios del fuego. Encendían el fuego nuevo con dos renuevos de ciertos árboles, frotándolos de alguna manera especial, porque (como ya se dijo) no estaba permitido usar el anterior. Encuentro varias opiniones acerca del principio del año, pero la más aceptable es que comenzaba el segundo día de febrero.

CAPITULO V

De los signos genetlicos

Para presagiar del día del natalicio las fortunas de los que venían a este mundo, habían establecido veinte signos y a cada uno de ellos le asignaban trece días participantes de su naturaleza. Como al número de días, que sólo eran doscientos sesenta, comprendidos bajo estos signos no podían en manera alguna corresponder los trescientos sesenta y cinco días del año, acabados aquéllos volvían al principio del primer signo y así por los varios signos de cualesquiera de los días, deducían la predicción del natalicio de cada uno. Como a los otros días presidiesen otros signos privados, que a veces eran felices y a veces adversos, ablandaban o exacerbaban por la felicidad o infelicidad del signo privado la naturaleza fausta o infausta del signo dominante. De lo que dependía que, cuando el día del bautismo caía en un signo infeliz, se difería para un día afortunado. Por estos signos también se indagaba el orden de las fiestas movibles. Pero cuándo empezó esa cuenta, o qué día del año responda a estos signos, se confiese que nadie en este tiempo, o lo tiene investigado o lo puede enseñar. Por lo que acontece que de esta trapacería de presagio incierto o fortuito, no se puede derivar ni método, ni razón firme, ni provecho alguno. Aun cuando el último mes, como todos los demás, constara de veinte días, era la costumbre añadirle cinco, y también a cada cuarto año añadirle un día para que respondieran al movimiento del sol, trescientos sesenta y cinco días y seis horas.

CAPITULO VI

De la fiesta del primer mes y del segundo

Al primer mes del año lo llamaban Atlacaóalo y en otras partes Quahoitléon y empezaba (según ya se dijo) el día 2 del mes de febrero, en cuya madrugada era costumbre celebrar una fiesta dedicada (según opinan algunos) a los dioses tloques, o como otros prefieren, a la hermana de ellos, diosa de la lluvia llamada Chalchiutlycue, o como a otros les place, al pontífice máximo y dios de los vientos, Quetzalcóatl; y no sería completamente extraño a la cosa, sospechar que estos días de fiesta se celebraban a la gloria y dignidad de todos los dioses supradichos. Durante este mes en muchas cumbres de los montes una gran cantidad de niños era inmolada, a los cuales (¡oh crimen horrendo!), en honor de los dioses de la lluvia, la que juzgaban obtener por estos sacrificios, se extraían los tiernos e inocentes corazones. A los niños que iban a ser sacrificados, vestidos con ropajes preciosos, los llevaban en literas puestas sobre los hombros, adornadas con varias y pulquérrimas plumas y flores olorosas al lugar de la carnicería, yendo por delante una turba numerosa que cantaba, bailaba y golpeaba tímpanos. Y si sucedía que aquellos tiernos infantes que tenían que morir de esa manera miserable, presintieran su fin inmediato y por ello se entristecieran y derramaran lágrimas, se consideraba de buen agüero el sacrificio y se esperaba con toda certidumbre lluvias ubérrimas; si acaecía lo contrario, juzgaban que aquel año sería estéril. En ese mismo mes mataban en honor de los mismos dioses una multitud de enemigos cautivados en las batallas, a los cuales no los llevaban al templo llamado Yopiti para arrancarles allí los corazones, sin que antes, teniéndolos atados a unas piedras redondas y armados con sables inadecuados para herir, emprendiesen con ellos una lucha lamentable y los llenasen de heridas. Los vencedores, que en la guerra pasada los habían hecho prisioneros, iban por delante adornados con

plumas de varios colores (pues éste era su principal ornamento), bailando con rostro alegre y ostentando valor marcial. Estas cosas y otras semejantes tenían por costumbre hacer en cada día de este mes. El segundo mes lo llamaban tlacaxipealitzli o desollamiento, en cuyo primer día sacrificaban al Dios Totéc (sic), que también se llama Xipe, inmolándole no pocos esclavos, además de aquellos que habían hecho prisioneros en los combates, a los cuales arrancaban el cuero y los cabellos del vértice de la cabeza al mismo tiempo que la piel, de donde le venía el nombre a la fiesta; los vencedores que habían donado los prisioneros a los dioses, llevaban las cabelleras a casa como cosa preciosa, para conservar la prueba de su victoria. Todo esto solfa hacerse en el calpúlli o, en algunas amplias moradas a las cuales era costumbre de los próceres de la ciudad concurrir para deliberar lo que convenía hacer para preservar, gobernar y engrandecer la república. Los señores arrastraban a los enemigos cautivos por los cabellos hasta una mesa de piedra de dos pies un cuarto más o menos de alto, y pie y medio de ancho, donde se les debían de abrir los pechos. Se les echaba de espalda con las piernas abiertas y cinco ministros lo cogían de modo que no se pudiera mover; dos le cogían las piernas, otros tantos los brazos y otro con una y otra mano y con gran fuerza la cabeza y entonces el sacerdote (más bien diría yo el verdugo) teniendo con ambas manos un cuchillo de piedra, semejante a las puntas de los puñales que usan los habitantes de nuestra parte del mundo, de súbito les hendía el pecho y abierto el tórax y metida por la herida la atroz y sanguinaria diestra, les arrancaba el caro corazón, el cual echaba en un vaso después de ofrecido al ídolo del sol. Extraída de la manera que se ha dicho la víscera más grande del cuerpo y sede principal de la vida, como horno del que nace el calor, y recibida la sangre en un vaso que llaman xícara, se devolvía el cadáver al vencedor, quien lo echaba a rodar por las escaleras del teuhcalli; al caer en una plazoleta o en el patio del templo, era recibido por unos viejos que llaman cuacuacuilti, y por unos jóvenes sus ayudantes, de quienes hacían veces de padres y cuando estos jóvenes se casaban, de otros consagrados al ministerio del teuhcalli. Y aun cuando pasaban la mayor parte de su vida con sus mujeres, no era raro que asistieran a su ministerio en los lugares sagrados para cumplir con las ceremonias del culto y de cuando en cuando presentes en los templos, servían diligentemente a los dioses, sobre todo en los días festivos. Estos, pues, recibían el cadáver y lo llevaban a su calpulli, donde despedazado y cortado en partes, lo repartían a los ciudadanos barrio por barrio para que se lo comieran. Las pieles arrancadas a estas víctimas se las vestían algunos jóvenes, y en este horrendo ropaje simulaban batallas con sus coetáneos y los que por su valor vencían en esta lucha llevaban a los vencidos como prisioneros de guerra. Mataban después a otros esclavos, mas no antes que cuatro varones armados, si es que pueden llamarse varones, hubiesen peleado con ellos teniéndolos atados a una piedra redonda de la que no podían apartarse ni siquiera un dedo (tal era la ferocidad e inhumanidad de esos hombres). Ya casi cubiertos de heridas eran arrastrados al tajón de piedra destinado al sacrificio, donde se les mataba como a los otros y terminado esto, empezaban sus bailes acostumbrados delante de las puertas, los señores, los reyes y los próceres vestidos con preciosísimas plumas.

CAPITULO VII

De la fiesta de los meses tercero y cuarto

El tercer mes se llamaba Toçoiçotontli en cuyo primer día se celebraba la fiesta de los tlaloques, dioses de la lluvia, y en él mataban gran cantidad de tiernos niños que llevaban a las cumbres de los montes. Ofrecían también a los dioses del templo Yopico las primicias de las flores de ese año, que nadie era osado oler antes de que aquel dios recibiere su debida porción. Los oficiales de las flores llamados Xochimaque, hacían sacrificios a la diosa Coatlicue, también llamada Coatlantona. En este mismo mes se desnudaban las pieles humanas con las que se habían vestido el precedente y las echaban en una cueva del templo Yopico consagrada a estas cosas. Era la costumbre hacer esto en procesión lenta y ordenada y con magna pompa y no sin un espantoso hedor de cuerpos humanos. Después, con varias y múltiples ceremonias observadas religiosamente se lavaban, y no faltaban enfermos que prometieran, si acaso eran restituidos a la salud y conservados incólumes por esas ceremonias, que estarían presentes en las solemnidades futuras. Algunos recobraban la salud, ya sea por obra de los demonios que trataban de arrojar las almas al infierno con toda clase de tretas astutas y artes maliciosas, ya sea porque la enfermedad cediera espontáneamente, o por alguna intensa fuerza del pensamiento, de la cual no se puede dudar que tenga alguna dominio en el cuerpo del hombre. En este mismo mes los señores de los cautivos, después de que habían hecho penitencia con toda la familia y criados durante veinte días íntegros en honor a los dioses, absteniéndose aun de los baños y de la ablución de la cabeza, hasta que las pieles de los muertos se echaran en el predicho lugar, confesaban de buen grado que ellos, que tenían que morir también, se atormentaban por su propia voluntad por sus cautivos [difuntos]. Hecho esto y después de lavados con sus parientes y afines, alegremente celebraban un festín y jugaban de muchas maneras ante los altares. Empleaban todos los veinte días de ese mes en cánticos continuos en alabanza de los dioses, sentados en el cuicalli o en aquellos templos en los cuales tenían que dirigir los coros o bailar y se ejercitaban en varios géneros de canto y baile. Al cuarto mes lo llamaban Hueitocotztli, en cuyo primer día hacían sacrificios a Centeitl, dios del maíz, en cuyo honor también solían abstenerse de todo género de comida en los cuatro días antes de la fiesta. En el mismo día de ella, esparcían espadañas (typhas), gladiolas, juncos triangulares (?) y otras yerbas semejantes de hermoso aspecto y olor, de las cuales crece vigorosa abundancia en las lagunas de los mexicanos, a las puertas de los domicilios empapadas con sangre de las orejas, de las pantorrillas, de los sexos, o de otras partes del cuerpo. Los más ricos preferían renuevos de atzoyatl con los cuales adornaban los lares y los altares domésticos, y además ponían a la vista cañas todavía tiernas del mismo maíz adornadas con flores, con otras cosas de comer en la casa del calpulli. Acabadas estas cosas se trasladaban de los barrios al templo de la diosa Chicomecóatl, que es otra Ceres, y delante de ella peleaban con ciertos géneros fingidos y alegres de batallas y las doncellas avanzando todas en orden y cargando en sus espaldas las mazorcas de maíz del año anterior, las echaban en el seno de la diosa y después las volvían a llevar a casa y las usaban como cosa sagrada para preparar las cosechas y preservar los graneros de cualquier género de daño de los animales. Hacían también la estatua de esta diosa de tzoállí y colocada en él patio del templo, le ofrecían liberalmente toda clase de tlaolli, frijoles y chíá, como al autor de las cosas que son necesarias para la vida de los hombres. En cuanto a los niños comprados a los padres para víctimas, los guardaban como en un redil durante el primer mes y después

en todos los días de fiesta los mataban poco a poco y hasta que no caían las lluvias en abundancia no desistían ni se abstenían de esa atroz carnicería.

CAPITULO VIII

De la fiesta del quinto y sexto mes

El primer día del quinto mes, llamado Toxcatl, era celeberrimo por los sacrificios dedicados al mayor de los dioses, Titlacaoa, en cuyo honor mataban a un joven notable por las dotes del cuerpo y del alma. Durante un año íntegro antes de que fuese inmolado, se entregaba a delicias de todo género y era instruido en todas las bellas artes; una vez sacrificado éste, otro lo instruía con los mismos ritos y ceremonias. Con ramos de flores en las manos, un collar al cuello y la cabeza adornada de plumas, acompañado por un buen número de mexicanos, andaba por la ciudad y saludaba amable y plácidamente a los que se encontraba y ellos todos le saludaban echándose a tierra, porque decían que era el simulacro de Tezcatlipoca, y suplicantes lo adoraban y veneraban. Veinte días antes de las ceremonias sagradas que habían de celebrarse con su muerte, se le daban vestidos aun mejores y también cuatro doncellas educadas para este efecto con gran cuidado y reverencia, de las cuales podía gozar a su antojo. Cuando ya sólo le quedaban cuatro días de vida, era invitado a un convite muy alegre y se le consolaba con juegos gratísimos. Llegada por fin la muerte, era llevado al templo donde tenía que morir; sus mujeres lo dejaban en medio del camino y avanzaba solo y de buen grado. Al ascender las gradas del templo rompía en cada escalón una de las cuatro flautas en las cuales acostumbraba tañer cuando quería esparcir su ánimo. Por fin se acostaba sobre la piedra del sacrificio, donde se le arrancaba el corazón y se le cortaba la cabeza, la cual era espetada en un palo agudo y colgada enfrente del templo. En el sexto mes llamado Etzalqualiztli, ayunaban cuatro días, hacían de nuevo sacrificios a los dioses de las lluvias, y esparcían por todas partes yerbas hermosas y perfumadas. Cuando salían a cortarlas a los campos, desaparecían y se ocultaban casi todos los caminantes, porque de otra manera despojados de todas sus cosas y si resistían y luchaban los maltrataban sobremanera. Cuando llegaba la fiesta, acostumbraban comer cierta clase de alimento o poleadas que llaman tzoalli, y hacer mil locuras. Ese mismo día eran penados los ministros de los dioses que alguna vez hubieran faltado en algo a su deber o a los cargos que tenían que desempeñar. Se les sumergía en la laguna mexicana hasta tal punto, que dejados después como semi-muertos eran llevados a casa por sus parientes y amigos. En el mismo mes mataban muchos siervos y cautivos adornados con las insignias de los dioses en cuyo honor eran sacrificados. Acostumbraban echar los corazones de los muertos a un remolino de la laguna que todo lo absorbía, y el que según he oído, ahora está tapado.

CAPITULO IX

Del séptimo y del octavo mes

El primer día del séptimo mes llamado Tecuilhoitontli, acostumbraban hacer sacrificios a

la diosa de la sal Hoixtocioatl, la que decían que era hermana menor de los tlaloques y en cuyo honor privaban de la vida a una mujer vestida con las insignias de la diosa. Antes del día de la fiesta, todas las mujeres de la ciudad con coronas de yztauhyatl en la cabeza y saltando y bailando al compás del canto, dirigidas por algunos viejos jefes de coro, circundaban a la mujer que tenía que morir en el sacrificio. Pasaban toda la noche que precedía a la fiesta entregadas a los cantos y bailes. En la madrugada del sacrificio, todos adornados con cuanta diligencia y primor podían, llevando cempoalxochitl en las manos, hacían un baile solemne que llaman nitoteliztli. Después acompañados por no pocos cautivos y por la mujer que iba a ser inmolada, se dirigían al templo de los tlaloques; donde eran matados en primer lugar los cautivos y la última de todos la pobre mujer. El primer día del octavo mes llamado Hoei Tecuilhoitl, hacían sacrificios a la diosa Xilonen, los cuales no se celebraban de otra manera sino convidando a cenar a todos los pobres de la ciudad durante nueve días íntegros; y durante otros tantos días con bailes celebrados a veces por ciudadanos y señoras de la ciudad y a veces por los sacerdotes o por los próceres, y por fin con la muerte de la mujer elegida al propósito. A la cual, yacente sobre la espalda de alguno, le cortaban la cabeza, le arrancaban el corazón y lo ofrecían al sol, que también llamaban Hoitzilopuchtli y después les estaba permitido a todos comer xilotos, tlaxcalli y espigas del maíz tierno, así como oler las flores de cempoalxochitl, citando atreverse antes a tal cosa se consideraba crimen nefando.

CAPITULO X

De los meses noveno, décimo y undécimo

En el primer día de este mes, llamado Tlaxichinaco, hacían sacrificios a Hoitzilopochtli, dios de la guerra, que consistían en banquetes, bailes y en ofrecerle las primeras flores. El primer día del décimo mes, nombrado Xicot Huetzi, estaba dedicado a Xiuhteuhtli, dios del fuego, se celebraba echando en una enorme pira un buen número de esclavos, a los cuales todavía vivos se les arrastraba al altar de ese dios y se les arrancaba el corazón. El modo de celebrar la fiesta era el siguiente: traían arrastrando de las selvas un árbol sumamente alto hasta el patio del templo donde lo levantaban después de haberle cortado todas las ramas. En seguida lo acostaban poco a poco para que no fuese a hacerse pedazos contra el suelo y, más tarde, atado con muchas cuerdas y adornado y vistoso por muchos papeles, clamando y gritando todos, lo levantaban de nuevo y lo afirmaban en un agujero en tierra. Hecho esto, los que iban a ofrecer esclavos vivos para que fueran quemados, se adornaban con varias plumas, caracolillos, flores y gargantillas de piedras preciosas; se teñían el cuerpo de amarillo, color peculiar del dios del fuego y consagrado a él, y así cantaban y bailaban, no sin gran concurrencia, hasta bien entrada la noche. A los cautivos los rociaban con el polvo de yauhtlino, con el cual suele hacerse más embotado y más suave el sentido de la muerte, y atados de manos y pies, se los ponían sobre los hombros y danzando al derredor de la pira los iban echando uno por uno en el fuego, pero antes de que exhalaran el alma con este género de muerte (como si se hubiera permitido que perecieran quemados por el fuego) arrancados a Vulcano, les sacaban el corazón para ofrecerlo al dios y así eran inmolados todos hasta el último. El ídolo de ese dios estaba fijado en la punta del árbol y concluidos los sacrificios arremetían en contra

de él con gran ímpetu. Y todos aquellos que se distinguían por sus fuerzas y su velocidad eran considerados fortísimos y dignísimos; el que iba antes que todos y subía más ágilmente hasta el último penacho del árbol, echaba abajo el ídolo. El undécimo mes se llamaba Ochpaniztli, en cuyo primer día se hacían sacrificios a la madre de los dioses llamada Tetehuinaotoci o Nuestra Abuela. Bailaban en su honor en maravilloso silencio y sacrificaban una mujer vestida como esa diosa y adornada con otros ornamentos. Cinco días antes del principio de este mes cesaban todas las solemnidades y fiestas, y desde que comenzaba se hacían bailes hasta el día octavo, pero todos en silencio y sin que se tocaran ningunos atabales o sonajes. Concluido esto, la mujer que iba a ser inmolada, que decían ser la imagen de Diana, se adelantaba con las ceremonias del culto divino, llevando la cara y el hábito de esa diosa y acompañada de numerosa caterva de mujeres, especialmente de parteras y de titicis. Las cuales divididas en dos batallones en campos opuestos, emprendían una batalla arrojándose bolas de pachtli y clavas entretejidas de nochtli y no cesaba el juego antes de que transcurrieran cuatro días. Después ponían gran cuidado en que la mujer consagrada a la diosa no se percatase de que tenía que morir, porque se tenía por malo y terrible agüero si la tristeza opacaba su rostro o si derramaba lágrimas. Ya llegada la noche en que tenía que ser inmolada, adornada con hermosas y muy preciosas vestiduras y peinada con gran cuidado, la conducían al templo en increíble silencio y con engaño, como si la fueran a entregar como mujer a alguno de los varones principales de la ciudad en vez de llevarla a la mesa mortal y al horrendo tálamo de Ditis, y allí acostada de espaldas sobre la espalda de alguno, se le cortaba la cabeza lo más rápidamente posible e inmediatamente después se la desollaba. Al punto un joven robusto se vestía esa piel el cual, acompañado de numerosa comitiva y con gran solemnidad, llevaban al templo de Hoitzilopochtli donde tenía que arrancar él mismo con sus propias uñas los corazones de cuatro cautivos y entregar los otros esclavos, que no eran pocos, al sacerdote para que después fuesen inmolados. En el mismo mes el rey o el régulo de aquella ciudad o plaza en la que se habían celebrado los predichos sacrificios, hacía alarde de sus fuerzas militares, y escogía a aquellos que hasta ese tiempo nunca habían estado en la guerra y a los cuales asignaba armas y otros adornos militares y eran inscritos en el número de los atletas para que después cuando se presentase la ocasión estuvieran presentes en las batallas. Y se hacían otras muchas cosas, las que como no parecen de gran importancia, y también en gracia de la brevedad, las pasaremos sin mencionar.

CAPITULO XI

De los meses duodécimo y décimo tercero

Al duodécimo mes llamaban Tehutleco, o sea amigo de los dioses, durante el cual celebraban solemnidades para todos al mismo tiempo, asegurando que por esa época se habían ido a otra parte. Pero la fiesta del último día era la más solemne de todas, porque creían firmemente que ya en ese tiempo habían vuelto aquellos a quienes tanto echaban de menos. En el quinto día los muchachos y las doncellas, nada perezosos, iban a los templos y adornaban los altares con ramas varias, tanto aquellos que estaban en los domicilios privados, como los de los interiores de los edificios sagrados, en las vías públicas o en encrucijadas. A estos chicos les ofrecían maíz con el que se alimentasen

hasta el día de la vuelta y saciasen el hambre causada por el largo camino. El día décimo octavo, Titlacaoa, quien creían que se conservaba siempre en edad florida, decían que había llegado antes que todos y por consiguiente le llevaban comida en primer lugar y aquella noche todos celebraban convites opíparos y alegres por la vuelta del dios supremo con gran regocijo, sobre todo los varones y las mujeres en plena vejez, los que no juzgaban que se habían rendido los honores debidos a aquel dios, antes de que estuvieran llenos de vino y perdida la razón y atestiguaban la alegría del ánimo con delirios vergonzosos. El último día de ese mes se celebraba la fiesta mayor, como que decían que todos los dioses habían vuelto ya a las moradas sagradas dedicadas a ellos. En gracia de lo cual, al caer la tarde del día anterior, amasaban harina de tlaolli sobre un petate, para que cuando viesen las huellas impresas entendieran que habían llegado los dioses. El sumo sacerdote pasaba toda la noche sin dormir, observando con gran atención cuando apareciera alguna huella, vista la cual (según decían), anunciaba con grandísimos clamores que ya habían llegado. Entonces los ministros del templo con cuernos, bocinas, trompetas, sonajas y con cuantos otros instrumentos podían, levantaban grandísimo ruido y estrépito; llevaban rica comida a varios templos con incesante alegría y lavaban las piernas de los ídolos, como si llegaran cansados del camino. Al día siguiente se decía que los más viejos de todos los dioses habían llegado al último; entonces quemaban un gran número de cautivos en una pira, aplicándose a ello los adolescentes de la ciudad, remedando por su traje varios géneros de monstruos y arrojando las víctimas poco a poco a la pira. Cosas semejantes acostumbraban hacer en las fiestas que tenían que celebrarse de manera especial. Al décimo tercero mes lo llamaban Tepeilhuitl, durante el cual sacrificaban en los montes más altos de toda Nueva España, adonde veían durante el tiempo de lluvias que en su mayor parte se formaban las nubes. Para éstos eregían en honor de cada monte, figuras humanas de masa de tzoalli, a los que ofrecían toda clase de cosas y les dedicaban serpientes de madera, hechas de raíces de árboles y zoquetes de palo cubiertos de tzoalli, llamados ecatotontli, en forma de culebra con imitación también de la piel. Hacían otras imágenes en memoria y recordación de aquellos que habían perecido sumergidos en las aguas o de tal manera que no debieran ser quemados sino enterrados; a los ídolos dichos ofrecían, no sin algunas ceremonias peregrinas, tamales y otra comida después de que ellos se habían rellenado de varios géneros de bebida y de alimento. Llegando ya la fiesta que tenía que celebrarse en honor de los montes, inmolaban cuatro mujeres y un varón. Una de las mujeres la llamaban Tepexocti, a la segunda Matlalcuahē, a la tercera Xochtecatl y a la cuarta Mayaohel; al varón lo llamaban Milnahoatl. Adornaban a todos éstos con papeles pegados con hule y los llevaban sobre los hombros en unas literas hasta el lugar del sacrificio unas mujeres vestidas con ornamentos hermosos. Después de matados y sin corazones, los echaban poco a poco por las escaleras hasta que rodando llegaran al lugar adonde se les tenía que cortar las cabezas. Espetadas éstas en palos muy agudos llevaban los cadáveres al Calpul y allí divididos en porciones medianas los repartían a cada uno de los ciudadanos. Los papeles con que habían adornado a los dioses de los montes, concluido lo anterior, les era permitido que los colgasen en el Calpul.

CAPITULO XII

De los meses décimo cuarto y décimo quinto

Al décimo cuarto mes lo llamaban Quecholli, durante el cual hacían sacrificios al dios Mizcoatl y preparaban flechas y dardos para la guerra. Degollaban no pocos esclavos en honor de este dios y mientras hacían flechas, lo cual solfa durar más o menos cinco días, no se eximían de sacarse sangre de las orejas para untar las sienes de los dioses, porque afirmaban que eso servía para obtener de ellos rica y feliz cacería de venados. A los que omitían hacer esto los despojaban de sus mantas. A nadie le estaba permitido el acceso a su mujer durante esos días, ni a los viejos beber el vino del maguey que llaman pulque. Después de que habían hecho las flechas grandes durante los cuatro días anteriores, se dedicaban con toda atención a hacer otras más pequeñas y las ataban de cuatro en cuatro a otras tantas teas, y así juntas en pequeños manípulos, las ponían sobre las sepulturas de los muertos, consagradas a los dioses manes, con dos tamales para cada manípulo y después de que se quedaban sobre los sepulcros un día entero, cuando llegaba la noche las quemaban. Durante estas fiestas invocaban a los muertos con varias ceremonias. En el décimo día de este mes, los mexicanos y los tlatelolcos iban al monte Çacatepec, el cual afirmaban ser padre de todos los otros, y cuando habían llegado hacían jacales de paja y hogueras y no hacían nada más ese día. Pero al siguiente, una vez que habían desayunado, se dirigían a los bosques y formando cuerno o hemiciclo, rodeaban animales de innumerables géneros, ciervos, liebres, coyotes y muchísimos por el estilo y yendo poco a poco los unos al encuentro de los otros, súbitamente hacían ímpetu en contra de la presa y casi sin ningún trabajo gozaban de numerosa captura. Concluida la cacería, mataban a los cautivos y a los esclavos en el templo de Tlamaltzinco, adonde los llevaban atados de pies y manos escaleras arriba como carneros o ciervos u otros cuadrúpedos mansos para matarlos en los altares. Y después no sin varias ceremonias peregrinas, mataban otro varón y, otra hembra quienes decían ser imágenes de Mizcoatl y su mujer; eso se hacía en otro templo llamado Mizconteopan. Al décimo quinto mes lo llamaban Panquetzalitzli, en el cual hacían sacrificios al dios de la guerra llamado Vtzilopochtli y los sacerdotes de los dioses se abstenían de comida cuatro días antes de la fiesta y se tormentaban con otros no mediocres sacrificios cruentos y traían ramas durante lo más cerrado de la noche de los bosques y hacían otras cosas semejantes, las cuales no se podían llevar a cabo sin gran esfuerzo y trabajo. En el segundo día de ese mes, se entregaban a bailar y a cantar versos a la gloria y honor de Hoitzilopochtli; en los patios de las casas bailaban igualmente hombres y mujeres, comenzando cuando caía la tarde y concluyendo ya cerrada la noche; estas solemnidades duraban veinte días. El día noveno, a los cautivos que habían de matar, preparados con muchas maneras de ritos y ceremonias, decorados con diversos colores y pigmentos y adornados con muchísimos papiros, los introducían en ciertos bailes en los cuales, teniendo los varones abrazadas a las mujeres y yendo por parejas acostumbraban danzar en círculo. En el día décimo sexto del mismo, comenzaban los señores de esclavos o cautivos a abstenerse de comida y en el décimo noveno cantaban y bailaban y dándose mutuamente las manos, los hombres quedaban enlazados a las mujeres y giraban y culebreaban todos por el patio del templo. Entretanto algunos viejos cantaban y pulsaban los instrumentos acostumbrados por esa gente. Después de celebradas varias ceremonias y ritos diversos y peregrinos, bajaba del templo de Hoitzilopochtli un sacerdote vestido como el dios Paínal e inmataba cuatro esclavos en el local del juego de pelota, que estaba en el templo de Teutlachtlí, y partido

de allí rodeaba la ciudad toda en su carrera y en lugares establecidos mataba algunos esclavos. Después pugnaban divididos en dos facciones, no sin la muerte de algunos. Y al fin con muchas ceremonias, de nuevo mataban algunos cautivos junto al templo de Hoitzilopochtli con otro no pequeño grupo de esclavos y celebraban la muerte de cada uno de ellos pulsando los instrumentos patrios. Muertos ya todos resonaban por todas partes los bailes, los convites y los cantos hasta que concluía el tiempo asignado a la solemnidad.

CAPITULO XIII

De los tres meses restantes

El décimo sexto mes se llama Atemuztli porque en él se pedía la lluvia, indicios de la cual suelen aparecer en su mayor parte por este tiempo y los sacerdotes de los tlaloques acostumbraban hacer fiesta a los dioses de las lluvias y entonces comenzaban por primera vez la penitencia prescrita y los sacrificios. Cuando empezaban los truenos y los relámpagos ofrecían con gran cuidado y solicitud el incienso de la tierra, llamado también copalli, y otras clases de sahumerios para inducir en el ánimo a los dioses que concedieran a la tierra las lluvias abriendo el cielo y desgarrando las nubes. Los del pueblo prometían encargarse de que se hicieran los ídolos llamados tepictli porque estaban consagrados a los dioses de las lluvias. El día décimo sexto de este mes preparaban todo lo que tenían que ofrecer a los tlaloques y durante cuatro días atestiguaban la penitencia de sus crímenes atormentándose de varios modos; los varones se abstendían completamente del consorcio de las mujeres y las mujeres del de los varones. Cuando llegaba la fiesta que era costumbre celebrar el día último de este mes cortaban tiras de papel de membrana de árbol (*chartaceas phyluras*) y las dejaban colgadas de unas varas en los patios de las casas. Hacían estatuas de tzoalli de los montes y les ponían dientes de pepitas de calabaza y ojos de aquel género de frijol que se llama ayocotli; les ofrecían también comida y los adoraban con gran reverencia. Se acostumbraba después de los cantos, bailes y vigilias con música de varios instrumentos, matar a los cautivos abriéndoles el pecho con un tzotzopatli o con una gran espada de piedra y extraído el corazón y cortada la cabeza, por fin se entregaban los troncos de los cadáveres a los ciudadanos, y se quemaban los ornamentos en los patios de las casas. Hecho lo cual, llevaban las cenizas y todos los instrumentos de que se habían servido a los oratorios llamados ayauhcalco y con convites y bebida y mil maneras de juegos, daban fin a la solemnidad, porque otras cosas que paso en silencio eran de tal modo pueriles que sería superfluo narrarlas. Al décimo séptimo mes lo llamaban Tititl, en el cual era costumbre hacer fiesta a la diosa Illamateuhitli, Tona o Cozcamiauh, en cuyo honor inmolaban una mujer a la cual, como a las otras víctimas, le sacaban el corazón y le cortaban la cabeza, que por los cabellos llevaba uno por delante para adorno de los juegos y bailes. Los que tenían que matar a esta mujer la vestían con los ornamentos de esa diosa en cuyo honor se ordenaba que muriera y la obligaban a bailar sola siguiendo al compás de su movimiento el canto de unos viejos y llorando y suspirando porque le venía a la mente cuán pronto tenía que sucumbir a una muerte lastimera. Después del mediodía los sacerdotes la vestían con las vestiduras de todos los dioses y, procedían al templo

adonde tenía que morir y puesta sobre la piedra de sacrificios, le arrancaban el corazón para ofrecerlo a la diosa para la que se hacían las ceremonias sagradas [y le cortaban la cabeza] que serviría de ornamento en los bailes, adonde asida por los cabellos sería llevada por un varón precediendo a los demás, vestido como los dioses y representando a la bailadora. El mismo día en que era sacrificada la mujer, los ministros de los dioses divididos en dos batallones hacían unos simulacros y remedios de guerra, persiguiéndose los unos a los otros por todo el templo, correteando de aquí para allá con muchas ceremonias establecidas. El día siguiente rellenaban unos sacos con alguna materia blanda, los llevaban ocultos bajo sus mantas y con ellos golpeaban a los que se encontraban descuidados cuando menos lo pensaban. Esto mismo hacían los muchachos. Al décimo octavo mes lo llamaban Itzcalli, en el cual hacían fiesta a Xiuhteuhtli, dios del fuego, o Izoçauhqui, y fabricaban con gran industria un ídolo en su honor, el que parecía vomitar flamas por la boca. Mataban cada cuatro años en esta misma solemnidad algunos cautivos en honor de ese dios y perforaban las orejas de los niños nacidos en todos esos años y les asignaban pedagogos o ministros de costumbres como padres de enseñanza y de las almas. El décimo día de ese mismo mes distribuían el fuego recientemente encendido, delante del ídolo Xiuhteuhtli adornado con magníficos ornamentos, entrada ya la noche. Y desde que salía el sol matutino, encendido ya por doquiera el fuego nuevo, acudían los adolescentes, quienes durante los diez días anteriores se habían entregado con ahínco a la caza, cargados de casi todo género de animales terrestres volátiles y acuáticos y los entregaban a los viejos a los cuales había sido encomendado el cuidado de ese día por los sacerdotes; y estos viejos repartían ya asada [la carne] a los mismos jóvenes y a cualesquiera otros para que la comieran con unos tamales de semilla de bledos y llamados hoaquiltamalli que habían sido ofrecidos el mismo día por todo el pueblo. No había ninguno que no los comiera en honor de la solemnidad y que lleno de alegría no dejara en seco muchas copas. En esa fiesta en los años comunes no mataban a nadie, pero en el bisiesto que venía cada cuatro años, no perdonaban ni a los esclavos ni a los cautivos cuya muerte celebraban delante de la imagen de Xiuhteuhtli preciosamente vestida, y (como ya se ha dicho) con grandes y peregrinas ceremonias a las cuales ningunas otras se pueden comparar. Una vez muertos los esclavos y los cautivos, se presentaban ante el ídolo de Izoçauhqui, dios del fuego. Todos los próceres y los reyes mismos, vestidos con hermosísimos ropajes y adornados con los ornamentos más preciosos, iniciaban el baile, digno de verse por su pompa y solemnidad, llamado Netecuitotiliztli, y por la multitud de próceres que concurría a él. Este baile era costumbre celebrarlo solamente el mismo día cada cuatro años, y ese mismo día, muy de mañana, perforaban las orejas de los niños y les pegaban a la cabeza un casco de plumas de papagayo con resina de pino y asignaban maestro a cada uno de ellos. A los cuatro días restantes del año, que son los últimos de enero y el primero de febrero, llamaban Nemontemi o baldíos y eran considerados nefastos. Hay quienes opinan que puesto que cada cuatro años se perforaban las orejas de los párvulos y no en otro tiempo, habían llamado esos días Nemontemi o bisiestos. Decíase, pues, que aquellos cinco días eran infelices y que a los que nacían en ellos todo les salía mal y por esto eran llamados neno, si eran hombres nenoquichitl y si mujeres neoçioatl. Nada hacían durante esos días, puesto que eran infaustos, y ante todo evitaban las riñas y los pleitos, porque tenían por indudable que los que en esos días fueran malos o impertinentes con alguien, lo seguirían siendo y habían de ser siempre malos o impertinentes y también tenían por infausto perjudicar a cualquiera. Todas las fiestas

antedichas se llamaban fijas porque venían a ser celebradas siempre dentro de ese mes o dentro de los dos días siguientes; otras eran movibles porque se decía que eran designadas por el curso de los veinte signos. Estos cerraban el círculo en doscientos sesenta días; por consiguiente, cada año ocupaban [las fiestas movibles] varios y diversos meses.

CAPITULO XIV

De las fiestas movibles

La fiesta movable que era la primera entre todas, se celebraba a honra del sol en la cuarta casa del signo Ocelotl llamada Naholin, y se ofrecían a la efigie del sol codornices y el perfume del incienso del país. El día noveno se mataban algunos cautivos a honra de ese dios y se sacaba sangre de las orejas a los niños y a otros de edad más avanzada y se consagraba al mismo. En la casa séptima del signo, hacían fiesta todos los artistas que imitaban cualquiera cosa y reproducían sus formas, ya sea que hicieran esto con pigmentos o con colores o con plumas varias, tejidas y dispuestas con arte maravilloso, y en este arte esta gente aventajaba muchísimo a las de las otras naciones. Durante veinte días comían poquísimos y muchos también durante cuarenta, para conseguir de los dioses la perfección de su arte y el conocimiento requerido de ella, lo que declaraban en hermosas lápidas. También ofrecían codornices y otras muchas cosas en honor de Chicomecatl y de Xochiquetzatl y los varones y las mujeres desempeñaban sus ministerios. En la primera casa del tercer signo llamado Cemaçatl, hacían fiesta a las diosas llamadas Cioapipilti, las que decían que por ese tiempo bajaban a la tierra y por eso adornaban sus estatuas con papel y las decoraban con muchos dones. En la segunda casa, Umetochtli del signo Cemaçatl, acostumbraban celebrar la fiesta máxima a Izquitecatl, segundo dios del vino; vestían su estatua con gran cuidado y diligencia en el templo en que era costumbre venerarlo, le ofrecían innumerables géneros de comida y cantaban con la música que conocían, tañendo sus instrumentos ante su altar. Los taberneros llenaban con vino del país una tinaja colocada en el patio de su templo a disposición de los que querían beber, para los que había preparadas cañas o sifones para chupar, y si por la cantidad de bebedores que siempre era muy grande, acontecía que se vaciara en gran parte la tinaja, era llenada otra vez por los mismos taberneros a su costa, de modo que siempre se encontrara llena, y esto correspondía mas bien a aquellos que acababan de castrar maguey y estaban provistos en ese momento de vendimia, porque estaban obligados en derecho a llevar las primicias de su licor al templo de ese dios. En la primera casa del signo Cetochtli, los señores y los régulos hacían fiesta, cantaban y bailaban en honor de este signo y se ejercitaban en otros muy alegres juegos, adornados con los penachos de plumas que usaban para dirigir los coros y los bailes y regalaban a los principales varones, a los soldados, a los palaciegos y a los cantores muchos y preciosos dones. En la primera casa del signo Acatl hacían fiesta a Quetzalcoatl, dios de los vientos, los régulos y los principales varones de la ciudad y de los barrios, frente al edificio del Calmecac, donde habitaban los sacerdotes y eran educados los hijos de los nobles. Se educaban en verdad como en un monasterio, en el que estaba colocada la imagen de ese dios, que en ese día adornaban con cuanta diligencia podían, ofreciéndole

toda clase de comida y sahumerios perfumadísimos, creyendo firmemente que de ese modo el signo era dedicado al dios Quetzalcoatl y le era propio y peculiar. También en la primera casa del signo Cemiquiztli había por costumbre celebrar una gran fiesta por los caciques y próceres en honor de Tetzcatlipoca, máximo de los dioses, porque estimaban que este signo te era peculiar. Como casi todos tenían en sus casas particulares oratorios y altares y en ellos el ídolo de este dios y de otros muchos, ese día adornaban su estatua y le ofrecían sahumerios, flores y varios géneros de comida. También sacrificaban codornices delante de sus altares, arrancándoles la cabeza, lo cual no sólo hacían los próceres y los caciques sino otros muchos, por lo que se hacía famosa esa ceremonia. Lo mismo se hacía en los templos y en los calpullis. Todos pedían a este dios con muchos géneros de oraciones y deprecaciones que aumentara sus fortunas particulares y atestiguaban que era el más poderoso de los dioses. En la primera casa del signo cequahuítl veneraban a las diosas Cioapiltin. De éstas corría la fama que eran las mujeres que por lo acerbo del primer parto habían muerto y por esa razón habían sido incluidas en el número de las diosas y habitaban la casa del sol. Creían que éstas bajaban mientras regía este signo a la tierra e inficionaban con pernicioso contagio y con varios géneros de enfermedades a los que se encontraban fuera de sus casas, por lo cual apenas había a quien se le ocurriera salir de su domicilio por esos días. Había oratorios establecidos en honor de estas diosas cerca de todas las encrucijadas, llamados Gioateuhcalli o Cioateopan, en los cuales estaban colocadas sus estatuas, las que por aquellos días con gran reverencia y más que lo acostumbrado adoraban y veneraban con ceremonias, ofreciéndoles los papeles llamados amatoyuitl, y ese día mataban en su honor los hombres detenidos en las cárceles y que por lo demás tenían que ser ejecutados por sus torpes crímenes. En la quinta casa llamada Nahoecatl del signo llamado Çequiahuitl, que era infaustísima, se hacía expiación con la muerte de hombres facinerosos detenidos en las cárceles y el cacique también, conmovido por la piedad hacia los dioses, les hacía don de algunos esclavos para que fueran inmolados. Los mercaderes ostentando sus riquezas, sus tesoros y sus hermosos ajuares y preciosa mercancía, se esmeraban por la noche en consumir manjares y vino de todo género. Olían flores y chupaban y aspiraban el humo de los tabacos y sentados alegremente y charlando contaban con cuánto trabajo habían aumentado su fortuna. Recordaban qué regiones habían rodeado y recorrido, embromando a otros que por flojera y demasiado amor a la patria no se habían atrevido a viajar a lugares distantes por lo que les había tocado menor fortuna; y en esta clase de conversaciones pasaban gran parte de la noche. En la segunda casa, llamada Umeecatl, del signo Emalinalli, celebraban una gran fiesta porque tenían por seguro que pertenecía a Tetzcatlipoca. En esta fiesta erigían la imagen de Omacatl y los que querían que ese numen les fuera propicio se llevaban la efigie a su casa para que todo les saliera próspero y que la fortuna de la familia se hiciera más abundante cada día y no lo llevaban de nuevo a su sede hasta que el mismo signo por los giros del cielo ejerciera de nuevo su imperio en estas regiones inferiores. En la primera casa del signo Cetecpatl sacaban todos los ornamentos de Hoitzilopochtli para limpiarlos, sacudirlos y ponerlos al sol, porque tenían por seguro que este signo era peculiar a él y a Camaxtle; esto se hacía en Tlacateco, donde ofrecían muchos géneros de comida muy bien guisada, en el día que dijimos (?) a la imagen de Uitzilopochtli, tales como era costumbre servir a los señores y a los reyes. Después de que habían permanecido delante de ese dios por algún tiempo los sacerdotes las quitaban y las repartían entre ellos y comían alegremente devorando las ofrendas. Después

adoraban la imagen con sahumerios, y con la sangre derramada de codornices a las que arrancaban la cabeza. Y era también costumbre de los señores ofrecer en ese mismo tiempo flores perfumadas y hermosas. En el quinto mes que llamaban Ceocomitl, decían que las diosas Pipiltin bajaban a la tierra para dañar a los niños y a los muchachos de tierna edad con parálisis, y si alguno de ellos por esos días era invadido por enfermedades de esta naturaleza, creían firmemente que se debía al encuentro de aquellas diosas; y por tanto los padres retenían en casa a los hijos con el objeto de evitar esa calamidad, temida por ellos sobre manera. Decían que el signo Çeitzquintli era el señor del fuego y por consiguiente cuando regía, tenían por costumbre hacer fiesta a Xiuhteutli, ofreciéndole gran cantidad de incienso patrio y de codornices que se crían en esa tierra y adornando su estatua con muchas clases de papel y con otras alhajas no despreciables. Los señores celebraban la misma fiesta con gran aplicación y diligencia dentro de sus casas propias con opíparos convites. Bajo el mismo signo eran elegidos los señores y la solemnidad de la elección se celebraba a domicilio el día cuarto del mismo signo con banquetes, regalos y bailes. Hecho esto, pregonaban la guerra. En la primera casa del quinto signo llamado Ceatl hacían fiesta a Chalchiutlycue, diosa del mar, los aguadores, pescadores y los que de cualquiera manera trabajaban con el agua, quienes ornaban su estatua en la casa Calpulli y la adoraban y veneraban con magna reverencia. Los señores, los próceres, los nobles, mercaderes y los otros ricos observaban el día y hora en que les nacía un hijo o una hija y qué signo dominaba cuando salían a luz, y sobre la marcha iban a ver a los profetas y adivinos; después de que los imponían de todo, les consultaban acerca de la fortuna o infortunios de los niños. Los adivinos, si regía un signo próspero los exhortaban a que los lavaran y bautizaran inmediatamente, pero si era adverso decretaban que era de esperarse otro más próspero. Entonces los padres suplicaban a los parientes, amigos y afines que estuviesen presentes al bautismo y en un opíparo banquete para ellos preparado y para todos los muchachos del barrio, la partera, con muchas oraciones a los dioses y no menores ceremonias, de las que ya dijimos bastante, lavaba el niño (pues en ella recaía este deber) en casa de los padres. También elegían un signo próspero para celebrar matrimonios. Conviene advertir que las fiestas movibles de esta clase se decía que a veces tomaban el lugar de las fijas, como también suele acostumbrarse entre nosotros. Además celebraban dos fiestas que en parte eran movibles y en parte fijas porque solían celebrarse con intervalos establecidos de años, a saber cada cuarto o cada octavo año, y eran fijas porque tenían lugar en día, mes y año ciertos. En aquella que celebraban cada cuarto año, agujereaban las orejas a los niños y a los muchachos y pedían a los dioses que les permitiesen crecer y pasar la adolescencia con felicidad; y al mismo tiempo los lustraban con fuego. En la que se celebraba cada ocho años, durante ocho días se alimentaban sólo con tortillas y se dedicaban a bailar vestidos con pieles de varias aves y de otros animales, diciendo que buscaban la fortuna próspera, como en otra parte lo diremos con mayor amplitud.

CAPITULO XV

De la astrología de los indios inventada e instituida por Quetzalcoatl

Pintaban veinte signos y a cada uno le asignaban trece días, casa o efigies sujetas a él y a

las que dominaba; los días eran doscientos sesenta y entre éstos repartían los trescientos sesenta y cinco días y casi seis horas del año considerando qué signo tocaba a cada día; concluidos estos doscientos sesenta días volvían al principio de los signos y así juzgaban de la fortuna o del infortunio de los recién nacidos; computaban el día de una salida del sol a la otra. La semana tenía trece días, el mes sólo veinte, exceptuando el último al cual le añadían cinco más y el año completo tenía dieciocho meses, cuatro veces trece años, dispuestos de tal manera en una figura que se asignaban trece al Oriente y otros tantos al Septentrión, al Austro y al Occidente, formaban el año que según nuestra costumbre puedes llamar del jubileo y que comprendía cincuenta y dos años. En ese tiempo encendían el fuego nuevo sobre el pecho de algún noble varón cautivo en batalla, no sin magnos y peregrinos sacrificios y ritos de hombres quemados y no estaba permitido después usar el fuego viejo. Con estos signos se constituían las fiestas movibles, según que éstos o aquéllos caían en estos o aquellos días del año, y si otras fiestas eran fijas, estaban consagradas (como ya se dijo) a determinados días del año. El primer signo era Cipactli, al cual estaban sujetos otros doce días y otros tantos signos, y era considerado feliz (no hay, en verdad, necesidad de dar cuenta pormenorizada de cosa tan vana y carente del apoyo de algún fundamento cierto), pero tenían por seguro que el hombre malo echaría a perder cualquiera fortuna prometida por el cielo aun cuando fuera felicísima. A los nacidos en este signo los bautizaban inmediatamente y les imponían el nombre de su signo o de su abuelo; o (si así parecía bien), transferían el bautismo a otro signo más afortunado. Dentro del mismo signo si el nacido era varón, tenían cuidado de hacerle un pequeño escudo y algunas flechas pequeñas, que ataban con el ombligo que le habían cortado y después los llevaban a la guerra y allí los enterraban. Pero si era mujer ponían en la bañera ornamentos femeniles y los útiles para hilar y tejer, y puesto que a las mujeres les corresponde quedarse en casa, enterraban el apéndice del ombligo junto al fuego. Los inventores de éstos fueron un varón llamado Cipactlinal y una mujer, Oxomoco, a los cuales pintaban con los signos. El segundo signo y los trece otros días y signos eran del tigre, como imperando a los demás, y muy adverso (según dicen) y presagio de cautiverio tan cierto, según la vulgar opinión de los indios, que prontamente se vendían los que les había tocado este género de natalicio o se suicidaban con leve pretexto a pesar de que estuviesen persuadidos de que las buenas costumbres prestaban alguna ayuda en contra de las amenazas del cielo, así como la afición a la virtud y las buenas acciones. La cuarta casa de este signo se llamaba Ollín, dedicada a los héroes y al sol, en gracia del cual en este tiempo mataban codornices. Le ponían por delante fuego con incienso, le ofrecían penachos de plumas y mataban algunos cautivos. La suerte de los nacidos en ese día era considerada indiferente, porque si era varón creían que había de ser fuerte y que había de vencer muchos enemigos en la guerra y hacer muchos cautivos o que debía de morir en ella, si Marte le era adverso. Este día todos se traspasaban las orejas y derramaban sangre en honor de ese dios, de quien decían que se deleitaba con tales tormentos. También la séptima casa se juzgaba indiferente. Esta la veneraban los pintores y las pasamaneras como aparecerá cuando hablemos del signo dedicado a ellos. El tercero se llamaba Maçatl, porque los que nacían bajo él, se decía que serían cargados de riquezas, felices y audaces, o según opinaban otros, pusilánimes y tímidos y expuestos a los rayos y a otros varios desastres. Reinando este signo creían que bajaban a la tierra las diosas Çioateteuh, y por lo tanto, se les hacía fiesta en aquel tiempo y se les ofrecían muchos dones y con muchos papeles pintados de varios colores vestían sus ídolos. La

segunda casa de este signo se llamaba Umetochtli y los que nacían en ella eran aficionadísimos al vino y se embriagaban de las muchas maneras que dijimos (?). De las demás casas de este signo se ha encontrado por larga experiencia que algunas son prósperas y otras adversas y otras promiscuas (?). En el cuarto signo, que llamaban Xochitl, todas las casas se reputaban por algunos infelices y por otros de fortuna ambigua. Los nacidos en este signo eran propensos a la chocarrería, pero si se mostraban contentos con la muerte y con el hado que les había concedido el cielo y se alegraban de haber nacido así, se creía que vivirían alegres y contentos, pero si fuesen iracundos y soberbios morirían al fin de cualquiera manera y desalentados de todo. Las mujeres nacían con propensión natural al arte de tejer pluma y serían ingeniosas si su signo natal les era caro y grato y si hacían penitencia en su obsequio. De lo contrario tenían por seguro que todo les sería adverso y que nacerían aficionadísimas a Venus en todos sus modos. Los señores se ejercitaban durante este signo en bailes y otras solemnidades de la misma clase. El quinto signo llamado Çetacatl era sumamente adverso, puesto que a los que nacían bajo él los hacían soplones, chismosos y calumniadores, delatores y testigos falsos. Decían además que ese signo era de Quetzalcoatl y por eso los de noble estirpe nacidos en su tiempo hacían muchas fiestas. El sexto, que llamaban Çemizquitl, se consideraba amigo y familiar de Tetzcatlipoca, en cuyo honor se ofrecían muchas cosas privadamente en los altares y se hacían muchos sacrificios. Por esos días cada uno en casa mimaba y halagaba a sus cautivos. Este signo era reputado como bueno en parte y en parte de mal agüero; creían que se concederían riquezas a los buenos y que los ingratos serían despojados de los bienes de fortuna. Ese día eran bondadosos con sus cautivos y poco severos y se abstenían de azotarlos aun cuando hubieran cometido crímenes graves, porque si se atrevían a portarse de otro modo incurrirían en castigo. Si acaso perdían su fortuna increpaban a Tetzcatlipoca y lo denostaban, llamándolo puto, porque los había abandonado y llenado de calamidades y repetían lo mismo cuando algún esclavo se huía de la casa. Si el cautivo era puesto en libertad y ellos reducidos a la esclavitud, creían que esto también era grato a Tetzcatlipoca. El séptimo signo llamado Çequiahuitl se consideraba infausto y producía (según creían) hombres nigrománticos, benéficos, charlatanes y engañadores. La mayor parte de las casas de este signo eran de mal agüero, a pesar de que dos, la décima segunda y la décima tercera, fueran consideradas universalmente de buen agüero en todos los signos; algunas también eran indiferentes, otras completamente malas de la manera que consta por la tabla misma (?). Era ominoso ese día tropezar con una piedra en el camino o caerse y también nacer en la casa octava. Las cuatro últimas casas de este signo se reputaban prósperas y se creía que los nacidos en ellas serían de buena índole y morigerados. El signo octavo se llama Çemalinaltli; lo consideraban adverso excepto en su segunda casa y en las cinco últimas. El noveno, dicho Çe Coatl, era considerado afortunado a no ser que el nacido bajo él no estuviera conforme con su felicidad y resistiera a ella. Este signo era propicio para los mercaderes, quienes acostumbraban advertir en un largo discurso al momento de la partida a los que se dirigían a algún lugar para comerciar o que por la misma razón recorrieran alguna vez varias regiones, lo que les convendría hacer; y si los viajeros observaban las recomendaciones y hacían varias ceremonias, los que se quedaban en casa hacían por ellos otras diversas. La sexta casa de este signo se reputaba adversa como todas las otras casas de este número: se decía que los que nacían bajo ella serían malos, de mal carácter, detractores y falsos. La séptima casa estimábase de augurio próspero, así como todas las

otras octavas, siniestra. La nona infeliz, feliz la décima; la undécima y la duodécima en parte felices y en parte infelices; y sólo se podría resistir al infortunio eligiendo la décima tercera para el bautismo. El décimo signo llamado Ectepatli producía hombres famosos por su valor en la guerra, fuertes y felices, y mujeres varoniles e idóneas para aprender cualquier cosa, y afortunadas. Este signo era propio de Hoitzilopochtli y de camaxtli y por consiguiente cuando comenzaba hacían fiesta a Hoitzilopochtli y también durante los otros días, los cuales predecían prósperos. El undécimo signo se llamaba Çeçomatli y los que nacían bajo él eran bien criados, obsequiosos y propensos a la amistad, risueños, amables y sumamente aficionados a la música y a las artes que se consideraban liberales (?). Se decía entre ellos que reinando este signo ciertas diosas bajarían a la tierra a sembrar enfermedades y a dañar a los que topaban y por esta razón todos se quedaban en casa durante ese tiempo; cuando también los titici o médicos presagiaban la muerte de cualesquiera enfermos aun cuando fueran presa de leve enfermedad. De este signo era infausta la segunda casa. El segundo [por duodécimo] signo se llamaba Çequetzpalli. Los que nacían bajo él tenían muy buena salud, eran nervudos, robustos y enjutos, y además ingeniosos e industriosos para buscar el sustento. La cuarta, quinta, sexta y novena casas se reputaban adversas en todos los signos; pero la segunda y la octava, de fortuna ambigua. El signo décimo tercero, llamado Çe Olín, era también de indiferente fortuna, a saber, bueno para los bien educados y continentales, pero malo para los malos y malvados. El signo décimo cuarto llamado Çe Itzquintli, era próspero y peculiar del dios del fuego; en él los señores y los reyes hacían fiestas solemnes y los electos para gobernar las repúblicas celebraban la fiesta de su elección. Se hacían también entonces expediciones bélicas, y los criminales se castigaban con la muerte y los que habían sido hechos prisioneros por algún crimen atroz. El décimo quinto signo, llamado Çe Calli, era considerado adverso y los hombres nacidos bajo él, ladrones, venéreos (?), jugadores, pródigos y a quienes estuviese reservado un final infeliz de vida y las mujeres perezosas, dormilonas e inútiles para hacer cualesquiera cosa bien. El décimo sexto signo, dicho Çecozcaquauhtli, era próspero y dilatada la vida a los hombres nacidos bajo él, aun cuando algunos murieran pronto. El décimo séptimo llamado Çeatl era infausto a los que nacían bajo él: porque si les tocaba la mitad de la vida feliz, se precedía que la otra mitad sería infeliz y se presagiaba que la mayor parte de ellos moriría felizmente. Este signo era peculiar al dios del agua, a quien hacían fiesta los aguadores y los que acarreaban en chalupas agua para vender. El octavo [por décimo octavo], llamado Çehecatli, era considerado desgraciado y adverso y también el décimo noveno, llamado Cequauhtli, porque los varones que nacían bajo él a pesar de ser fuertes y audaces eran sin embargo impudentes, de mala índole, locuaces, y soberbios, y las mujeres eran orgullosas, deslenguadas, impudentes, petulantes y lascivas. Se decía que bajo este signo descendían a la tierra diosas menores para dañar a los muchachos y a las muchachas y que por lo tanto en ese tiempo no era seguro ir al baño o salir de casa. Bajo Çetochtli, último y vigésimo signo, nacían hombres parcós, ávidos de lucro, avaros e industriosos para aumentar la fortuna de familia y para comprar (?). A la recién parida la visitaban inmediatamente los vecinos y los parientes, pero antes de que entrasen a su domicilio frotaban las rodillas de los niños que habían traído con ellos y las articulaciones de los otros miembros, teniendo por seguro que así nunca se las podrían dislocar. Durante un espacio de cuatro días no se debía de apagar el fuego en casa de la parida, no fuera que (según ellos creían) se alejara la próspera fortuna del niño. Temprano por la mañana

lavaban a los niños y convidaban a comer a cuantos muchachos podían, difiriendo o adelantando el bautismo según la buena o mala fortuna del signo. Preparaban también una cena opípara para los otros parientes o amigos y arrullaban al niño nacido con varios discursos, pero de este asunto ya he dicho muchas cosas al principio de esta historia. Los signos del año que se ven en la primera tabla son cuatro, que multiplicados por trece hacen cincuenta y dos; este producto se llama "gavilla" o "período", a cuyo final celebran una gran fiesta. La cuenta de los años se contiene en los nombres que están al margen izquierdo de la segunda tabla antes de los signos; después sigue la computación de los días, y se asignan trece a cada uno de los signos, u otras tantas casas, comenzando desde arriba y al principio, procediendo hasta el calce y volviendo otra vez al principio y siguiendo la cuenta en caracteres arábigos que no pasan del número trece. Es de advertir que todo signo que tiene al lado la unidad, ejerce su imperio sobre las trece casas siguientes con otros doce signos asignados de entre los veinte, de los cuales el primero ocupa la segunda casa, el segundo la tercera y así después hasta la décima tercera. Esto se hace veinte veces. Los veinte signos multiplicados por trece, completan el círculo de los doscientos sesenta días, concluido el cual hay que volver al principio. En el espacio de un período de cincuenta y dos años, se completan setenta y dos círculos; el tiempo de dos períodos lo llamaban Cohuehuutiliztli, es decir, siglo o ciento y cuatro años. Esta cuenta al presente la desconocen enteramente los indios, los que no pueden decir ni dónde comenzó ni cuándo tenga fin, porque no sigue el orden del año. Sólo aquellos (si hay algunos) que la usan aún en estos días podrían dar razón, pero se niegan completamente a ello para no ser reprendidos porque persistan en su protervia y en sus falsos dogmas. Las casas mitigan la fuerza de los signos dominantes, principalmente si se difiere el bautismo para los más felices.

CAPITULO XVI

De otra muerte voluntaria de los sacerdotes

No se debe pasar en silencio que nunca faltaba alguno entre los sacerdotes de aquellos que reputaban dioses, que instigado por el demonio decidiera espontáneamente ofrecerse a sí mismo para ser sacrificado, ya sea porque pensaran rendir de esta manera el mayor obsequio a la divinidad, o porque esperaran conseguir con este género de muerte fama inmortal o para ser tenidos en máxima veneración durante el espacio de cuatro años y honrados por un culto casi de dioses, Adornados por tanto con las insignias por las cuales se conociese lo que era, recorría todas las provincias de Nueva España mostrando el poder de los dioses y principalmente de Tetlacaoa, que era el primero de ellos. Alababa la religión de los mexicanos y la enaltecía con elevadísimos sermones. Los que lo oían y lo veían, lo reverenciaban sobre manera y postrados lo adoraban como imagen de Tetzcatlipoca. Y como pasase cuatro años en estas cosas y otras semejantes, buscando la honra de Títlacaoa con afecto admirable, después se dirigía de nuevo de buen grado al templo y acostado sobre la mesa de piedra, daba voluntariamente el pecho a que se lo abriera el sacrificador, para que arrancado el corazón se consagrara al sol y para que su mísera alma fuese arrojada al tártaro para arder en llamas eternas. Hay sin embargo quienes niegan que sacerdote alguno se ofreciese espontáneamente a la muerte, sino que

morían de esa manera algunos esclavos de entre los cautivos, que por esa o aquella razón tenían que morir irremisiblemente dentro de poco tiempo.

CAPITULO XVII

Del ayuno teouacanense

Los teouacanenses acostumbraban un género de ayuno que llamaban divino en el cual se atormentaban [por grupos] durante cuatro años de esta manera: cuatro adolescentes a los que venía en mente agradar a los dioses con esta clase de obsequio, iban al templo vestidos solamente con mantos de algodón y cubiertos los sexos con el llamado maxtle. Tenían el suelo por lecho y una piedra por almohada. Comían al mediodía una sola tortilla de maíz sumamente pequeña y delgada, con una exigua cantidad de atole, hecho del mismo grano, y jugo de maguey. En los primeros días de cada mes se les permitía comer de las cosas que quisieran y beber a su antojo. Por la noche un par de ellos velaba, absteniéndose por completo del sueño y se sacaba sangre cuatro veces para aplacar a los dioses, recitando preces al mismo tiempo. Los días vigésimos pasaban por lo alto de las orejas, perforadas poco antes y todavía manando sangre, sesenta largas cañas, y así cuando habían transcurrido los cuatro años, encontraban que cada uno se había pasado cuatro mil trescientas veinte cañas, las cuales, concluido el ayuno, quemaban con mucho incienso, pensando que la suavidad de su humo sería grata a los dioses. Si alguno de ellos antes de que hubieran pasado los cuatro años, moría sin concluir su sacrificio, ponían otro en su lugar y esto era presagio de mortandad de señores. Si eran sorprendidos teniendo relación con mujer, morían apaleados con pértigas por todo el pueblo delante de los dioses, y todavía no se consideraba esta pena justa y equitativa, sino que eran inmediatamente quemados los cadáveres y esparcían las cenizas por el aire, de modo que no quedara nada de hombres que no se habían podido abstener de venus durante cuatro años; cuando Quetzalcoatl (porque así lo referían ellos mismos) toda su vida había permanecido célibe y abstinerente, en memoria de lo cual se hacían estos sacrificios. En cambio a los otros adolescentes que salían sin culpa semejante, los tenían Motecçuma y todos los demás señores y reyes de Nueva España en grande honra y los veneraban como si fueran dioses. Dicen que en su intervalo de cuatro años hablaban familiarmente con los demonios, y acostumbraban vaticinar cosas admirables; los veían muy a menudo con sus propios ojos y principalmente bajo la forma de una cabeza de larga cabellera. Y no faltaban allí y en otras ciudades de la Nueva España, jóvenes que después de haber ayunado muchos días, separaban el cutis del miembro viril con navajas de piedra del músculo mismo, y que pasaran por la hendedura innumerables varitas, unas más gordas que las otras e iguales al mismo pene en longitud y sobre la marcha las quemaban y ofrecían a los dioses el humo. Si a alguno le faltaba ánimo y por esa razón no concluía el sacrificio, no era considerado virgen, ni probo, ni grato a los dioses, sino por el contrario, infame, torpe e indigno de ponerse en lo de adelante frente a los dioses o los hombres.

CAPITULO XVIII

De la fiesta de Quetzalcoatl

Era en otro tiempo la ciudad de Cholula como el sagrario de toda Nueva España, como otra Roma, a la cual por devoción venían muchos de regiones apartadísimas. Dicen que era notable por trescientos templos (cuando florecía el culto de los ídolos), más aún (según atestiguan otros), había tantos cuantos días tiene el año. El mayor de todos de los erigidos en esta Nueva España, era el que empezaron a construir en honor de Quetzalcoatl. Se cuenta que por aquel tiempo los cholulenses estaban decididos a levantarlo hasta la altura de la montaña llamada Tlachioaltépetl, la que casi tocaba al cielo, o de otra, que por las nieves con las que brilla perpetuamente, llaman el Monte Blanco, porque querían que el altar y el ídolo (puesto que ese demonio se llamaba dios del aire) llegaran hasta las nubes. Fue motivo de que esa portentosa y vasta maquina que ya casi tocaba al cielo, no fuese rematada hasta lo más alto, una fortísima tempestad (según ellos mismos atestiguan), acompañada de truenos y rayos, pero principalmente de uno más grande que todos, que imitaba la forma de rana venenosa (rubeta). Por estos agüeros se supo y conoció que a los otros dioses desagradaba esa fábrica y no consideraban con buen ánimo que este solo templo superase por la altura y magnificencia a todos los demás. La obra quedó interrumpida sin acabar lo comenzado, ya de inmensa magnitud. Después pusieron en el número de los dioses a las ranas venenosas. Celebran allí cada cuarto año la mayor de sus fiestas en honor de Quetzalcoatl. Ayuna el gran Achcauhtli cuatro días, comiendo una sola vez al día tortillas corrientes y bebiendo sólo agua; orando sin cesar y con la piel perforada por todas partes y chorreando mucha sangre. Sigue un ayuno de ochenta días antes de la fiesta de los Tlamacazque o sacerdotes de los dioses. Se reúnen en el aula del patio, llevando carbones encendidos e incienso de la tierra, pencas y púas de maguey y tizne negro u hollín. Se sientan por orden en esteras recargados contra la pared, según su costumbre, y no se levantan a no ser para exonerar el vientre o para orinar. Se abstienen de sal y de chile y no ven ninguna mujer durante los primeros sesenta días, tan distantes están así de darse a las cosas de Venus. Sólo las dos primeras horas de la noche daban al sueño y otras tantas de las últimas, y el resto del tiempo lo pasaban postrados en oración, quemando incienso, o en los baños cuando había cerrado la noche, con efusión de sangre de varias partes del cuerpo y untándolo con tizne. Durante los últimos veinte días se les aumentaba poco a poco la comida y ya no era tan exigua la señalada. Adornaban la estatua de Quetzalcoatl, o su ídolo, de riquísimos y muy hermosos ornamentos, entretejidos de oro, plata, piedras preciosas y plumas de varios colores. Por devoción al dios concurrían algunos sacerdotes de Texcalla vestidos con las vestiduras de Camaxtle. La última noche ofrecían collares y coronas entretejidas de maíz y otras diferentes yerbas perfumadas y hermosas. Añadían papiro que consideraban especialmente grato a los dioses, y montones de codornices, conejos y liebres. Cuando ya celebraban la fiesta misma, se vestían temprano por la mañana de vestes preciosas e inmolaban unos cuantos hombres. Porque aun cuando pocos murieran entonces porque el mismo Quetzalcoatl siempre vedó esta clase de carnicería, y a pesar de que fuera como el institutor de aquella gente e instaurador de la religión de los indios y su inventor, no se abstenían por completo de matanza, ni perdonaban a los que debían ser inmolados.

De una gran fiesta de Texcalla

Los texcaltecas celebraban casi las mismas fiestas que los mexicanos, que los de Huexotzingo, los tepeacenses, chululenses, acatlanenses y otras naciones y repúblicas, y regía entre ellos el mismo rito para sacrificar hombres; pero variaban mucho los nombres de los dioses, de las fiestas y de los días. Inmolaban todos los años muchos niños a los tlaloques, dioses de la lluvia, a Matlalcuaye y Xuchiquecatl. En cierta fiesta ataban a una cruz a un hombre y lo atravesaban con flechas disparadas con arco y en otra a otro arrojándole cañas puntiagudas. En otra fiesta arrancaban a dos mujeres la piel de la espalda, después de haberlas matado ante los dioses, y dos sacerdotes muy jóvenes y ágiles se las vestían y corriendo así vestidos, rodeaban el templo y toda la ciudad persiguiendo a los próceres y a los conciudadanos bien vestidos, y los desnudaban y despojaban de las plumas, mantos, penachos, y otras alhajas con las cuales se habían adornado como para celebrar solemnemente la fiesta. Pero las principales solemnidades de los texcalteca, llamadas Teuhxihuilt, se celebraban en el mes de marzo de cada cuarto año en honor de la dignidad de Camaxtle, el cual solfa también ser llamado Mixcoatl. En ésta los sacerdotes acostumbraban ayunar ciento sesenta días y los laicos setenta. Antes de que empezara el ayuno el máximo Achcauhtli predicaba un sermón a sus compañeros inflamando sus ánimos para sus futuras labores, y manifestándoles cómo convenía que fuesen esclavos del dios a quien se habían ofrecido espontáneamente para desempeñar su ministerio y además declaraba que ya había llegado el año divino, durante el cual habían de atormentarse los cuerpos en obsequio del dios y por consiguiente los que se sintiesen débiles e ineptos para desempeñar esos trabajos, o tibios en el obsequio de los dioses, que se saliesen del patio del templo dentro de cinco días sin que durante este tiempo se les herrara con ninguna señal o se les deshonorara con ningún castigo (?); pero si desistieran del ayuno comenzado y no lo pudieran llevar a cabo, serían considerados indignos del ministerio de los dioses, y de la compañía de los otros sacrificadores, y serían degradados de su dignidad, se les prohibiría el sacerdocio y serían despojados de sus bienes. ¡Cuánto ocurre admirar aquí lo inculto de esa gente y la demencia de los que creían que los dioses no ven lo que los hombres emprenden y desean con ardor, sino sólo hasta qué punto puedan tolerar los trabajos las fuerzas humanas, frecuentemente enfermizas y débiles aun en aquellos que se proponen vencer a los otros en el ejercicio de las virtudes y que están encendidos por el amor de las cosas divinas y altísimas, y no pueden servir ni responder a los afectos y propensión del alma, en lo cual toda la fuerza de la virtud y de la honestidad está colocada, como obsequio gratísimo del dios! Transcurridos pues los cinco días antedichos, preguntaba de nuevo si todos estaban presentes y si habían decidido seguirlo y emularlo. La mayor parte respondía que harían de bonísima voluntad todo lo que pudieran y que con todas sus fuerzas seguirían sus huellas; y así partía acompañado de trescientos y más sacerdotes a una sierra apérrima, muy alta y distante de la ciudad de Tlaxcala diez y seis millas. Antes de que llegasen a la cumbre, todos los sacerdotes se quedaban atrás orando a los dioses y ascendía hasta la cumbre, solo Achcauhtli, que era el principal. Entraba en el templo de Matlalcuaye y ofrecía a la efigie o ídolo con gran reverencia esmeraldas y plumas verdes de pavo, incienso de la tierra, copalli y papeles preparados de papiro y después volvía al templo de Camaxtle. Ya estaban allí todos los ministros de los dioses con haces de leña. Comían todos y bebían liberalmente, porque no

habiendo comenzado el ayuno les era permitido darse cuanto quisieran a los banquetes, al vino y a los manjares. Llamaban después muchos carpinteros, los cuales durante un intervalo de cinco días habían también recitado sus preces a los dioses y usado de muy poco alimento para aplacarlos y poder más diestramente adelgazar las varitas y ajustarlas con mejores auspicios; cuando habían concluido se retiraban. Venían inmediatamente los artífices de hacer navajas, los cuales habían hecho lo mismo que los anteriores durante cinco días íntegros, y hacían las navajas de piedra iztlina, muchas espadas, navajas y escalpelos que saltaban con admirable velocidad y muy delgadas al empuje de un palo; las ponían sobre unas mantas nuevas y limpias, y si alguna se rompía, antes de que hubieran concluido las ceremonias, increpaban al artífice diciendo que había observado mal el ayuno y el reglamento de la comida durante los cinco días precedentes. Después los sacerdotes sahumaban aquellas espadas nuevas y las exponían al sol dispuestas sobre los mismos mantos, entonando versos ligeros y con tonada alegre y acompañamiento de pequeños tambores; pero poco después de que se abstenían de tocarlos cantaban versos tristes en tono grave y melancólico, y hacían resonar el lugar con aullidos, luto y lágrimas. Después, por su orden en procesión, seguían al sumo sacerdote hasta la última grada del templo. El cual, cogiendo una navaja perforaba por la mitad la lengua de cada uno con gran destreza, como quien estaba acostumbrado desde largo tiempo a ese ejercicio. Ni era permitido perforar muchas lenguas en un mismo escalpelo, sino sólo una, por lo cual se preparaban desde el principio tantos cuantos eran ellos. Entonces todos de rodillas delante de Camaxtle comenzaban a pasar varitas por las perforaciones; algunos, ciento, otros doscientas, y el Achcauhtli y los viejos, cuatrocientas cinco de las más gordas. Concluía este sacrificio cerrada ya la noche y entonces el Achcauhtli iniciaba nuevos cantos y respondían los otros sacerdotes como mudos y balbucientes por la sangre que corría, la fuerza del dolor y la inflamación. Ayunaban después otros veinte días, comiendo poquísimos alimentos o casi nada y procuraban con gran cuidado y diligencia que no les cicatrizaran las heridas. Tenían que pasarse a los veinte, a los cuarenta, a los sesenta y a los ochenta días tantas varitas cuantas se habían pasado el primer día, principio del sacrificio. Después del octogésimo día plantaban un ramo en medio del patio para indicar que todavía faltaban otros ochenta de ayuno hasta el día de la fiesta. Y no había ninguno que siguiendo la costumbre no ayunara, tomando poca comida y bebiendo agua sin mezcla ninguna. No les era permitido usar chile, alimento en verdad caliente y demasiado excitante, ni ir a los baños, ni tener relación con mujer, ni extinguir el fuego en las casas de los señores, como eran Mexixicatzin y Xicotencatl en el tiempo en que primero Cortés llegó a aquellas regiones, si acaecía que se extinguiera el fuego, mataban al guardián y rociaban el hogar con su sangre. El día que plantaban el ramo en el patio, fijaban otros ocho grandes varaes que pudieran creerse allí nacidos y sembrados, dispuestos en tres o cuatro filas, y en medio de ellos arrojaban las varas ensangrentadas que se había pasado por las heridas, para que se quemaran igualmente, pero antes se las ofrecían a Camaxtle. Durante los últimos ochenta días, los mismos sacerdotes se pasaban varas por las perforaciones, pero más delgadas y en menor número, como el grueso de un cañón de pluma de ánsar, cantando siempre y respondiendo con voz lúgubre y llorosa. Se dirigían entonces a los barrios cercanos y pueblos, llevando ramos en las manos y todos les daban mantos, plumas y cacaoatl. Embarraban y blanqueaban con cal las paredes y las aulas del templo y del patio y tres días antes de la fiesta se teñían algunos de los sacerdotes de rojo y de color macilento, de modo que parecieran hórridos a la vista de

los espectadores, porque además de los varios colores, se pintaban con efigies de mil demonios, de serpientes, tigres, lagartijas, lagartos y de otros animales, algunos más hórridos y feroces si los hay. Bailaban y saltaban sin cesar (en la tarde que precedía a la fiesta habían llegado algunos sacerdotes de la ciudad de Cholula para estar presentes a la solemnidad), adornados con los vestidos y otros ornamentos de Quetzalcoatl. Vestían también a Camaxtle y a un ídolo pequeño de otro dios que estaba colocado cerca de Camaxtle. Camaxtle no era de más estatura que la de los hombres medianos, el otro dios de aquella que le hiciera aparecer niño junto a Camaxtle; a pesar de esto lo reverenciaban también tanto, que no se atrevían a levantar los ojos para verlo. Vestían a Camaxtle con varios mantos y encima de todos otro muy grande llamado teuhxicoalli, el cual era muy semejante al vestido con el que para infamia por causa de herejía suelen ser marcados los infectados; después con un manto y una máscara, la cual dicen que la trajeron los primeros fundadores de su Ciudad de Papayahuitla de donde dicen que fuera oriundo del mismo Camaxtle. También le ponían un penacho muy grande de plumas entrelazadas de color verde y rojo y un escudo de oro entretejido de varias plumas y ligado al brazo izquierdo, y en la diestra una gran flecha con casquillo de pedernal; le ofrecían además flores de muchas clases y el tecopalli del país; inmolaban conejos, codornices, culebras lacustres, mariposas y otros animales, cuantos acaecía cazar en los campos. Ya cerrada la noche el sacerdote se vestía según costumbre y suscitaba el fuego nuevo y sacrificaba con la sangre rociada de algún varón principal, al cual llamaban hijo del sol, porque lo habían matado en esa solemnidad. Marchábanse después cada uno de los sacerdotes a sus templos, llevando aquel fuego nuevo y allí inmolaban otra vez algunos cautivos a sus ídolos, a saber: en el templo de Camaxtle que estaba colocado en el barrio de Ocotelulco (horrible cosa), tantos cuantos el sumo sacerdote había pasado varitas por la perforación de su lengua; en el barrio de Tepeticpaci, cien, y casi otros tantos, en los barrios de Ticatlani e Iquiahoitlani. Ni había plaza fuerte de las que pertenecían a la república, adonde tres, cuatro o más no fueran matados, porque es fama que los tlaxcaltecas y las ciudades sujetas a ellos, inmolaban y devoraban durante la sola fiesta de Camaxtle que celebraban cada cuarto año, novecientos o mil hombres. La primera comida matutina de los sacerdotes era de carne humana y los profanos cargaban sus mesas con manjares preparados de las mismas carnes, ¡cosa inhumana y cruel!, rellenándose de comida y vino. En verdad los tlaxcaltecas eran atroces y en la guerra los más fuertes de todos los indios. Estimaban que habían hecho grandes hazañas si traían a su patria muchos prisioneros de guerra y los ofrecían para ser inmolados en los altares; así cuando Cortés penetró en esa ciudad encontró quienes hubieran superado por su propio valor cien o más enemigos y presentándolos para ser degollados en las aras de torpísimos demonios.

CAPITULO XX

De la ciudad de Texcalla

La ciudad de Texcalla se llama así por la altura del lugar donde está colocada. Fue fundada a la orilla del río cuyas fuentes se ven entre los cerros de Tlancatepec y que baña gran parte de su provincia y por fin se echa al Océano Austral en Tzacatlán. La ciudad se divide en cuatro grandes barrios: Tepectipac, Ocotelulco, Tīcatlán y Quiyahoiztlan. En

otro tiempo solía ser gobernada por la prudencia de los hombres buenos y ricos, como la república véneta y antes de ella la romana y otras que aún existen, no pocas reputadas en verdad monarquías y reinos por sus tiranos. Elegían sendos jefes para hacer la guerra en los cuatro barrios antedichos y uno de ellos era designado supremo y jefe del ejército. Había otros jefes, pero inferiores a los predichos y les obedecían. Las banderas seguían el ejército y concluida la guerra se plantaban delante de todos y los que no se acogían a ellas eran castigados sobre la marcha. Conservaban en su tesoro sagrado y con grandísimo respeto, un par de flechas, las que creían firmemente que les venían de los fundadores de la ciudad y de las cuales, cuando tenían que hacer la guerra, tomaban grandes augurios; porque si alguna de ellas disparada en contra del ejército enemigo acontecía que traspasara a alguno, no dudaban de conseguir la victoria, pero de lo contrario presagiaban que serían derrotados. No permitían que ninguna de las dos arrojada en medio de los enemigos fuera arrebatada por ellos, sino que la recobraban por grande que fuera el número de contrarios que la defendieran, aun cuando si mientras se esforzaban en esto corriera gran peligro la vida de muchos. Veintiocho ciudades, como dijimos (?), se dice que obedecían a ésta, en las cuales se contaban por ciento cincuenta mil casas; los habitantes son de óptima disposición de cuerpo e insignes por el valor marcial, si se comparan a sus colindantes. Llevan una vida pobre, porque esa tierra no es feraz más que para el maíz, con cuyo trueque compraban las otras cosas necesarias para la vida. Había en aquella ciudad no pocos lugares dedicados a mercados, notables por la multitud de hombres y la abundancia de mercancías. Había muchísimos artistas de suma destreza. Abunda en campos herbíferos y muy apropiados para pastos de ganado mayor y menor, para sembrar varios frutos y para cultivar árboles frutales. Dista ocho millas de la ciudad el cerro de la diosa de la lluvia Matlacuaye, hoy de San Bartolomé. Veneraban entre otros a Ometochtli, dios del vino, pero se consideraban entre otros a Ometochtli, dios del vino, pero se consideraba el mayor de todos a Camaxtle, que también se llama Mixcoatl, y cuyo templo estaba situado en Ocotelulco, donde todos los años se mataban generalmente ochocientos cautivos. Los ciudadanos situados a largas distancias entre sí hablaban en tres idiomas, náhuatl, otomitl y pinomex. A los criminales los echaban en la cárcel y conocida la culpa, los castigaban con atroces penas. Esta es la célebre ciudad de cuyo auxilio y lealtad se sirvió Cortés para conquistar esta Nueva España y tantas y tan lejanas regiones para añadir al imperio de los reyes de España, disponiéndolo todo la Divina Providencia, a quien consideramos humildemente gratas todas las victorias que alcanzaron y todas las que alcanzarán.